

15 DE JULIO

1906

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Dos labores, por Alberto Alvarez Insúa Escobar	5
Poesías, por José Rincón Lazcano	19
Alberto Magno (conclusión), por Edmundo González-Blanco	35
Azoofilia, por César Juarros	45
Epitalamio regio, por Andrés González-Blanco ...	59
Cuentos para una revista, por Andrés González-Blanco	63
Nuevo mundo, por Enrique Prúgent	85
Toledo, por José Subirá	103
A S. A. R. la Princesa Victoria Eugenia de Battenberg, por Andrés González-Blanco	109
El colectivismo, por Manuel Gil Maestre	111
Boletín bibliográfico, por Francisco Góngora , por José Subirá y por X	121

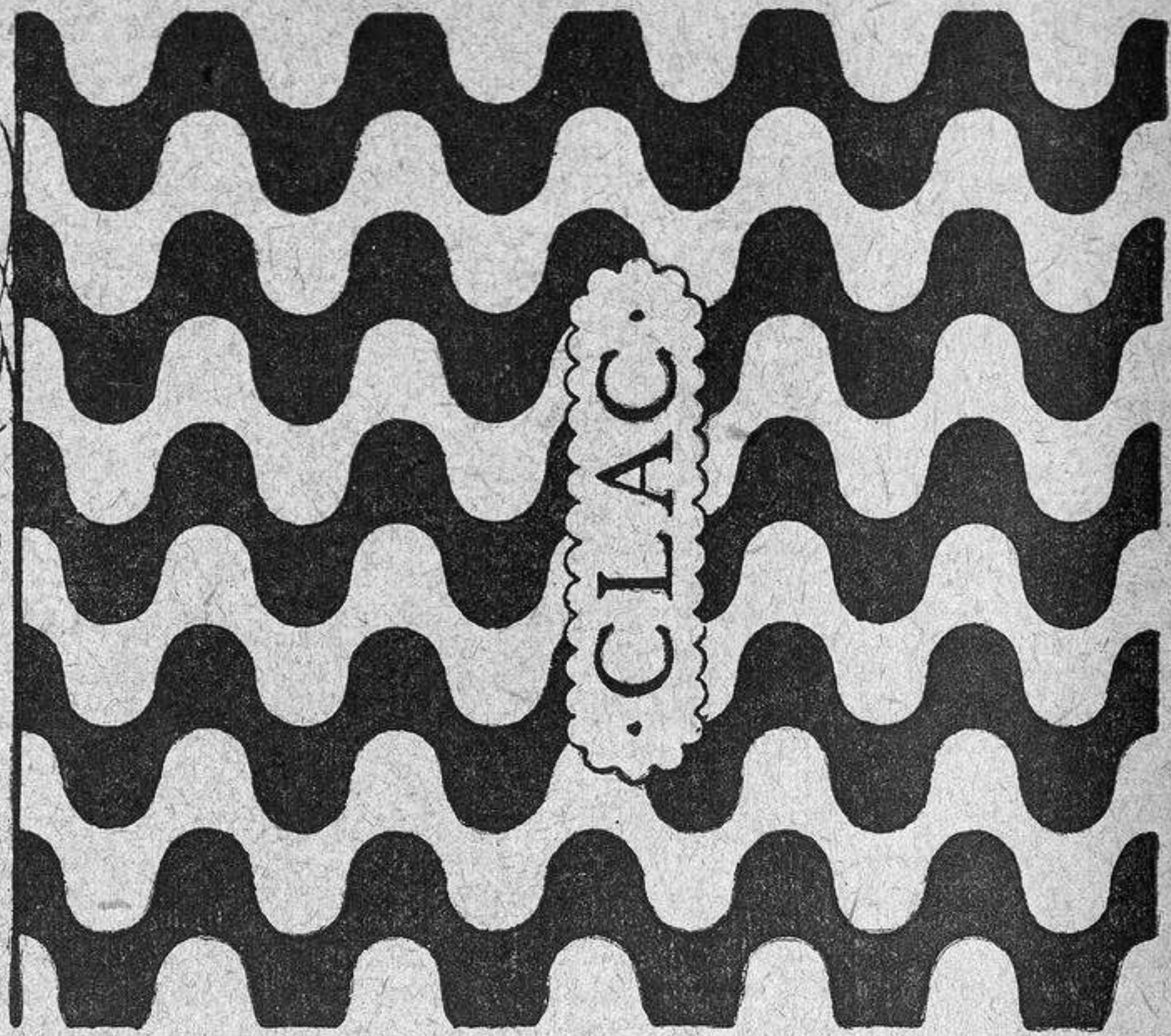
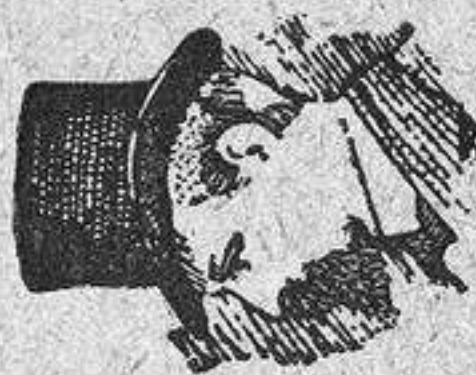
Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

"FUMEURS"

Si vous voulez fumer avec plaisir
essayez le "Papier Clac" Exigez la mar-
que et la signature du seul fabricant.

C. Campana



PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen
para las enfermedades de la boca y garganta.
Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

PÍLDORAS Y UNGÜENTO
DE
HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corri-
gen todos los desórdenes
del hígado, del estómago,
de los riñones e in-
testinos y son de un valor
inapreciable en todos los
desórdenes que afligen
al sexo femenino y á los
niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro
para males de piernas,
llagas, úlceras y heridas
inveteradas. Para la cura-
cion de bronquitis, males
de garganta, toses, resfri-
ados, gota, reumatismo,
hinchazones glandulares y
todas las enfermedades de
la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR Y PROPIETARIO

DON JOSÉ DE CÁRDENAS

AÑO XXXIII—TOMO CXXXIII

DE JULIO Á DICIEMBRE DE 1906

(DERECHOS RESERVADOS)



ADMINISTRACIÓN
PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL
MADRID

ANEXO

MADRID, 1906

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

terna, por la cual se exteriorizan, pasando al través de la introspección, los conocimientos adquiridos y las producciones subjetivas creadas sobre su base. Hay que sentar que en esto último se encuentra el carácter vital del intelectualismo. Es necesario adquirir una base, una suma de conocimientos, y sobre ellos inquirir, reflexionar, y de ellos deducir y concluir afirmaciones que argumenten después el intelecto y el sentimiento fusionados.

Todo intelectual supone un crítico, un razonador libre. En último extremo su argumentación debe encontrarla en las secretas simpatías del *yo* hacia las ideas que defiende. No ha de importarle gran cosa sincerarse con lo exterior, basta que lo esté consigo.

Quizá conceptúe el lector como digresiones las líneas anteriores. Yo le diré que la materia es abundosa, compleja y contradictoria. Es muy difícil desarrollarla ordenada y sucesivamente con arreglo á un plan.

Lo intentaré. En nuestra juventud no se dan ni la armonía ni la consonancia deseadas. De ambas labores predomina la externa y es en muchos casos anterior á la interna. Se invierte el orden: determinados individuos, la mayoría, cuando han adquirido la iniciación intelectual, han producido por modo extraordinario, explotando tan sólo aptitudes congénitas, son verdaderos *intuitivos*, llegan á ser literatos, artistas, ¡hasta filósofos! al uso, antes de ser intelectuales. Y devienen intelectuales luego de haberse exteriorizado subjetivamente. Lo raro, lo inusitado, consiste precisamente en lo que debería constituir la regla general, en la anterior adquisición de base de cultura, que permita toda determinación intelectual en su *biaspecto* creador y crítico.

No se infiera de esta aseveración que la potencialidad crítica—más intelectual que la creadora, más compleja, pues, que constituye una difusión suprema de las íntimas concreciones del *yo*—carece de virtualidad creadora. Precisamente todas las deducciones del crítico expresan algo hasta entonces inexistente: es la fisonomía inesperada que adquiere una obra cualquiera al través de las conjunciones intelecto-sensitivas del individuo.

Juzgo la antes dicha aclaración consiguiente, ya que dentro del intelectualismo predomina la función crítica sobre la propiamente creadora. Quizás exagere, mas sinceramente pienso que puede establecerse una diferenciación absoluta entre el creador y el crítico. El primero es un *intuitivo*; el segundo podrá llamarse *tuitivo*. El creador puede no ser intelectual. El creador existe en todas las edades; retrotrayéndonos las épocas muertas encontramos su tipo; es el tipo de la sapiencia protohistórica, de la sapiencia intuitiva, es el adivino, es el profeta: *Tales*.

El crítico labora escrutador, acumula, selecciona, contempla, examina, mide, divide y compara. El crítico es el parto del intelectualismo, el crítico surge al romperse clamorosos los dogmas, al caer retumbantes y agónicos los principios absolutos: el crítico es *Voltaire*.

*
* *

He sentido que en nuestra juventud intelectual la primera labor, interna, es muy inferior á la segunda, de difusión subjetiva. También he sentido cuál es la concordancia harmónica ideal de ambas labores y cómo se constituye el equilibrio posible entre las mismas. Es conveniente analizar en sus causas este predominio de la segunda labor. Estas causas son múltiples; yo enumero las siguientes: causas histórico-biológicas, causas psicológicas, sociales y económicas.

Dentro de las causas históricas destácase la tradición. En este, como en muchos casos, la ley suprema de la evolución orgánica queda incumplida, digo mejor, retrasada. El tiempo pretérito aniquila al presente y hace recorrer á varias generaciones por el mismo sendero, impidiendo el avance progresivo que ha de realizarse al fin. Tal ha acaecido entre nosotros.

La juventud española de hoy, de donde ha nacido la legión de intelectuales—porque antes de ahora no han existido sino casos aislados y heterogéneos de *intelectual*,—es hija de una generación dogmatizada (y cuenta que no se habla de dogmas políticos ni religiosos) que recibió una educación falsa,

DOS LABORES

La juventud intelectual es hija de nuestro tiempo. Es un resultado de las conquistas políticas, de los progresos crecientes de la idea autónoma que encierra, á más del libre examen, la práctica de apelar á la razón. Hoy es natural, debido á tales conquistas, que la instrucción dada á la juventud tenga la forma de exposición dirigida á la inteligencia. (Spencer, *Educación intelectual*.) Se comprende, pues, que la super-educación que adquiere *motu proprio* la juventud, revista este carácter intelectual, perfectamente determinado y tangible, ya que en el solo hecho de adquirirla se muestra la absoluta emancipación del pensamiento y la libre elección de materiales de estudios.

Yo voy á referirme á la juventud intelectual española. Hay que reconocerle una doble existencia: la juventud intelectual conocida, determinada, y otra juventud intelectual desconocida. Son, precisamente, dos juventudes, no dos fases, aspectos ó períodos de una propia juventud. La descripción de ambas ha de esclarecer estos conceptos. La primera, la juventud conocida que ha logrado extenderse subjetivamente en nuestra sociedad, es la que forma la legión de *intelectuales* por antonomasia. Ha conseguido su extensión subjetiva merced á esfuerzos de este género y á protecciones del *medio*, que constituyen *casos específicos* completamente definidos. La juventud intelectual desconocida guarda latentes sus condiciones y capacidades, si no ocurre que éstas viven *latentizadas* por el medio, y que al determinarse tardíamente lo hagan descarriadas ó moribundas. Por esto hay que distinguir ambas juventudes. La segunda, la desconocida, tiene sus condiciones *in actu*; por modalidades externas puede no llegar á tenerlas *in potentia*.

Es indudable que la juventud ya determinada ha vivido un estado anterior de *latencia*; que ha dado en la sombra los pasos primeros de su evolución intelectual y que ha sido preciso todo un proceso de transición para este devenir intelectual que no es definitivo, sino ascensional-evolutivo.

Esta transición es la que yo describo con el nombre de «dos labores de nuestra juventud intelectual»: una que llamo *interna* ó de adquisición de cultura y otra *externa* por la que se exteriorizan los conocimientos adquiridos, teniendo en cuenta que el intelectualismo supone un fondo de cultura general desde luego, y la posesión cumplida de algunas ciencias, que son las que mejor se amoldan á las diversas aptitudes y vocaciones subjetivas.

Para la existencia del *intelectual* se requiere el ejercicio de ambas labores. La perfecta armonía se realiza cuando la *interna* antecede á la *externa* y es superior á ella, en tiempo, en espacio y en cantidad.

Ya que no este *desideratum* harmónico que exige ideales perfecciones subjetivas (entre ellas la comprensión de la evolución intelectual, la educación de la voluntad y el ejercicio de la introspección en su dualismo de autocrítica y autodisciplina) (1), es decir, perfecciones psico-físicas y que requiere, asimismo, ideales perfecciones objetivas (la bondad del medio ambiente, la mutualidad, la cooperación, las prestaciones sociales en favor del intelectualismo), ya que no esto, debe existir, por lo menos, una relación de equilibrio entre ambas labores.

Precede á determinar si se da prácticamente este equilibrio ansiado, la descripción de estas dos labores. La primera, *interna*, tiende á la adquisición de cultura; es una labor educativa, propiamente de aprendizaje. Hay que recalcar que no es definitiva; si así fuese resultaría absolutamente ilógica; la verdadera denominación es ésta: *labor de iniciación*. Una vez obtenida la iniciación intelectual, se ha puesto el individuo en condiciones para evolucionar. Obtenida la iniciación, puede entrarse en el ejercicio de la segunda labor. Esta es la *ex-*

(1) *De Sanctis.*

ciones por ellos indiscutidos. Y estos hombres son sabios; para ellos se creó el nombre de eruditos.

Pero bien, me diréis, no se ve que todo lo dicho disculpe á esa juventud de que nos habláis, en la que predomina una labor de difusión intelectual subjetiva, sobre otra labor de adquisición de cultura...

Confío en que nos entenderemos. Yo he querido disculpar á esta juventud que imita y *positivamente* lo he obtenido. Esta joven generación ha hecho poco caso de la labor anterior *interna*, porque se ha mirado—voluntaria ó involuntariamente—en el espejo de las generaciones viejas. Estas no realizaron en tiempo, en orden y en espacio debidos la primera labor. Empezaron antes la segunda y lograron éxitos y consiguieron victorias y algunos, pocos, á la postre alcanzaron la verdadera armonía.

*
* *

Únase á todo esto, y como nuevo justificante, una razón psicológica: el afán, la ambición, el ya viejo *struggle for life*, determinado en un sentido espiritual. ¡Son las mudas batallas, los sordos combates del alma!

Más que en otros, existen en el hombre de cerebro exquisito y selecto las pretensiones afanosas del triunfo. Es natural: no hay ser que tienda conscio á su caída. Es humano: no hay hombre inambicioso. El mártir muere abrazado á la gloria. El estoico ha conseguido su ideal manso y tranquilo. El fakir vive ensimismado esta vida de apariencias y, despreciando rastreras ambiciones, elude la transmigración eterna, para obtener el *Nirvana*... el perfecto ideal...

Descendamos, y en gradación hacia abajo, veremos los matices distintos de la ambición humana. Desde el fakir, que vive luengos años con inmovilidad de roca en las riberas del Ganges, hasta el pequeño expendedor de granos de nuestro mercado, hay un mundo de distancias; sin embargo, ambos son ambiciosos. Lo que yo no sé es cuál lo es más...

Ahora yo puedo apropiarme esto á nuestra juventud intelectual. Tiene confianza en sí misma, cree en su valor y, con-

secuente con ello, aspira á exteriorizarse, á diluirse, á repercutirse. Oíd á un intelectual latente, capacitado, no condicionado, cómo se expresa íntimamente:

... Yo soy capaz de producir, *yo valgo, yo creo que sirvo*. Yo quiero que todos abunden en esta creencia. Yo mostraré al mundo mis producciones y abriré un interrogante que él se encargará de cerrar. Mas yo sé que los oídos del mundo son grandes, pero no intensos... Hay que hablarle alto y elocuente; la voz ha de ser pujante y clamorosa... ¡Yo me siento con esas pujanzas!... ¡Y yo lucharé y yo gritaré y yo heriré... yo quiero llegar á la cumbre!...

Pero ¿la ambición es buena? Definidme antes el bien. ¿Es aquello que hombres y cosas apetecen?... La ambición es, luego, un bien.

Ahora, el bien y el orden son distintos. Una ambición ordenada: ¡he aquí la armonía!

Si se pudiese obtener en el intelectualismo tal concordancia sublime... ¡Mas! ¿á qué pedir á lo humano, desvirtuado por todo género de contingencias, estas excelsitudes? ¿Á qué soñar utopías tan bellas?... ¿Á qué prever realidades de un futuro inefablemente lejano?...

Rindámonos á la ambición. Aceptemos sumisos su yugo. Disculpemos á una juventud que dice: vedme... cuando aún no tiene nada que enseñar...

Tengo que entrar en un terreno distinto. Es un cambio brusco. Es una mutación fortísima.

Hay una causa social que disculpa, que sincera aún más á nuestros jóvenes. Es el estado vital de nuestra España. Pero en esto yo he de ser muy breve. No gusto de cantar desastres, aborrezco los negros colores y pongo cara riente al fatalismo.

Que la evolución social nos viene con algún retraso. Que atravesamos un período de anemia — tuvimos grandiosas sangrías.—Que vivimos desequilibrados y ciegos... Que hay hambres y sed, tristezas y llantos... ¡Legión de verdades!... Figuraos cómo influirá todo esto sobre los espíritus jóvenes. Yo sé que muchos se dan por vencidos; son los que, sojuzgados por el medio, dejan morir las energías todas. Son los

llena de credos infalibles, de imposiciones autoritarias. ¡Una educación que anonadaba los buenos instintos de investigación é independencia! ¡Una enseñanza que vendaba los ojos infantiles con los cánones de los principios absolutos!...

Ha sido preciso un paso grandioso de la evolución de las ideas, una transmutación profunda en las mismas, para que nos hayamos percatado del valor del átomo autónomo que, aunque viva como parte integrante é integrada en un todo, puede mantenerse en un orden superior, espiritual, con absoluta y compleja singularidad. (1).

«El que aspira á ser un hombre—ha dicho Emerson—debe ser un *no-conformista*... no debe detenerle eso que se llama el bien; ha de indagar si realmente es el bien. Nada hay sagrado sino la integridad de vuestra propia conciencia. Si podéis absolveros á vosotros mismos, lograréis el sufragio del mundo.»

«Ninguna ley puede ser sagrada para mí si no es la de mi ser.»

«El hombre debe portarse en presencia de cualquier oposición como si todo, excepto él, fuese efímero y el resto sólo apariencia.»

Quizás en ciertos órdenes de la vida resulte exteriormente inaplicable la *suprema ley del yo*. No lo discuto. Mas en el orden *intelectual*, en el sentido que el uso coetáneo ha dado á este adjetivo, la creo de posible, de adecuada aplicación.

Aquí significa, simplemente, la ruptura con toda tradición, con todo lo preestablecido. Aquí significa el ejercicio de indagación y discusión de ideas, causas, fenómenos y misterios. Estos podrán ser los mismos en todas las edades—ciegos obedientes de un determinismo cósmico, enlaces simpá-

(1) Mæterlinck. Para el ser dotado de vigorosa personalidad, las afecciones no son resultado de las circunstancias exteriores únicamente.

La intensidad de su personalidad ilumina y fortifica en él el instinto de lo que completa su especial naturaleza. Sus amistades, sus amores, tienen relación, reciprocidad casi matemáticas con su naturaleza, con lo que él tiene y constituyen su *yo*.—Nota á la *Compensación* (2.º ensayo de Emerson).

ticos de materia y fuerza;—pero es indubitable que tienen tantas fisonomías y tantos aspectos distintos, como individuos se aplican á escrutarlos, despojados de toda influencia externa ó pretérita.

Repetición, acciones y reacciones, flujos y reflujos, afinidades, vibraciones acordes y fatales—podrá decirse—que son la marcha del mundo. Que la ley de imitación es la suprema ley. Sí, pero el hombre arrastrado y envuelto por la ola gigante de este determinismo es un hombre inconsciente, involuntario, ciego... «No es posible—también ha dicho el apóstol del optimismo—que el alma universal, rica, poderosamente elocuente, tenga á bien repetirse... Insistid en vuestra personalidad, nunca imitéis.»

Convengamos en conceder á estas frases una belleza consoladora, una bondad fortificante; pero tengamos el heroísmo de confesar el respeto, el acatamiento que profesamos al pasado. En palabras escuetas, sencillas y corrientes: bajemos la cabeza ante la tradición.

No es posible, en consecuencia, extrañarse de que este influjo se ejerza sobre nuestra juventud. Hay que disculparle que sea una juventud imitadora, que despierte frecuentemente viejas edades dormidas, que use procedimientos antiguos. En fin, hay que perdonarle que sea una juventud *conformista*.

Yo, en su defensa, os invito un momento á ser positivistas. Recordad las frases de Dickens, *now what I want, is facts*, y ved los hechos que yo presento: uno, los *precedentes*; en todas las manifestaciones de la vida, á raíz de una comisión ó de una omisión, se citan en su cargo ó descargo los precedentes: *se ha hecho esto porque ya alguno lo ha hecho, porque no soy el primero, porque así lo hacen todos, porque es lo corriente...* fijaos... siempre la invocación del pasado.

Otro hecho—elocuente, positivo defensor de esta juventud que *se conforma* y que *imita*,—otra invocación. Es la invocación de la autoridad: lo ha dicho Locke, lo ha dicho Lavoisier, lo ha dicho Kant, lo ha dicho Fourier... lo han dicho ellos: aceptémoslo. Y hay muchos hombres que viven así, recitando credos, exponiendo sistemas, anunciando clasifica-

Acordaremos en que es decididamente mala. Si lo dudamos, prestemos oídos por esas calles, por esos círculos y escucharemos hablar de la carestía de la vida, de la conquista difícil de la hogaza, de la *oposición al puchero*; para cada uno hay cien aspirantes, que se escaldan sin asir las viandas... Y oiremos sobre todo hablar á todo el mundo, irritado y elocuente, de la depreciación de la moneda.

Lo que yo no he de inquirir es la causa del malestar de nuestra *alma económica*. Hay unos hombres graves, mesurados, circunspectos, que tienen en su biblioteca tan sólo un gran libro: el *debe y haber*. Estos hombres son los poetas de los números, ellos suman, *restan*, multiplican y *dividen*. Se llaman hacendistas. Ellos saben lo que pasa por nuestra pobre peseta. Ellos hablan de *nivelar los cambios*, de *sanear la moneda*...

Pero en tanto no llega ese *desideratum* doble, los cambios equilibrados, la peseta en convalecencia *franca*, esta buena juventud española, que tiene ansias é ideas dormidas, sepultadas tal vez, exhíbelas á luz, temprana ó tardíamente, pero siempre fuera de sazón.

Abórtalas, compelida por el medio. El que congénitamente hace versos, dibuja cabezas, modela figurillas, no puede esperar á que la *introspección* le diga: publica tus versos, exhibe tus lienzos, enseña tus barro. Lo hace antes de tiempo, porque lucha por el pan. ¡Y para la lucha no tiene más escudo que el frágil escudo de su inspiración!...

Y á veces, muchas, esta juventud se revela tardíamente, ó permanece ignorada de por vida. Cuando ella pudo diluir su *yo* y abrir á los ojos de fuera su alma, cuando el fruto pendía jugoso y desgajante, ella no se dió cuenta. La lucha por la vida la absorbía, y quizá el poeta medía unas varas de lienzo y el filósofo acarreaba ladrillos de una fábrica.

Soñemos, forjemos utopías: un pueblo rico, libre y grandioso. Vivero de todas las dichas, alcázar de amores sociales. En él pulsaría el bardo su lira, mostraría sus creaciones el artista, sus lucubraciones el filósofo, cuando su ingenio sentido le indicase que había sonado la hora. Entre tanto, vivirían laboriosos y mudos, no teniendo para sus primicias

más admiradores que ellos mismos, comprendiendo que no agrada á las gentes el parto, sino ver surgir al ser nuevo, limpio y hermoso entre blondas, balbuceando vagidos harmónicos...

De todas las líneas que anteceden puede inferirse un mundo de conclusiones. No he de ser yo quien las haga. Nada más erróneo en el hombre que volver sobre las *cosas sentidas*, sinceramente expresadas, con empeño de compendiarlas y clasificarlas. Estas síntesis de los sentimientos, esta reducción de las emociones á un denominador común, estas sinopsis del pensamiento, encierran, con su orden, con su método y su plan, una falsedad magna. Se deben expresar todas las ideas, todas las investigaciones, ingenua y candorosamente. Basta escuchar los dictados del alma; ¿es, acaso, nuestra alma incoherente é inconsecuente? Respetémosla, no seamos temerarios intentando variar su contextura y su esencia, con el cincel de lo externo.

Con toda esta sinceridad, con todo este candor he hablado yo de la juventud intelectual española. Guardaba en lo hondo de mi ser mil ideas raras, antagónicas y contradictorias sobre la vida de esta juventud, de este núcleo nuevo del que soy un átomo.

Soterradas en mi espíritu, dormían impresiones tibias, emociones diversas que al nacer, ó me causaron el frío de los mármoles, ó el suave calor de los hogares de paz...

Y entre ambas sensaciones, heladas ó cálidas, una gradación mundial: los anhelos y las esperanzas, las ambiciones, la sed de amor y de gloria; los desengaños primeros, el renacer de la fe... Escuché á mi alma y transcribí sus cuitas obediente y sumiso, respetando sus quejas, perdonando sus ironías, alentando sus confianzas.

Pensé también que abría sus puertas de par en par y que de ella salían, liberadas y manumitidas, estas ideas, estas impresiones. Y pensé que al darles libertad y soltura debía respetar sus vestimentas, no cambiadas de fisonomía y aspecto... Así salieron graves y mesuradas unas, bulliciosas, rientes, ¡hasta burlonas! otras, pero todas aunadas en la fe y el optimismo... Estas mis ideas no mantendrán, empero, su

que accionan leyendo desde Hegesias hasta Schopenhauer para reaccionar enloquecidos, dispuestos á toda clase de falsías y transgresiones... No comprenden sus almas castradas que eran ellos los designados para el empuje; no comprenden que el mal es transitorio y que la fe desposada con la fuerza puede acercar los tiempos buenos.

No piensan que la época de integración ha comenzado. La diferenciación, el vínculo, el monopolio de vida desaparecen. Vamos en pos de las grandes armonías. Y para llegar á ellas no son obstáculos las pequeñas catástrofes de un pueblo, son pequeños obstáculos; el inmenso es la abulia, señoreándose de los espíritus nuevos.

El que crucemos social y momentáneamente al través de amargores y desdichas no justifica la inesperanza.

Confíese en la gran ley de la compensación y no se impida que rija á su debido tiempo. No crean, pues, los jóvenes que viven las postrimerías de un pueblo, extremando por eso sus procederres de insania.

Sean pacientes y calmos, creyentes y esperanzados, confiados y enérgicos.

Dulce consuelo. Hay una parte de la juventud que está inflamada en estas nobles ideas. Es una juventud laborante y buena. Yo espero ver surgir de ella esos hombres íntegros y diáfanos, novadores, altruistas, santos. Son estos hombres que vislubran Carlyle, Emerson, Costa. ¡Cuando surjan ellos, surgirá *el verdadero super homo!* ¡El conductor de los pueblos!...

¡Ay! ¡Yo bien presumo que á muchos hará sonreír mi optimismo! ¡Desgraciados ellos que llevan la desgracia y el mal en sí mismos!

La muerte de España. Yo he visto algún libro que así se titula. Yo no he leído ese libro. Tiene una cubierta de brumosas medidas tintas, alegóricas; en ella un mal pincel compendió: cañones que vomitan fuego, torsos, cabezas, extremidades sangrientas, con personajes autóctonos y simbólicos: el fraile, el guerrero, el polícastro... y destacándose briosa la figura del extranjero invasor.

Triste, falsa, abrumadora fantasía. El libro ansiado llama-

riase: *El despertar de España*; en él una juventud y animosa legión borraría con sus hechos á estos personajes autóctonos y simbólicos; sería el cuadro de la victoria: los rayos de la fe circundando las testas vencedoras. Y ved cómo, hablando el lenguaje de la confianza, el idioma de la esperanza, podría señalarse el cáncer y extirparlo.

Retornando á lo real. Puede disculparse á esta juventud que experimente la influencia del medio; que ésta no es como pregonan los espíritus tétricos. Hay que condenarla en sus desalientos y encumbrarla cuando espera de ella y cuando cree en sí misma.

*
* *

Bajemos más, mucho más, lo suficiente hasta llegar á esto que se llama *la vida*; es la fusión de nosotros con los demás compatriotas y conciudadanos. Son estas relaciones íntimas del hogar; son todas las relaciones de coexistencia: como miembros de un Estado, como contribuyentes de un Fisco, como vecinos de un pueblo, como habitantes de un barrio... Pues bien, *la vida diaria* constituída por la ocupación de cada uno, por las diversas relaciones con los conviventes, desde el escuchar apasionado de una polémica del Parlamento, hasta las disquisiciones con el especiero, con el sastre, con el sombrerero... Todo esto tiene un alma inconsciente heterogénea y compleja. Es un alma compuesta de partículas de todas las almas en rara y extravagante yuxtaposición. Y estas extravagantes conexiones se realizan merced á un hálito ligador de todos los asociados. Es el porqué de la sociedad. Es el *alma económica*. ¡Pensar que lo mismo el poeta que el rufián forman parte del *alma económica*! ¡Ved á Virgilio adquiriendo una clámide! ¡A Musset discutiendo la cuenta del restaurant, mientras Jorge sonríe... al parecer ruborosa!...

Pues bien, si cada pueblo tiene su *alma económica*, y sabéis que las almas están más ó menos enfermas—no creo en la *mens sana*—decidme en qué grado de salud se halla el *alma económica* española.

independencia. Se abrigarán en cerebros mejores que el mío, que acaso sabrán encontrarles atractivos secretos, caracteres y manifestaciones que yo ignoré... Y sobre todo irán á completarse con ideas hermanas que en otras almas se albergan. Si esta fusión se realiza y ellas se integran en cerebros jóvenes y esperanzados, no me pesará, no, haber abierto mi alma...

ALBERTO ÁLVAREZ INSÚA ESCOBAR.

POESÍAS

Por un beso.

I

Comprendo que fué un exceso,
mas ¿á qué ponerse así,
si el haberte dado un beso
no es delito, es... un suceso
casi, casi baladí?

¡Me ofendes! ¡Llamarme loco!
Cálmate, por Dios, mujer;
te incomodas por muy poco,
además, que el daño toco
del exceso en mi querer.

¡Lloras! ¡No entiendo tu lloro!
Díme, ¿á qué viene llorar,
sabiendo que yo te adoro
y que eres, lindo tesoro,
el pensar de mi pensar?

¿Que eres mi vida, mi anhelo,
que eres mi dicha mayor,
que tienes por cara un cielo,
y eres el solo consuelo
de este pobre soñador?

Un ángel, pues eso eres,
penas no debe tener;
así, que olvida, si quieres,
no imites á otras mujeres
y ponte alegre, mujer.

Olvida ya aquel exceso
y no te pongas así;
que el haberte dado un beso
apenas si es un suceso
casi, casi baladí.

Desarruga ya tu ceño.
¿Te ofendí? ¡Fué sin querer!
Otorga un favor pequeño
á quien pide con empeño
que estés alegre, mujer.

II

Secó el llanto de sus ojos
y con ellos me miró,
y al mirarme, sus antojos
á los dos clave'es rojos
de aquella boca asomó.

Antojos de enamorada
que se deja convencer;
porque, después de mimada,
la mujer no quiere nada,
no quiere más que... querer.

Y aun sabiendo que es exceso,
me confieso pecador;
en sus claveles di un beso.
Fué para quitarme el peso
de aquel mal rato de amor.

La noche de Pascua.

Es el día de la Pascua
de los más grandes del año,
y nosotros los pastores de estas breñas,
que vivimos en los montes olvidados,
hemos muerto los mejores
corderillos del rebaño,
que esta noche es de retozo
y queremos celebrarlo.
La chocilla habrá de verse
envidiada por aquel bello palacio
que en ciudad que nunca vimos
tienen nuestros buenos amos.
Villancicos y tonadas
que aprendimos de la madre en el regazo
cantaremos al aliento de la hoguera,
que nos presta calor plácido.
¡Yo contemplo á los abuelos,
que están mustios y callados!
¡Quién supiera, quién supiera
en lo que estarán pensando!

Coplas alegres, risueñas,
que en esta noche del año
endulzáis la vida aislada
del pastor de estos rebaños,
del pastor, que de los goces
vivirá siempre alejado
en las sierras altas, altas
y en los valles hondos, puros, solitarios.

¡Bendita noche de Pascua,
ya que traes de gran ventura un solo ratol
Ha trocado la alegría
la cabaña parda y sucia en un palacio;
y esta noche los pastores



y zagales disfrutamos,
entre el chasquido del fuego,
el ir y venir del jarro
y los alegres cantares
que gozosos entonamos.

—
¡Es la noche de la Pascua
de las más grandes del año!

S o l e d a d .

Solo lloré tu muerte
y solo también hoy yo te recuerdo.
Lloré mucho, era un niño;
lloré porque era para mí un consuelo.
Y solo te rezaba;
confundíanse lágrimas y rezos,
que la oración y el llanto se confunden
en el silencio tétrico.

—
Pasaron muchos años...
y creo todavía que e-toy viendo
tu cuerpo frío, inmoble,
tendido sobre el suelo
y de mortaja un hábito,
como la muerte, negro...
Lucir las cuatro luces,
que hasta llegar el día te lucieron,
y la pobre corona
de tristes pensamientos,
cogidos por mis manos,
que ellas mismas tejieron,
corona que llevaste
contigo al cementerio.
¡Nunca se olvidará de mi memoria
aquel triste recuerdo!
Sentí cerca la muerte

al darte con mi adiós aquellos besos,
aquellos besos largos,
que acaso sean nuestro adiós eterno:
¡eran todo el cariño de mi alma,
eran del corazón el sentimiento!
¡Qué helado me dejaron!...
¡Son tan fríos los besos de los muertos,
que al rozarse mis labios con tu cara
tembló todo mi cuerpo!
Sentí la muerte cerca
y hoy sufro al ver que se marchó á lo lejos.

Se va todo pasando,
todas mis alegrías se perdieron,
pero nunca se extinguen en el mundo
del dolor los recuerdos.
Sí, solo con mis penas
visito el cementerio:
¡qué hermosa, que apacible me parece
la mansión de los muertos!
Y busco allí la calma,
lejos del mundo, encuentro allí sosiego.

Por eso vengo á ver yo tantas veces
á mi querido muerto,
con un pobre ramito
de tristes y sencillos pensamientos.

A mi moza.

La alegría me retoza,
hoy no sé más que cantar.
Es que quiero celebrar
el *sí* que me dió la moza
más bonita del lugar.

Una moza castellana
que es más maja que las flores,

fresca cual brisa temprana,
limpio sol de mi mañana
y reina de mis amores.

Inocente cual paloma,
nunca á la reja se asoma
por temor al gavilán;
que sabe que hay quien se toma
libertad que no le dan.

No conoció devaneos
de inquieto, discolo amor;
recatada en sus deseos,
no lució jamás manteos
ni arracadas de valor;

ni ostentó lindos crespones
con pájaros y florones,
ni zagalejos de estambre;
que más cumple á sus doblones
callar del mísero el hambre;

ni jubones sedalinos,
ni cruces anacaradas,
ni collares ambarinos,
ni cuentas aljofaradas
con los de oro, engarces finos.

En los negros rizos bellos
de sus undosos cabellos
no lució de concha peinas.
¡Qué bien cayeran sobre ellos
coronas de muchas reinas!

Cual hormiga vividora,
se une afanosa y se humilla

á la brega redentora,
que es formal, buena, sencilla,
humilde y trabajadora;

que es el trabajo, la ley
á que esclava se sujeta.
¡Mujer prudente, discreta,
por ti, mucho más que rey
deseara ser poeta!

Y dijera Poesía
amor que yo sé sentir.
¡Cuántas ternezas diría
la amorosa Musa mía
que yo no supe decir!

Flor que en el campo encontré
y que conservarla quiero;
si me faltase... no sé...
de pensarlo, juro á fe
¡que parece que me muerol

Ella es la sola mujer
que me hizo á mí que sintiera;
yo antes vivía sin ver...
y ella me guió á que viera
lo bueno que es el querer.

Y confieso sin rebozo,
no cambio por ningún mozo
ni este hoy mío, ni el mañana
que ya presumo con gozo
tendré con mi castellana.

En las tierras la labor,
ni me cansa, ni me inquieta;

¡soy mozo trabajador
que llora no ser poeta
para cantarte su amor!

Amor tan grande y leal
como en la aldea no hay dos;
soy un mozo tan cabal,
que por no haber hecho mal,
contigo me premia Dios.

Mi madre te quiere tanto,
siente por ti tal encanto,
que gracias á que es mujer;
si no, me hiciera tener
de los celos el espanto;

y dice que eres tan buena,
tan hacendosa, cri-tiana,
tan juiciosa y tan serena,
que eres encanto, morena,
de la gente castellana.

Dice cosas tan hermosas,
tan ingenuas, tan graciosas,
que la escucho embebecido;
pero esas, mi amor, son cosas
para dichas al oído.

Y me da tanta alegría
el que mi madre hable así
de la castellana mía,
que un trono no trocaría
por este amor hacia ti.

No te extrañe, pues, mujer,
que esté tan lleno de gozo

quien con sólo tu querer
hoy se considera ser
del pueblo el más feliz mozo.

—
Y sabe, morena mía,
que al no dejar de cantar,
es que quiero celebrar
la más hermosa alegría,
que es la alegría de amar.

A m o r .

I

¡Qué lentos pasan para mí los días!
¡Un ambiente muy triste y tenebroso
ha velado las dulces alegrías
que el vivir me brindaba deleitoso!
Y es que las penas mías
parecen ¡ay! gozar en sus porfías,
en robarme la calma y el reposo.

Resbala por mi ser la honda tristeza
de una vida maltrecha en sus amores,
y en la sombra i fecunda en que se pasa,
con los arrobadores
destellos divinales de belleza,
á mis penas aciagas pone tasa
un encanto sin par: ¡Naturaleza!

Cuando Dios te creó, bella Natura,
derramó sobre ti ta! donosura,
que fuiste de sus ojos embeleso;
mas yo, que soy humana criatura
y mi frente selló Dios con un beso,
tengo sobre la tuya mi hermosura.

Yo tengo sobre ti, montaña inmensa,
sobre ti, solitario bosque umbrío,
sobre los hondos, insaciables mares,

sobre ti, rumoroso, claro río...
yo tengo sobre todo lo creado
la melodía intensa
que brota de la fe de mis cantares,
y un cerebro que piensa,
y Dios me ha dado,
como único de luz, tesoro mío,
para luchar con indomable brío
contra el ciego pensar extraviado,
que es el de la razón, germen malvado
de todo desvarío.

En ti, tan sólo ansío
hallar eco de amor á mis amores,
como hallan en estío
eco á su voz los pájaros cantores.

Desde el águila real, que allá voltea
en el ámbito extenso de los cielos,
hasta el áspid maldito que rastrea
su cuerpo por el fango de los suelos...
todos los seres vivos
que pueblan y armonizan este mundo,
no son más que cautivos
del hombre, que es de Dios la obra más santa;
por eso á Él sólo canta
la fe que brota de su amor profundo.

Mas tú, Naturaleza esplendorosa,
creada por mi Dios, Padre de todos,
magnánima, radiante y amorosa,
me ofreces deliciosa
deleites puros, de sublimes modos.

Sólo por ser creada
por la mano divina del que quiero,
te adoro, te venero
y te canta mi alma enamorada.

Mas mi cantar sincero
lo escucharás, Naturaleza amada,
después de Dios, porque es mi Dios primero,
y sin Él ¡oh mi amor! tú fueras nada.

Dios y Natura son la angusta estrella
que hacen mi vida fructuosa y bella.

¡Qué tristes días en los que el sol oculto
no rasga de las nubes los cendales,
y queda el mundo en sus delicias muerto
por no admirar aquellas celestiales
regiones en que á Dios se rinde culto
y en que alguien piensa, con pensar incierto!
Esos días sin luz recreadora
los pechos se acongojan y estremecen;
esos días tan lóbregos parecen
nacidos sólo para aquel que llora.

Pero aun en otros apacibles días,
en que ríe la vida, que es amores,
y en que rompe en cascadas de armonías
un sol bendito que besó á las flores;
al desplegar sus vestiduras de oro
destréñzase la luz en mil colores,
que son iris de amor encantadores,
como el casto arrullar de un bello coro
de encelados, divinos ruseñores;
al escuchar su cántico sonoro
que el alma de du'zuras enajena,
se apodera de mí tan honda pena
que, lo confieso con rubor: sí lloro.

Lloro la suerte ingrata
que sólo me ofreció duro quebranto;
lloro ese triste llanto
que más las almas que los ojos mata.

¡Y mi sufrir fué tanto...
que he de romper el santo
nudo opresor que á padeceres me ata!
Quiero amores sin lágrimas ni penas;
mi ser, que se rebela, ya no acata
yugos, imposiciones ni cadenas.

II

El sol besó una cumbre
 con un beso de amor, tan casto y leve
 que el fuego prodigioso de su lumbre
 no derritió ni un átomo de nieve.

Pero en el llano amaneció aquel día
 sin ventiscas ni fríos heladores,
 y todo lo creado parecía
 que gozaba la excelsa poesía
 del más sublime amor de los amores.
 Era aquel día para amar nacido,
 era un día del cielo bendecido.

Yo rimaba errabundo mis pesares,
 que formaron los más tristes cantares
 que hayan nacido del humano pecho;
 ¡porque, perdida del vivir la calma,
 sólo brota del alma
 el triste manantial que el llanto ha hecho!

Naturaleza, por los hielos muerta,
 de su sueño de nieves se despierta,
 sonriendo de luz y amor henchida,
 y á transportes de júbilo convida
 porque ha dejado á primavera abierta
 la entrada en los destinos de la vida.

.....

¡Ya el ambiente tan triste y tenebroso
 de un iris se tiñó de azul y rosa!
 ¡Ya el vivir es más dulce y deleitoso,
 que el amor fecundante, delicioso,
 á la vida tornaba á hacerla hermosa!

Ya de los fríos la estación de pena
 cedió su trono adusta
 á la estación augusta
 que, de deleites naturales llena,
 nos brinda encantadores

el néctar del dulzor de los dulzores
que el alma de los hombres enajena.

.....

III

Yo quiero libertad, aire fecundo
y amores que cobije el sol dorado,
ese mismo esplendente sol cantado
por egregios poetas de este mundo.

Deseo enamorado
quereres de hembra que mi amor codicia;
gozar quiero avariento la delicia
de amor tan deseado.

Ferviente en el altar de los amores,
imploraré rendido
sus gracias y sus besos seductores.
¡Amor, ansiado cielo,
eres el solo anhelo
de mi pecho que gime entristecido!

No quiero hondos pesares
que el espíritu matan con sus hieles;
amor fecundo: para ti las mieles
de todos mis dulcísimos cantares.

Para ti los latidos de mi pecho
y el crear de mi ardiente fantasía,
que tú tienes derecho
á que, en deliquios de tu amor deshecho,
te proclame cual so'la Musa mía.
¡Y aleja de mi ser, Musa de amores,
la llorosa canción de los dolores!

Mujer que mis cantares
escuchas, por su ritmo transportada,
te ofrezco los sublimes bienestares
de una pasión honrada.

Yo sé tu nombre seductor y bello,
que es de virgen y mártir bendecida;

tu mirada es el único destello
 que en limosna de amor me dió la vida.
 Tú eres la gloria ansiada,
 tú eres ¡oh Mu-a! la mujer soñada.
 Tu boca es la delicia
 del más tierno embe'eso;
 ¡qué feliz el que goce la caricia
 excitadora de un tu largo beso!
 ¡Qué feliz el que pueda ap'isionarte
 en la red vo'uptuosa de un abrazo!
 ¡Quién en tan du'ce lazo
 pudiera sujetarte!

Tu seno es de las hembras placenteras
 cantadas por antiguos trovadores,
 y fruto guardará de los amores
 que en júbilos supremos concibieras.
 Tus manos son cual flores
 y tus pechos dos ánforas sagradas;
 tus rizos ondulantes, seductores,
 son más negros que noches no estrelladas.

Así es la Musa mía,
 la que adoro, mujer, con pasión loca,
 cuyo nombre no quiera suerte impía
 que salga de la cárcel de mi boca.
 Y no saldrá la flor que le da nombre
 del secreto latir de mi conciencia,
 para que de su esencia,
 fuera de mí, no guste ningún hombre.
 Venus llena de vida,
 las líneas de tu mágica escultura
 son las de la hermosura
 más espléndidamente apetecida.

La plácida sonrisa, cuando asoma
 á tus labios ardientes,
 lleva en si la emb'iguez del suave aroma
 que da la per'ería de tus dientes.

Eres Venus humana,
 la mujer que soñó mi fantasía;

tú eres de mis amores soberana,
de todos mis cantares la armonía
y tú eres, Musa mía,
de las flores la más bella y lozana;
tuviera yo poder, fueras sultana,
mas soy un trovador, y eres Poesía.

.....

La vida no es tristeza:
la vida es toda amor, y amor no es llanto.
¡Amor, divino encanto,
eres Hada sublime de belleza!
Amor, tú nunca mueres
porque tú eres verdad de Dios venida.
Amor, flor bendecida,
no puedes, no, morir, porque tú eres
luz del alma, y el alma es siempre vida.

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.



ALBERTO MAGNO ⁽¹⁾

(BOCETO FILOSÓFICO)

ALBERTO MAGNO (2), como SANTO TOMÁS (3) y los demás escolásticos han entendido por las *κεχωρισμένα* de ARISTÓTELES las inteligencias separadas, los ángeles, las esferas, el intelecto activo; mas como las XIV divisiones de la *Metaphysica* del Estagirita no aparecen mencionadas por los filósofos cristianos antes del siglo XII, fácilmente se colige que aquellos términos no son, y el mismo Angel de las Escuelas (4) lo indica, otra cosa que una traducción de los términos correlativos de los filósofos árabes.

ALBERTO MAGNO (5) llama *formæ* á las especies sensibles é inteligibles, *informatio* á la operación mental que más tarde se denominó *simplex apprehensio*, y *fides* al juicio. La clave de estos términos está en sus prototipos árabes respectivos (6).

ALBERTO MAGNO, en el tratado *De Anima* (7) ha tenido evidentemente en cuenta las doctrinas psicológicas que los árabes exponían ó defendían, sobre todo en lo relativo á los sentidos internos, cuyo número de facultades fija en cinco:

(1) Véase la página 721 del tomo anterior.

(2) *De Motibus Animalium*, I, 1, 4.

(3) *Questiones Disputatae de Anima*, XVI.

(4) Véase el XV de los opúsculos de SANTO TOMÁS, *De Substantiis seu de Angelorum Natura*. Léase, sobre todo, este pasaje de la *Summa Theologica*, I, 79, 10: *In quibusdam libris de arabico translatis, substantiæ separatae, quas nos angelos dicimus, intelligentiæ vocantur, in libris tamen de græco translatis, dicuntur intellectus sen mentis.*

(5) *De Anima*, 130. Véase el tomo III de sus *Opera Omnia*.

(6) ASIN, *Bosquejo de un Diccionario Técnico de Filosofía y Teología Musulmanas*, 28.

(7) 147.

el sentimiento de sí propio (llamado también sentido *común*, por cuanto en él se sienten las percepciones de los sentidos externos), la facultad representativa, la estimativa de lo útil ó dañoso, la imaginativa combinadora y la facultad recordativa (1). Como ha demostrado ASÍN (2), toda esta doctrina de los sentidos internos la formuló ALBERTO siguiendo á los Peripatéticos Arabes, y principalmente á ALGACEL. La facultad imaginativa de ALGACEL es la *vis imaginativa* ó *formalis* de ALBERTO y los Primeros Escolásticos del siglo XIII. El *sentido común* se denomina por ALGACEL unificación de especies. La facultad estimativa es la *vis æstimatoria* de los Escolásticos. Las especies ó *intentiones*, como dice ALBERTO MAGNO, son las *especies* que posteriormente se llamaron *insensatæ*, para distinguirlas de las percibidas por los sentidos externos. Las formas son las *formæ*, según ya arriba se indicó de ALBERTO MAGNO. La facultad memorativa viene á identificarse con la *vis formalis*. La reminiscencia es *illa quæ tenet intentiones elicatas ab æstimatoria*, como la define el maestro de SANTO TOMÁS. Por último, las diez pruebas de los Aristotélicos en favor de la subsistencia del alma se encuentran también, aunque con distinto orden, en ALBERTO MAGNO.

No veo razón alguna para que las opiniones expuestas en este sentido puedan herir los sentimientos de escuela de nadie. Pasaron, á Dios gracias, los tiempos de inaudita ligereza científica, en que se creía casi herético mostrar las fuentes en que bebieron á borbotones los grandes Escolásticos Cristianos. No obstante, los que brillaron en los comienzos del siglo XIII, y más todavía en el siglo XII, tenían la costumbre de fundir en sus textos de libros todo lo que traían entre las manos. ALBERTO especialmente cuaja su obra sistemática de

(1) SANTO TOMÁS reduce esas facultades á cuatro, no estableciendo distinción entre la facultad meramente representativa y la imaginativa combinadora. El CARDENAL TOLEDO identifica, además de ésta, la estimativa y la imaginativa. Otros, como GALENO, enumeran tres facultades: la representativa, la judicativa y la memorativa. Los CONIMBRICENSES son del parecer de FONSECA, de que no hay más que dos. (Véase al P. PESCH, *Die Welträthsel*, I, 433.)

2) *Algacel*, I, 820, 833.

nombres de Árabes y Judíos, terriblemente trasladados: JORACH, SEMERION, ADELINUS, ALBRUTALUS, LOXUS; otros tantos enigmas para el historiador (1). El trabajo de los apologistas posteriores se operó sobre los mismos temas con ardor igual y por procedimientos semejantes; pero el prurito doctrinal y didáctico lo absorbió todo, y pronto el sello de origen de teorías y enseñanzas se borró más cada vez. Lejos de negar sus deudas, ALBERTO MAGNO fué muy llevado á exagerar su importancia; pero ya su discípulo SANTO TOMÁS estuvo muy lejos de imitarle en lo de citar las fuentes consultadas para sus trabajos, bajo pretexto de que éstos se dedicaban á la cátedra y á la discusión. Y en pos del *Doctor Angelicus* vino una dinastía intelectual de ambiciosos emuladores de sus defectos los cuales, semejantes á los Faraones de Egipto, amontonaron una *Summa* tras otra para enterrar en ellas todo error dogmático, olvidándose únicamente de mencionar, con un resto siquiera de gratitud, los tópicos griegos y orientales de inspiración. Esta ostentación súbita de las opiniones ajenas como propias, es lo que hace tan difícil de determinar la filiación greco-árabe de las filosofías cristianas de la Edad Media, para los que emprenden su estudio sin la preparación necesaria.

Entre los sistemas musulmanes de Peripatetismo, el de AVERROES contenía un cuerpo tan perfecto de Metodología Teológica, que la Cristiandad Ilustrada no necesitaba apelar á otros recursos, puesto que las relaciones de la razón con la fe podía encontrarlas más justas y extensas en la Enciclopedia de aquel filósofo (prolongación transformada de la Patrística Oriental) que en la Patrística Latina. ALBERTO, sin embargo, á diferencia de SANTO TOMÁS, parece haber sido muy poco influído á este respecto por AVERROES. Ciertamente le pudo apreciar con más extensión y ventajas que su antecesor GUILLERMO DE AUVERNIA;

(1) En general, las versiones de los nombres propios desprovistos en árabe de puntos diacríticos ó mal puntuados, ó eran alterados lastimosamente ó ridículamente transcritos, y siempre hubieron de resultar bárbaros, incorrectos é ininteligibles; así aparece vertido THALES por *Belus*; HIPARCO por *Abraxis*; *φρηνιτις* por *carabitus*, etc. En cuanto á los vocablos técnicos, eran ordinariamente vertidos en su acepción vulgar.

cierto que hasta conoció libros suyos (como el que cita *De Dispositionibus Cordis*) (1) que no han llegado á noticia nuestra; hasta parece averiguado que manejó todos los comentarios de AVERROES que la Edad Media ha conocido, á excepción de la *Poética* y acaso el de las dos *Morales* y la *Metafísica* (2); pero es también indudable que, obsesionado en absoluto por AVICENA, trató con el mayor desdén al musulmán español, á quien reprocha severamente su actitud de protesta y crítica contra su maestro persa (*Averroes, cujus studium fuit semper contradicere patribus suis*) (3).

El *De Unitate Intellectus contra Averroistas*, de ALBERTO MAGNO, va dirigido, como el opúsculo del mismo título de SANTO TOMÁS, contra los profesores de la calle de Fouarre, y coincidió con las condenaciones de 1269 (4). Sería en vano negar, como lo hacían los antiguos historiadores de la Filosofía Escolástica y los modernos que les siguen, ora por mal conocimiento de la influencia árabe, ora por prejuicios sobre la pureza ortodoxa de la mentalidad medioeval, que los Averroistas Latinos mostraron muy temprano tendencias al

(1) *De Anima*, III, 1, 5. Véase á SPRENGEL, *Beytrage zur Geschichte der Medicin*, II, 453.

(2) De este último se encuentran citas, pero son pocas, y es sabido que ALBERTO, cuando poseía directamente un texto lo disolvía en el suyo sin desperdiciar ripio. Nadie ignora tampoco que las citas que se hacen de cualquier autor árabe por los autores de aquella época no son una prueba de que se poseyese su traducción, pues no se tenía el menor escrúpulo en citar de segunda mano. Así RENAN (*Averroès et l'Averroïsme*, 204) cree que AVEMPACE y BENTOFAIL no se citan, sino según AVERROES. ALKENDI, ALFARABI, AVICEBRON, KOSTA BEN-LUCA y MAIMONIDES no parecen haber sido leídos más que en el siglo XIII. En el XIV, AVICENA, y sobre todo AVERROES, ocupan el puesto de todos los demás; en el XV, por último, AVERROES queda como único intérprete de la Filosofía Árabe.

(3) *Physica*, II, 1, 10.

(4) JOURDAIN, *La Philosophie de Saint Thomas*, I, 139, 153, 307. Véase lo que PEDRO DE PRUSIA (*Vita Alberti Magni*, 239) dice: *Idem error Averrois iterum pullulavit Parisi post mortem Alexandri Papae, ita ut magni doctores ibidem contra Averroistas frequentius disputarent: quorum disputatio per Alberti sententiam robur accepti, licet absens esset corpore.*

Ateologismo, siendo ésta no de las menores causas para el odio y recelo con que el Episcopado de París comenzó á mirarlos. El centro doctrinal de estas controversias fué la tesis de la unidad del intelecto, y ALBERTO MAGNO, no sólo reconoció su peligro y el gran número de promovedores de semejante error (*hic error in tantum invaluit quod plures habet defensores, et periculosus est nimis*) (1); no sólo procuró refutarlo en cien pasajes de sus obras, sino que le dedicó una especial ya mencionada (2), y cuyo texto y doctrina reprodujo casi al pie de la letra en su *Summa* (3). Añadamos que en algunas otras partes, como en el opúsculo *De Natura et Origine Animae* (4) y en su Comentario sobre el libro III del *Alma* (5), trata á los partidarios de aquella opinión con la mayor acrimonia. La teoría del intelecto separado que alumbraba al hombre por irradiación, que es anterior al individuo y le sobrevive, le parece un error absurdo y detestable, (*error omnino absurdus et pesimus et facile improbabilis*) (6). Siendo el intelecto la forma del hombre, si varios individuos participasen del mismo intelecto, se seguiría que varios individuos de la misma especie participarían de la misma forma, es decir, del mismo principio de individuación, lo que es imposible y contradictorio. El intelecto activo no es, pues, distinto del alma, y no se puede separar de ella más que por abstracción. «Sin embargo, la razón es universal, y ALBERTO arremete con vigor contra los *filósofos latinos*, esto es, contra los Escolásticos Contemporáneos, que, exagerando el principio de individualidad, llegaban á admitir la existencia de tantos entendimientos como seres inteligibles hay» (7).

Desde la publicación del Cartulario de la Universidad de

(1) *Opera*, XVIII, 379.

(2) Véase la página 218 del tomo V de la *Opera*.

(3) II, 13, 77, 3. Véase la página 394 del tomo XVIII de la *Opera*.

(4) *Opera*, V, 182.

(5) II, 7, 20; III, 11, 15. *Summa de Creaturis*, II, 1, 55, 3. *Metaphysica*, XI, 1, 9. *Isagoge in De Anima*, XXI. Véase á HAUREAU, de la *Philosophie Scholastique*, II, 69.

(6) *Opera*, V, 202.

(7) RENAN, *Averroès et l'Averroïsme*, 234.

París por el P. DENIFLE y CHATELAIN; desde que, gracias á los sabios trabajos de P. MANDONNET, se conoce el tratado *De Anima Intellectiva*, de SIGER DE BRAVANTE, y las luchas ardientes suscitadas por los intérpretes averroístas de la Metafísica de ARISTÓTELES, se comprende la importancia atribuída por los contemporáneos á la doctrina de la unidad del intelecto. Está averiguado que en lo más interesante de esas luchas, un hermano predicador de París llamado GIL, acaso GIL DE LESSINES, envió á ALBERTO MAGNO, á la sazón decrepito y alejado de toda polémica, once proposiciones averroístas profesadas por los catedráticos de la Universidad de París y casi idénticas á las que un poco antes condenara TEMPIER, obispo de aquella diócesis (1). ALBERTO escribió contra estas proposiciones un tratado especial, *Liber Determinativus ad Parisienses*, hoy perdido, pero que PEDRO DE PRUSIA (2), su biógrafo, tenía entre las manos, y cuyas primeras palabras reproduce. Claro está que no voy á hacer aquí una conjetura y menos una crítica de episodios tan oscuros. Sería hasta una inutilidad que me entretuviese en juzgar al gran dominico bajo esta postrera faz de apologista y ortodoxo veterano. Pero sin detenerme en semejantes minucias, voy á decir dos palabras sobre la impresión que deja el conjunto de su labor teológica.

ALBERTO MAGNO era hombre de grandes estudios, pero nada dogmático: su cultura y su buena fe no tienen igual en los anales del Escolasticismo de la segunda época. Por él sabemos que ya los Averroístas de entonces, acosados por los doctores católicos, solían acudir al sofisma de que *una cosa puede ser verdadera según la fe, y no según la razón*, y fingiéndose exteriormente cristianos, se entregaban á una incre-

(1) «Venerabili in Christo... Articulos quos in scholis proponunt »magistri Parisiis, qui in Philosophia majori reputantur, vestrae Paternitate, tamquam vero intellectu illuminato, transmittere dignum duxi, »ut eos jam in multis congregationibus impugnatos, vos otio vestri imperii terminetis. Primus est quod intellectus omnium hominum est unus »et idem numero, ect.

(2) *Vita Alberti Magni*, 240, 293. ECHARD, *Scriptores ordinis praedicatorum*, I, 179, 372. RENAN, *Averroès et l'Averroïsme*, 269. *Histoire littéraire de la France*, XIX, 350.

dulidad desenfrenada, poniendo todas sus blasfemias en cabeza de AVERROES. No es, pues, absolutamente cierto, como pretende MENÉNDEZ PELAYO (1), que el Segundo AVERROES, corifeo de la impiedad, apareciese por primera vez en el libro *De Erroribus Philosophorum*, de EGIDIO ROMANO, discípulo de SANTO TOMÁS. La teoría de la doble verdad, característica del Averroísmo Latino, existía ya en tiempo de ALBERTO MAGNO, cuyas manifestaciones son terminantes (2): *Quia defensores hujus hæresis (habla de la teoría de la unidad del intelecto) dicunt quod secundum Philosophiam est, licet fides aliud ponat secundum Theologiam*. Por esta razón ALBERTO promete y cumple la promesa de combatir la mortalidad del alma individual, valiéndose de principios puramente racionales, sin echar mano de ninguna consideración teológica y dogmática. *In hac disputatione nihil secundum legem nostram dicemus, sed omnia secundum Philosophiam... tantum ea accipientes quæ per syllogismum accipiunt demonstrationem* (3). No estaría de más que tomásemos de los Escolásticos algo del riguroso desarrollo de sus argumentos y del gran respeto que profesaban á los contrarios. Treinta argumentos militan, según ALBERTO, en favor de los que piensan que de todas las almas humanas no queda más que una sola después de la muerte. Y es muy de notar que ALBERTO no incurrió en su trabajo en el vicio común de los polemistas de todo tiempo: lejos de presentar el sistema *thanático* desde su aspecto menos razonable para poder así preparar más fácilmente su refutación, ALBERTO lo expone fidelísimamente, sin omitir razón alguna de las que puedan venir en su apoyo (4), y sin debilitar la fuerza de los argumentos en que se funda la doctrina averroísta opuesta á la inmortalidad. Tan cierto es esto, tan absoluta es su imparcialidad, que llega hasta imaginar pruebas en apoyo de la tesis que combate, y dar á los recursos de sus adversarios una fuerza que no tenían en sus propios escritos. Mas

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, I, 503.

(2) *Opera*, XVIII, 380.

(3) *Opera*, V, 218, 226.

(4) Compárese con ALGACEL, en ASÍN, *Algacel*, I, 142

aquellas treinta razones son trastocadas por otras treinta razones de igual fuerza: la balanza es, pues, hasta aquí perfectamente igual. Una reserva de seis razones nuevas viene á decidir la victoria en favor de la tesis de la inmortalidad del alma.

ALBERTO parece haber sido poco apto para sublimar en su interior las convicciones dogmáticas; y habiendo ocupado toda su vida en discusiones positivas y racionales, no podía dar más que un sentido convencional al concepto de una ortodoxia sobrepuesta á sus estudios, y cuya ostentación brillante requiere pasión y entusiasmo. Si á esto se añade su admiración no oculta por AVICENA, y lo mucho que de este musulmán aprendió, no extrañaremos que RENAN (1) haya podido decir que la doctrina de ALBERTO no ofrece, teológicamente apreciada, aquella firmeza que caracterizó más tarde á la Escuela Dominicana. Á veces las doctrinas árabes sorprenden su ortodoxia. Sus opiniones sobre los puntos más graves y delicados son sumamente vacilantes. En los opúsculos coleccionados en el tomo XXI de sus *Opera*, y que pertenecen menos á su Escuela (2), la Filosofía Árabe invade por todas partes su criterio. Á semejanza de los filósofos árabes, en la razón universal antes que en la individual pone ALBERTO la fuente del saber; admite el *profetismo* como hecho psicológico (3), y cuando habla de la unión del alma con el intelecto agente, reproduce atrevidamente el lenguaje de AVICENA. Aunque el curioso tratado (4), de donde RENAN (5) extracta un pasaje á este propósito, está lejos de representar el pensamiento de ALBERTO, prueba al menos hasta qué punto el lenguaje árabe y las doctrinas más audaces habían penetrado en la Escuela Albertina. Ciertamente es, por otra parte, que como autor fué siempre benemérito de la Iglesia; él mismo nos informa de que su tratado contra los

(1) *Averroès et l'Averroïsme*, 234.

(2) Véase á ECHARD, *Scriptores Ordinis Prædicatorum*, I, 178.

(3) Véase la parte VI del tratado *De Apprehensione* (en el tomo XXI de las *Opera*).

(4) Véase la parte V del mismo tratado.

(5) *Averroès et l'Averroïsme*, 235.

Averroístas lo compuso en Roma por orden del PAPA ALEJANDRO IV (hacia 1255). Pero falta aún en sus escritos el sello del apologista verdadero; la gloria de una tentativa de conciliación entre la fe y la razón, capaz de hacer época, no le estaba reservada. Esta gloria corresponde toda entera á su discípulo SANTO TOMÁS.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

A ZOOFILIA

ENSAYO

Debe practicarse la misma tolerancia, la misma indulgencia, el mismo amor fraternal hacia todos los hombres indistintamente y una bondad inalterable para con los seres del reino animal.

BUDHA (1).

En la época actual la invasión creciente de la sociología, las nuevas orientaciones artísticas, generosas y altruistas y la aparición de ese escepticismo consolador que da el dominio del saber, parece que debiera ir acompañado de un mayor cariño á los irracionales, y sin embargo, ocurre todo lo contrario.

Consideraciones metafísicas fáciles y vulgares, conducen á ver en esos hermanos inferiores, seres trabajando heroicamente, titanescamente, por lograr un nivel superior al que actualmente alcanzan. Los derechos del animal son idénticos á los del niño (2). Pero tales consideraciones, ó no se las hacen los hombres actuales, ó si se las hacen se guardan muy mucho de ponerlas en práctica, por creer más cómodo y hacedero olvidar la obligación que tenemos de proteger y ayudar la evolución, de quien aún no consiguió llegar á nuestra exquisitez cerebral.

(1) *Las creencias fundamentales del budhismo*, por Arthur Arnould (versión española).

(2) G. L. Duprat, *La morale*.—París, 1901.

Esta falta de amor á los animales obedece á un conjunto de causas heterogéneas, que trataré de investigar y precisar.

Rodeado el hombre en las primeras civilizaciones de seres más numerosos que él, más fuertes y mejor armados, con los que la lucha era casi imposible, y concibiendo el mundo como un sombrío y misterioso agregado de poderes conscientes, ensayó el granjearse protectores con multitud de variadas adulaciones, traducidas en mil ceremonias, hijas tan sólo de su miedo y pobreza de defensas.

La serpiente que caminaba sin piernas y la tortuga capaz de vivir en el aire y en el agua, eran seres á quienes se debía mirar con temor, procurando aplacar sus iras y disipar sus rencores por cuantos medios la imaginación sugiriera (Guiddins) (1).

Esta idea alcanzó todo su esplendor en Egipto; pero donde adquirió un carácter artístico, sugestivo y admirable fué en la Grecia. Los griegos no temían á los animales, admiraban sus energías. Esta admiración, impresionándoles sincera y hondamente, les llevó á darlos un puesto principal en sus creaciones, tanto religiosas como artísticas. De aquí el león de Nemea, la hidra de Lerna, los pájaros de Estymfala, los jabalíes de Calydon, el toro de Marathon, etc., etc.

En aquella creación deslumbradora que se llamó mitología el animal desempeñó los más variados papeles. Intermediarios en lances de amor—el toro en el rapto de Europa,—defensores de propiedades ajenas—los dragones defendiendo las manzanas de oro del jardín de las Hespérides y los secretos de Medea,—alimentando á los dioses—Tifeo, el titán más joven á quien Hesiodo nutrió con cien cabezas de serpiente,—los irracionales fueron siempre en el país del arte compañeros inseparables de los dioses, á los cuales servían de símbolo; la paloma de Afrodita, el cuervo de Apolo.

En ningún otro país el amor á los animales ha sido revestido de tan artístico ropaje. El origen quizás esté en los Vritas y Adhesekas brahámnicos (2); pero la poesía le fué dada por

(1) Franklin Guiddins, *Sociología* (versión española).

(2) A. Lefevre, *La Grèce antique*.—París, 1900.

aquel pueblo en que «un lagarto, una tortuga evocan el recuerdo de mil metamorfosis cantadas por los poetas» (1).

Hoy esta causa de culto y cariño ha desaparecido, el hombre puede luchar ventajosamente con todos los animales, menos en número y peor armados; quizás porque algunas de sus armas y órganos de defensa se hayan perdido en la vida de los siglos. La glándula pineal estuvo muy desarrollada en ciertos vertebrados extinguidos, en cuyo esqueleto el diámetro del agujero parietal es muy considerable (2). Hoy sólo parece un órgano atrófico.

En la existencia de ese cariño, que se va perdiendo, influyeron también en alto grado los sedimentos que del espíritu animal quedaban en épocas pasadas, en los bajos fondos de la conciencia humana. Así en Noruega el oso es considerado casi como un hombre; para los negros los monos son hombres castigados que se hacen los mudos por pereza (3); los australianos creen que el gato montés tiene el don de la palabra; y en ciertas tribus javanesas pasa por opinión muy autorizada el que las mujeres paren cocodrilos á la vez que sus hijos (4). El *totem*, fenómeno curiosísimo de sociología, procede de la idea de descendencia común del hombre y del animal (5). En algo muy semejante se funda el simbolismo del blasón.

Luego estos sedimentos de animalidad se han ido eliminando poco á poco, y con ellos el amor que contribuyeron á engendrar.

La creencia de que el espíritu continuaba viviendo cuando el cuerpo había ya perecido trajo bien pronto la hipótesis de la transmigración de las almas. Esta hipótesis, á creer á Bourdeau (6), debió ser sugerida por la idea que se podía for-

(1) H. Taine, *El arte en Grecia* (versión española).

(2) A. Peytoureau, *La glande pineale et le troisième œil des vertébrés*.—These, 1887.

(3) Max Muller, *Origen y desarrollo de las religiones* (versión española).

(4) Lang., *Migthologie*. — Paris.

(5) Tylor, *De la civilisation primitive*.— Paris.

(6) *El problema de la muerte* (versión española).

mar entonces de los fenómenos de la nutrición. Los malayos, después de haber matado un tigre, comen su corazón para apropiarse su fuerza y su valor.

Este concepto de la transmigración fué enseñado por Platón (1), para quien las almas ligeras van á habitar el cuerpo de los pájaros y las de los ignorantes el de las ostras. En Méjico, los ascalones limitan la reencarnación del alma de los pobres al cuerpo de las ardillas, los escarabajos y los insectos. Ovidio cantó un himno á esta creencia en su *Metamorfosis*.

Tales orientaciones no podían menos de producir un respeto exagerado y explicable. Así en el Budhismo, en que Gautama, antes de hacerse Budha, fué rey, esclavo, mono, oso, caballo, cuervo, loro, rana, árbol, etc.; es pauta doctrinal el aforismo de que «comer la carne de una bestia, es comer la de un hermano».

Esto es tan antiguo que ya se enseñaba en los templos de Egipto 2600 años antes de J. C. (2). Hoy aparece casi abandonado, incapaz de ejercer la menor la influencia en la moral humana.

En épocas pasadas los animales eran mucho más útiles al hombre que en la actual, y por esto se vivía más unido á ellos. La domesticidad es una forma de mutualismo entre especies diferentes. La domesticidad es una asociación voluntaria (3), grande modificadora de instintos y voliciones. Según Brehem, los lapones que conducen los rebaños de renos carecen de iniciativa, dejándose guiar por el ganado. En las orillas del Amazonas, las culebras domesticadas circulan libremente por las casas, prestando útiles servicios á la limpieza (4). Modernamente el hombre parece haber olvidado aquellos tiempos de vida común, sin la cual jamás hubiese producido la civilización (5).

(1) R. de la Grasserie, *Psicología de las religiones* (versión española).

(2) Encausse (Papus), *L'Occultisme et le Spiritualisme*.—París, 1902.

(3) A. Espinas, *Des sociétés animales*.—París, 1878.

(4) F. Keller Lenzinger, *Tour du Monde*.—1874.

(5) Guiddins, loc. cit.

Mientras la inteligencia de los seres inferiores fué un misterio para el hombre, el hombre los amó. El amor, pese á Michelet, Schopenhauer, Sthendal, Merimée y tanto otros, no es sino una curiosidad. El hastío es la imposibilidad de hallar nuevas facetas psíquicas en el ser amado. Por esto al enterarnos de que el animal es un hermano menor, le hemos retirado nuestro cariño. La culpa la tienen los naturalistas, que han sabido igualar las más fundamentales diferencias.

El manejo de instrumentos, durante tanto tiempo tenido por base capital de distinción, ya no puede ser un argumento para nadie. Tylor ha demostrado que las hormigas emplean como útiles para sus labores las piedras y ramitas que encuentran en su camino.

Los animales, como los filósofos, generalizan. Las aves acuáticas se dejan caer á plomo desde grandes alturas sobre el agua, y descienden con lentitud sobre la tierra ó el hielo. Los elefantes y los osos, cuando no pueden alcanzar algún objeto flotante, agitan el agua con las patas hasta producir corrientes favorables que lo traigan á la orilla (Romanes). Los animales, como los hombres, son malos. Hay ciertos caballos que se irritan por el menor motivo; la cólera es en ellos frecuente. Las hembras de los elefantes enseñadas para la caza de sus hermanos salvajes, emplean una coquetería envidiable (1). Los animales pueden ser neuróticos; todos lo hemos comprobado: la observación de un caso de epilepsia en el gato ha servido á un buen novelista para escribir una de sus mejores páginas (2). Para mayor identidad y desgracia, hasta hay animales chistosos (3).

La semejanza de nuestras fisonomías con las de los animales es indudable en multitud de casos (4). La caricia artística y exquisita por excelencia, el beso, que tanto ensalzaron los poetas, es el representante, en la mímica humana, del gesto con que los jóvenes orangutanes y chimpancés

(1) Ch. Darwin, *La descendencia del hombre* (versión española).

(2) I-K. Huysmans, *En rade*, roman.—París, 1901.

(3) H. Cousin, *Les animaux facétieux*.—*La Revue*, 1904, núm. 4.

(4) I. B. Porta, *La physiologie humaine*.—1655.

manifiestan su mal humor y desagrado (1). La sonrisa que embellece las horas, es el gesto de los mismos monos ante la bazofia que les da su guardián (2). En esta orientación, el animal es un hombre inferior, á quien hay que despreciar dadas las corrientes de las nuevas tendencias hacia el perfeccionamiento de las especies. Á una época en que uno de sus filósofos triunfadores, asegura que: «la piedad sólo es una palabra huera creada para ocultar el egoísmo y el orgullo de un ser inferior, que carece de generosidad» (3), no puede exigírsele otra cosa. Una inteligencia no puede ser comprendida por nosotros más que si nosotros hallamos sus analogías en la nuestra propia.

En épocas anteriores las grandes lagunas con sus reptiles, las floras exuberantes pobladas de animales, daban por resultado una comunidad de vida que ahora no existe. Sabido es que la intimidad es uno de los comienzos del cariño.

Esta mayor intimidad repercutió en el arte. La acuarela «La liebre» y el león de «La celda de San Jerónimo», de A. Durero; los perros de Velázquez y Wateau, el caballo que monta San Martín en el famoso cuadro de Van Dyck, que está en la iglesia Saventhem (Bélgica); los animales de Fyt y Vos, el caballo á galope del monumento á Sforza, ideado por Vinci; la cuadriga de Borkens, de nuestro Museo; la leona asiria herida, del Museo Británico; el caballo de Luis XIV, de Puget, que guardan en Marsella, etc., etc., no volverán á ser creados.

Hoy los animales se prodigan mucho menos en los cuadros de género, porque su papel es menos importante en la vida. La vida en los países latinos estorba aún más que en los sajones estos amores. «En los hogares latinos la gente es ave de paso; sólo va á su casa á comer, dormir y trabajar; pero no á hacer la *deliciosa* vida de familia» (4), que tanto cariño pone en todas las cosas.

(1) E. Cuyer, *La mimique*.—París, 1902.

(2) Ch. Darwin.—*L'expresión de l'émotions chez l'homme et les animaux*.—París, 1874.

(3) M. Lichtenberger, *La philosophie de Nietzsche*.—Alcan, 1900.

(4) Octavio Bunge, *La educación contemporánea*.—Madrid, 1900.

Esta misma influencia se refleja en la poesía, donde ideas vagas generales han substituído á aquellas comparaciones sencillas y claras de los antiguos.

Ningún poeta volverá á decir: «Tus cabellos como rebaño de cabras en los montes de Galaad;—tus dientes como ható de ovejas que salieron del baño» (1).

Ya dijo Aristóteles que las sociedades difieren según los medios.

Para Espinas (2) los motivos de asociación del hombre con los animales son los siguientes:

1.º Por placer y lujo: Monos, gatos, perros, pájaros cantores, insectos fosforescentes.

2.º Para la caza y la pesca: Caballo, perro, elefante, etc.

3.º Para su defensa: Perro, etc.

4.º Para la tracción y locomoción: Caballo, dromedario, asno y buey.

5.º Por los productos: Conejo, gallina, gusano de seda.

Analizando, siquiera sea ligeramente, este cuadro, fácilmente se ve que la mayor parte de los motivos que impulsaron al hombre, en épocas pasadas, á buscar la ayuda de los animales han perdido su importancia en la actualidad. Las armas de fuego han substituído ventajosamente al perro en la defensa; la electricidad ha desterrado los motores de sangre é igual ha ido ocurriendo con las demás condiciones.

En los hombres como en los pueblos, «á la fase de exaltación del sentimiento corresponde la fase de imaginación constructiva y á la de depresión emotiva la de imaginación destructiva» (3).

Si, como dice Stendhal, «basta pensar en una perfección para hallarla en lo que se ama» (4), el hombre respecto á los animales sólo piensa en imperfecciones y peligros.

Ahora como nunca el hombre teme á la muerte.

Ni el sol ni la muerte pudieron nunca mirarse con fijeza

(1) *Cantar de los cantares*, XI, VI.

(2) Loc. cit.

(3) L. Dugas, *L'imagination*.—París, 1903.

(4) *Physiologie de l'amour*.

(Rochefoucauld), porque, según frase bíblica, la muerte es el rey de los sustos.

Los hombres la temen porque no saben lo que es (Lucrecio).

En otras épocas la ignorancia no explicaba, pero consolaba. La idea de la tutela divina ha dado por resultado, durante mucho tiempo, el tener el alma humana humildemente sujeta en una indiferente y resignada minoridad. A ella le bastaba con la creencia de que un protector divino la vigilaba y protegía (1). Ahora que el espíritu humano se despoja de estas creencias tiene miedo, como el niño que por vez primera se aventura á marchar sólo en las obscuridades de un pasillo.

El hombre ya no teme á los animales por sus acometidas, sino por las enfermedades que puedan transmitirle.

Para ello hay bastantes razones: los servicios que los animales, aun los más útiles nos prestan, nos los hacen pagar bien caro.

Los animales pueden transmitirnos enfermedades por medio del contacto directo, por sus productos ó por sus parásitos.

La carne de los animales de matadero contribuye á la propagación de enfermedades gravísimas, que suelen llevar á la muerte.

Entre ellas se hallan: el tétanos, enteritis infecciosas, septicemias, enfermedades tifoideas, actinomicosis y tantas otras.

La tuberculosis se propaga con rapidez suma. Según observaciones del matadero central de Francfort, existe dicha temible enfermedad (2):

En 10,2.....	Por 100 de la suma total de reses sacrificadas.
En 13,4.....	» de los toros.
En 6,3.....	» de los bueyes.
En 9,2.....	» de las terneras.
En 16,2.....	» de las vacas.
En 0,008.....	» de los becerros.

(1) Guyau, *La irreligión del porvenir* (versión española).

(2) Max Rubner, *Tratado de Higiene* (versión española).

Sin embargo, aun cuando se ha demostrado que en tuberculosis de larga fecha las carnes tienen bacilos, el peligro es aquí, según Bellinger, mucho menor que en la leche.

Como prueba aduce este autor, el que en las familias de los matarifes, que comen con frecuencia carne tuberculosa, la cifra media de los que sufren tal dolencia es poco subida.

Las terneras que maman la leche de las vacas á quienes se da arsénico para engordarlas pueden ser causa de intoxicaciones peligrosísimas.

Ocurre con alguna frecuencia que, pasados varios días después de haber comido carne, aparece un fuerte catarro gastro-intestinal, acompañado de dilatación pupilar, sequedad en la garganta, afonía, hipotermia, dolor de cabeza, vértigos, disminución de las orinas y erupciones cutáneas; estos síntomas, acentuándose, conducen á la muerte en gran número de casos. En ocasiones el cuadro sindrómico semeja al cólera y con mayor frecuencia á la fiebre tifoidea. Estos accidentes, conocidos con el nombre de butilismo, adquirieron carácter de epidemia en 1879 y 1866 en Chemnitz y más tarde en Middelburgo. Una parte de estos casos pueden atribuirse á una verdadera intoxicación; pero la mayoría es una infección originada por determinados gérmenes patógenos.

La leche es un verdadero caldo de cultivo. Contiene innumerables microbios, saprofitos unos, patógenos otros. De ellos los hay que contribuyen á su coagulación (*B. subtilis tyrothrix*, *B. acidi lactici*), otros que la comunican olor fétido (*B. butiricus*), y algunos que la hacen tomar diversos colores: así, el *B. cianogeno* convierte su blancura, cantada por los poetas, en un azul fuerte; el *micrococcus prodigiosus* hace aparecer en su superficie grandes manchas rojas, y el *lactis crythrogenes* la vuelve toda ella de un rojo subido.

Al lado de estos, poco perjudiciales, casi inofensivos, se desarrollan otros peligrosísimos, tales como los de la tuberculosis, fiebre aftosa, carbunco y difteria; si no viviendo en la misma leche, utilizándola como vehículo, el de la escarlata y el de la tifoidea.

Y esto ocurre con un alimento que se consume en cantidades inmensas. Véase como muestra la siguiente estadística. Por día y por individuo se toma de leche en

Munich.....	562	gramos.
Koenigsberg.....	383	»
París.....	228	»
Londres.....	107	»

De la riqueza de gérmenes testimonia el hecho de que Claus, analizando la leche vendida en los mercados de Würzburgo, llegó á encontrar en un centímetro cúbico 2.334.000.

Si sin detenernos más en las enfermedades transmitidas por los productos pasamos, por no prolongar demasiado el artículo, á las que nos hacen adquirir los animales por medio de sus parásitos, encontraremos aún más justificado, aparentemente, el desamor que hoy se tiene á los seres inferiores.

Del perro, el gran amigo del hombre, llegan á nosotros el *ixodes ricinus* (garrapatas del vulgo) que, aunque generalmente inofensivas, pueden excepcionalmente dar lugar á reacciones locales, punto de partida para reflejos que causen la muerte. Las *linguátulas*, *arácnidos* degradados por el parasitismo (Hallopeau). El *ascaris canis*, común al perro y al gato. La *tænia echinococcus*, cuyo embrión vive en el intestino delgado del perro. Sus proglótidas expulsadas con las materias fecales se disocian, y los huevos en ellas contenidos pueden ser transportados por el agua, que les sirve de vehículo para llegar al tubo digestivo humano. Y, finalmente, el *distoma canis* que, debilitando á los enfermos por una enteritis sanguinolenta y cubriéndolos de edemas, acaba por hacerlos sucumbir.

El cerdo nos hace sufrir la *triquinosis*. El parásito productor es un verme nemátodo filiforme. Ingeridas por el hombre las larvas contenidas en la carne del cerdo enfermo, los gusanos se desarrollan en el interior del intestino, alcanzan un tamaño de tres á cinco milímetros, y atravesando las paredes del tubo digestivo en su tramo inferior, caminan por los insterticios orgánicos y llegan á los músculos, no sobrevi-

niendo la muerte más que en una octava parte de los casos (1). Del mismo animal vienen los casos de *taenia solium*, que da lugar á la llamada lepra del cerdo.

Del carnero proceden la *fasciola hepatica*, poco frecuente en el hombre, hasta el punto de no haber podido Blanchard juntar más que 25 casos (2), y el *distoma lanceolatum*. Del buey el *Eustrongilus gigas* y la *Tænia saginata*.

Del sollo, el *bothiocephalus latus* que aunque, aparentemente, parecido á las tenias, difiere de ellas por interesantes detalles. De los crustáceos, la *filaria* de *Medina*, y del ratón, la *eimeria falciforme*, del orden de la cocídeas, frecuente en el intestino de los roedores del Senegal, según Eimer. Y finalmente, para terminar esta lista hecha al correr de la pluma, el *davainea madagascarcensis*, ténido notable por pertenecer á un género de cestodos propio de los pájaros.

Por el contagio directo, las cuatro principales enfermedades que los irracionales pueden transmitir al hombre son: el carbunco, el muermo, la rabia y la actinomicosis.

El carbunco es debido al desarrollo en el organismo de la *bacteridia carbuncosa*, descrita por primera vez por Davaine en 1863 (3). En el hombre el carbunco es principalmente una enfermedad profesional, que ataca á los pastores, carniceros, matarifes, curtidores y á todos cuanto por razón de oficio tienen que andar en contacto con animales enfermos de dicha dolencia ó manejar sus carnes.

Á veces, aunque raramente, la enfermedad puede ser debida á la picadura de una mosca que se haya posado sobre el cadáver de un animal carbuncoso.

El muermo, afección muy frecuente en los caballos, mulos y asnos, ataca á todos aquellos que viven entre dichos animales, tales como cocheros, mozos de ganadería, etc.

Quien primero lo estudió en el hombre fué Rayer en 1837, habiéndose comprobado que es una enfermedad peligrosa en extremo siempre y mortal en muchos casos.

(1) Grancher, *La trichinose* (*Annales d'hygiene*, 1884).

(2) *Note sur quelques vers parasites de l'homme*.—(C. R. de la Soc. de Biologie, 1891.)

(3) C. R. Acad. des Sciences, 1863.

La rabia ó hidrofobia es conocida desde épocas sumamente remotas, pues ya Aristóteles la describía; se comunica al hombre por mordedura de los animales rabiosos, y está caracterizada por síntomas del sistema nervioso que acarrear la muerte en breve plazo. No todas las mordeduras producen la rabia, según el ya citado Bollinger: de cien personas mordidas por perros *notoriamente* rabiosos, sólo enferman treinta y cinco.

La actinimicosis es debida al desarrollo en el organismo de un hongo transmitido al hombre, ó por los animales domésticos ya enfermos, ó por respirar polvo en que vaya contenido el parásito.

Quedan aún por citar dos clases de animales importantísimos en la trasmisión de las enfermedades, la pulga y el mosquito.

Del mosquito basta recordar el paludismo, para darse cuenta c'ara de su importancia.

La causa del paludismo es un hematozoario que Laveran descubrió en 1880 (1), examinando sangre fresca con el propósito de estudiar el origen del pigmento melánico. Las relaciones entre los mosquitos del género *Anopheles* y el paludismo fueron establecidas definitivamente por Grassi en 1898, habiendo sido extendida esta doctrina por todos los países por numerosos tratadistas (2). Y en cuanto á las pulgas es ya creencia bastante autorizada la de que á ellas son debidas las epidemias de peste bubónica. Las relaciones de la peste humana con las ratas es conocida desde una lejana antigüedad; pero sólo merced al descubrimiento del microbio específico hecho por Yersin en 1894 (3), han llegado á puntualizarse con precisión científica. Cuando algún hombre toca el cadáver de una rata atacada de peste, muerta hace algunas horas, este hombre está condenado á muerte. Pasado más tiempo, las pulgas, parásitos ordinarios de las

(1) Laveran, C. R. de l'Acad. des Sciences, 1881.

(2) Huertas-Pittaluga, *Sur etiologie et prophylaxie du paludisme.*—XIV Congreso Internacional de Medicina de Madrid, 1903.

(3) Yersin, *La peste bubonique à Hong-kong. Annales de l'Institut Pasteur*, 1896.

ratas, son las encargadas de llevar la terrible enfermedad á todos los sitios. Como detalle desconsolador, recuérdese que en Bombay hubo 376.583 apestados, de los que 291.923 fallecieron. La única profilaxia posible es la destrucción de las ratas. En menos de año y medio han matado los japoneses 3.050.000 de estos roedores.

Hecha esta ligera enumeración, fácilmente se comprende que al cariño por los animales sólo dos trincheras le quedan donde refugiarse: el capricho y la simpatía.

La simpatía no es sino la esperanza en una utilidad futura, y no creyéndose en ella, hará desaparecer su consecuencia.

El capricho es una debilidad con perversión de la voluntad (1), sólo capaz de ser sentido por aïmas débiles, é incapaces por tanto de restaurar el amor á los seres inferiores.

Tales son las razones por las cuales el hombre ha dejado de amar á los animales y ha comenzado á temerlos. Acaso pronto el pensar humano siga nuevas orientaciones, y en lugar de pretender con un egoísmo irrazonado y demoledor reducir todo el mundo á sí propio, tomando por guía su interés personal, se aplique á ejercer su función con el conjunto de los seres (2), ya que le será imposible olvidar que al comienzo de su vida, incapaz para defenderse por sí solo contra todos los riesgos, aumentó su resistencia aliándose á los animales.—(Spinoza.)

(1) Paulhan, *La volonté*.—París, 1902.

(2) Bourdeau, loc. cit.

CÉSAR JUARROS.

EPITALAMIO REGIO

VERBA LIBERATI LIBERATI LIBERATI

Señora, sois la gracia; Señor, vos sois la gloria;
la Reina es poesía, y el Monarca es historia;
ella es lo permanente, y él es lo temporal.
Y al unirse con vínculos de amor dos corazones
se junta, en la más noble de las asociaciones,
lo terreno con lo espiritual.

Vos venís ¡oh Señora! de países nublados;
el Rey lleva en sus venas recuerdos soleados;
es de la noble tierra donde deslumbra el sol,
que todo lo acaricia y que todo lo besa...
Inglaterra es el sueño y la Reina es inglesa;
España es la alegría y el Rey es español.

Vos ceñís vuestra frente hechicera de noble
lady! con el ramaje grave, austero del roble;
y nuestro Rey la orna con el fresco laurel.
Es la unión de la gracia con la austera energía,
la de la fortaleza con la melancolía,
¡la unión del casto lirio con el rojo clavel!...

Señora, si supieseis que encarnáis un milagro...
Sois la lluvia benéfica sobre el árido agro...
Sois la clemencia mansa, que es hija del Amor;
la mano que se posa sobre el alma maligna,
la compasión que borra lo que dura ley signa,
la virtud pensativa que domina al furor...

Tenéis en vuestros ojos la luz de nuestros cielos,
por eso no pudisteis inspirarnos recelos;
sois nuestra por la luz de espiritualidad;

sois el perdón suave para los oprimidos,
el consuelo y la calma para los afligidos,
sois la Indulgencia, sois el Bien y la Piedad.

The Gardens of the Queens, dijo un poeta vuestro,
poeta que no tuvo para mostrar su estro
ni la rima bastarda ni el consonante vil;
poeta de ese pueblo que os cobijó en la infancia,
tan lleno de tristeza, tan lleno de fragancia
en el cual vos brotasteis, tan hermosa y gentil.

Jardines de las reinas: ¡Oh, qué mágico hechizo
hay en estas palabras! Se dirían un rizo
que se posa en la frente atacada de mal...
¡Jardines de las reinas, jardines de misterio;
vuestro imperio no es sólo de esta tierra el imperio!
¡Oh reinas, vuestro imperio será siempre inmortal!

¡Oh reinas, sois mujeres y tenéis la belleza!...
¡Oh mujeres, sois reinas y tenéis la grandezal...
¡Oh reinas, sois mujeres y tenéis la virtud!...
Sois dulces y sois castas, así como palomas;
sois hermosas, sois lánguidas y exhaláis los aromas
de la gracia, de la bondad y la salud...

Idylls of the King, dijo también otro poeta
de vuestra tierra, en versos ungidos de violeta.
¡Oh encantadora frase! Los Idilios del Rey...
El rey, que es un humano, os ama como humano;
por los reales sitios paseáis de la mano
y la blanda ternura sustituye á la ley...

¡Quién me diera cantaros, en áureo florilegio,
á vos, Reina y Señora, en vuestro idilio regio!...
¡Quién, como vuestro Tennyson, os supiera cantar! ..
¡Quién dijera el encanto de un galante Versailles,
los jubones de seda y los esbeltos talles,
las luminarias y la música militar!...

Señora, ya no somos, como antaño, ¡tan grandes!
ofrecer no podemos ni América ni Flandes,
de nuestros campos secos huyó la recia lid;
mas en nuestra miseria esperamos que brote
algún día un ensueño que se llame Quijote,
que se llame Pelayo ó que se llame el Cid!...

¡Lo esperamos Señora! El muerto resucita.
Esperamos que rayos de la luz infinita
que iluminó los siglos á nosotros vendrán.
Esperamos, Señora, que, dócil al conjuro
de vuestra voz, de un mundo subterráneo y obscuro
emerja la figura de algún Gran Capitán...

¿Ó es que queréis, Señora y Reina encantadora,
ser Reina del sosiego, ser pacificadora?...
Pues confiad, Señora, en que la paz vendrá.
Porque al ver la corona en vuestra real persona,
tan graciosa ha de estaros la secular corona,
que al punto todo súbdito os obedecerá...

Señor, el cielo os brinde destinos halagüeños;
esplendorosos luzcan vuestros años risueños,
bajo la augusta sombra de la Cristiana Cruz...
Señora, que en el trono de las nobles Españas,
que otrora fué teatro de tan grandes hazañas,
vuestra existencia sea siempre un rayo de luz...

ANDRES GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid 18 Mayo 1906.

CUENTOS PARA UNA REVISTA

EL GALÁN JOVEN

Todos los años, por la Virgen de Agosto, arribaba á Puer-tuco una compañía lírico-dramática y cómico-lírica: todo mezclado. Un anochecer, á la hora en que las lindas mu-chachas del pueblo circunvagaban por el cabildo de la iglesia parroquial, fondeaba en la plaza la desvencijada diligencia que hace la carrera de Gijón. Del fondo salían maletas des-lustradas, baúles que perdieron su barniz en tanto rodar por carreteras y mesones. Iluminado, el único mozo de cuerda residente en el pueblo, siempre reventando de diapédisis y de alcohol, se echaba estos bultos á las espaldas, cargadas y encogidas, de animal de servicio, y tarareando alguna can-cionceja infame embocaba la calle de San Antonio, torcía por la plazoleta que se forma alrededor de la fuente pública, y revirando la melancólica calle Nueva, siempre sin gente, se detenía en el angosto callejón del teatro. Ya la callejuca, delimitada á un lado por la tapia verdinegra del jardín de D. Salvador Pola, iba cubriéndose de sombras que el silen-cio de la tépida tarde agrandaba. Iluminado se detenía, des-cargaba los baúles apoyando su mano filosófica en su frente cargada de atmósfera de mal alcohol, y consideraba reflexi-vamente la suave ladera del monte de Santa Ana, el blanco caserío de Miralta con las ventanas abiertas y las ropas pue-stas á secar y al lado la rugosa fachada del viejo teatro con sus aleros salientes obstruídos de inmundicias.

Uno tras otro, los representantes de la compañía lírico-dramática iban apareciendo por la calle Nueva, cosidos al muro arcilloso de la tapia de D. Salvador. Algunas mujerucas asomaban á la puerta de las casas, con el pedazo de bo-

rona en la boca y la sardina, complemento de la frugal cena, sobre la miga amarillenta. Y era siempre la misma exclamación de puerta á puerta:

—¿Viste, mujer? Ya vinieron los comediantes... Andarán por esas calles de Dios muertos de fame y tendrán que marchar pian piano...

Este era el triste destino de las compañías cómico líricas en Puertuco. Bien porque los moradores de este odioso pueblo fuesen recalcitrantes y hostiles á los goces del arte puro, bien porque la dicción del bajo no fuese lo correcta que sería de desear ó el accionar del barítono no se ajustase á las severas leyes de la preceptiva declamatoria, lo cierto es que anualmente se daba el triste caso de que, á los quince días de estancia en aquel condenado pueblo, los figurantes se marcharan gachos y tristes como canes apedreados...

Pero aquella banda de hombres rapados y hambrientos, ornada con los arreos de compañía cómico-lírica ó lírico-dramática, tenía la virtud del fénix: cada año renacía de sus cenizas. Nadie podría decir á punto fijo si eran los mismos ó eran otros: lo cierto es que un atardecer de verano aparecían por la calle Nueva idénticos semblantes viriles, enjutos y alargados, idénticas caritas femeninas revocadas de colores... El blancor de los ojos era el mismo; exacto el carraspear lúgubre como de quien ha sed y hambre, pero no de justicia; nunca se desemejaban las míseras ropas: lacia americana de dril, caída gorrilla de alpaca, pantalones claruzcos en los hombres, blusilla de símili seda, ajada saya de percal en las damas. Siempre resonaban también iguales timbres de voz: el vozarrón mugidor y temeroso era del bajo; los aflautados suspiros laríngeos eran ingénitos en la primera tiple; la enronquecida emisión vocal, como de patrona de huéspedes, usufructuábala la característica; no podían confundirse los donjuanescos y viriles acentos del tenor y el barítono, y todo buen observador traslucía quién era propietario de aquella desapacible voz con vestigios femeninos, que infelizmente transpiraba alcohol...

Sus acciones también eran siempre las mismas: no se diferenciaban nunca las obras de repertorio. Que el barítono

en el muelle miraba trágicamente al mar con ojos de besugo á medio morir, como pidiéndole inspiración, pues aquella noche *La tempestad* se desencadenaba, sin duelo y sin miramientos, sobre los honrados vecinos del pueblo. En cambio se veía al tenor pescando en caña, pasatiempo suave y sin consecuencias; por la noche pieza ligera, cómica, de agradables y digeribles títulos, por lo general en verso: *La rebotica*, *Cosas de chicos*, *Fepa la frescachona*, *El chaleco blanco*, *Tío, yo no he sido...* Si la dama joven aparecía una mañana macilenta y pálida, como el lirio del valle, ya podían prepararse para algún drama terrorífico que la había tenido desvelada: no menos podía esperarse que *La aldea de San Lorenzo*, *La capilla de Lanuza*, *Mancha que limpia*, *En el seno de la muerte*, *La peste de Otranto*. Si la característica compraba azafrán ó cualquier otra especia condimental en la tienda de D.^a Mariquina Misflor, era de temer algún envenenamiento ó cualquier otro criminal atentado en la escena. En cambio, si se introducían armas, se guardaba sigilo, y los cómicos rondaban todo el día la callejuela del teatro por ver si estaba todo á punto, el observador más superficial podía exultar ó perder visiblemente el color, según su temperamento, con el presagio de alguna facinerosa y espantable acción: robo con fractura, fratricidio, crimen por celos ú honra vengada.

De todos modos, á vueltas de mil expedientes, la compañía optaba por el recurso supremo, de carácter eminentemente dramático: marcharse. Algunos arriesgados discutían el asunto; querían, como prueba decisiva, conmover al pueblo con *La flor de un día*; pero ésta, consecuente con su título, duraba lo que dura toda especie de flores virginales: el espacio de una noche. Otros, como el tenor Fernández, que sin duda habían nacido para tiranos, se proponían subyugar al pueblo por el terror, á cuyo efecto representaban *La capilla de Lanuza*; y quién, con viles halagos, proponía obras de carácter equivoco, en que la primera tiple salía á escena enseñando unas canillas flacas y sin gracia de colegiala desnutrida. A veces tenía éxito esta medida; y los espíritus disipados, que en todas partes son numerosos, aplaudían frenéticamente, cuando entre el revoltijo de sayas sucias aparecía

un remedo de pantorrilla, cancanescamente agitado. Con todo, las recriminaciones del párroco y el hecho de pertenecer casi todos estos debochados al sesudo gremio de nijos de familia, hacía volver al redil á tan descarriadas ovejas, y como, por otra parte, los parlamentos de D. Marcos Zapata no hacían rija en la recia epidermis de la pequeña villa, el consentimiento unánime de todos sus habitantes, en lo que se refería á la abstención de pisar el mal tillado del teatracho; sabía vencer de todos los halagos y perfidias de aquellos tiranuelos, como debe ocurrir en todo pueblo amante de su libertad.

*
* *

Nadie pudo explicarse aquel verano cómo muchachuela tan recatada y devota, cual fué siempre á los ojos del pueblo Magdalena la de Peroño (que lo mismo había servido en casa de D. Germán el excusador, el cual, con su enfervorizado celo místico, que tantas persecuciones le valiera, intentara catequizarla, convirtiéndola á la vida monjil), paseaba ahora todos los días de bracete con su amiga Margarita, llevando ambas al lado la afilada y escuálida figura del galán joven y el desmarrido fantasmón del barítono, respectivamente. Y hasta se susurrara en el tenducho de D.^a Mariquina Miflor (mentidero de toda la villa) que, á altas horas de la noche, estando ya al caer las doce en el reloj del pueblo, divisara una aldeana que volvía del mercado de Avilés cuatro sombras cariñosamente confundidas por entre los álamos que dulcemente bordean la carretera, cerca ya de casa del Galipo (ó sea al kilómetro del pueblo), bajo el suave luar que plateaba los oteros de la Vallina.

Y, sin embargo, aquello era verdad. La pobre muchacha, de agraciado semblante y vivos ojos, que nunca había oído más que brutalidades de la cavernosa boca de los marineros, quedó encantada ante aquel hombre afeitado y de edad indefinible, feo con la repulsiva fealdad de los cosméticos, que una mañana, viéndola asomada á la ventana baja del gabinete donde bordaba con su amiga, le dijo tres flores, re-

petidas á las niñas bonitas de todos los pueblos donde hacía alto la farándula. Bastaron dos conversaciones bien aderezadas en los paseos nocturnos para convencerla sinceramente de que aquel hombre la amaba como el más apuesto Abelardo prendado de la más encantadora Eloísa ¡Y luego qué fino era! ¡Qué facilidad de palabral! ¡Cuántas cosas sabía! ¡Qué diferente de todos aquellos cachalotes en forma de hombres, aquellos ásperos rapazucos de lancha, de mirada oblicua, con los calzones azulosos siempre arremangados, patullando descalzos por la ribera del muelle...

Mientras la pobre niña se moría así de amor, como todas las crédulas y desgraciadas mujeres, el galán (como conviene á la límpida tradición de todos los galanes jóvenes) insinuaba seductores proyectos de fuga. Al principio la muchacha resistía; le parecía muy arriesgado escapar una linda tarde, dejando al padre en la mar, ¡pobre, que al venir atronaría la calle! y á la triste abuela paralítica, clavada en el sillón, desgarrando los tabiques con sus alaridos. Pero Magdalena no tenía el principal apoyo que sostiene á las mujeres en las horas de tentación: la imagen de la madre que, con el instinto del sexo, olfatea todo lo que huele á macho, que se mete buceando por los más abscónditos rincones de las almas púberes.

Y como se insinuaba en las tertulias, con púdicos circunloquios — porque siempre había «ropa tendida»; muchachitos de doce años que venían con sus madres ó rapazas solteras que trabajaban en el crochet, — Magdalena «tuvo una desgracia». Fué una noche perfumada de Agosto Margarita no la acompañó, porque precisamente aquella noche habíase enfadado con el bajo. Más honrada ó menos inocente, preveía las consecuencias temibles agazapadas detrás de las tentadoras proposiciones; el padre, casi siempre ebrio, descargando palos sobre sus espaldas; la casa de la capital, con alcobas oscuras, de olores infectos, donde mujeres descotadas fumaban cigarrillos. Quedaron solos Magdalena y el galán joven, que se apellidaba Martínez y tenía veintisiete años. Anocheceía; entraban al rosario todas las muchachas que habían paseado por el cabildo: sólo unos cuantos mozalbetes,

libertinos y espíritus fuertes, se abstenían de entrar, dando voces en las tinieblas, pronunciando palabras obscenas y mo-fándose de las ceremonias del culto...

El mar batía el acantilado que está detrás del cementerio viejo; comenzaban á encenderse luces en las casas del campo y las primeras estrellas ya trem lucían...

—¿Vámonos, niñita mía?—preguntó Martínez con su cargante voz gutural de extremeño.

—¿Adónde?...

—Daremos un paseo por la carretera...

—Va á hacerse tarde. .

Mas la débil protesta murió ahogada entre cuatro palabras de guardarropía que el galán tenía reservadas para tales casos. ¡Estaba loca perdida, bien lo comprendía aquel condenado gitano, de quien le gustaban los ojos, la manera de ajustarse la chaqueta y de ladear la gorrilla, y hasta su timbre de voz!...

—¿A cuántas engañarías como á mí?—murmuraba la niña con aquel acento cantarín y arrastrado de las villas del litoral asturiano.

¡Y él sabía evadir la pregunta, respondiendo tortuosamente que á nadie había querido como á ella, si bien dejando entrever la halagadora elipsis de que otras muchachas le habían amado! ¡La sexualidad, aplastada por el ambiente muerto de la villa, despertaba en la muchacha: no conocía otro aspecto del amor que el matrimonio consagrado por la tradición ó ritualizado como ceremonia eclesiástica, ó bien aquel libertinaje desvergonzado y grosero que los muchachotes del pueblo dejaban adivinar, hablando por las calles en alta voz de las aldeanitas precoces, tumbadas en los prados frescos por primavera, camino de la romería de la Luz, ó junto á la fuente de Cantarranas, donde vivían aquellas dos hermanitas: Marcela y Mercedes, de quienes tantas anécdotas se sabían!... ¡Y ahora un hombre venía á enseñarle, con distinguidos modales y dulce voz, que querer no era eso: que era entregarse toda, por libre elección, que era un derretimiento, un deseo de fundirse con el amado, una caprichosa voluntad de sentirse besada toda: ojos, cabellos, manos, boca, y de besar todo, y de

hacer que una corbata, un retrato, una cartera, una sortija suya fuesen bastante para perturbar todas las potencias mentales y llegar á cometer los grandísimos disparates!

La luna subía redonda y llena, sobre los álamos de la carretera, y ya en la iglesia tocaban *Angelus*, cuando Magdalena se dió cuenta de lo que iba á hacer.—Ya saldrán del rosario, pensaba; otras veces he salido yo tan tranquila, sin ningún remordimiento de conciencia, parloteando con Margarita. Y ahora, aquí estoy sola con éste; y le ofrezco todo lo que tengo, y puede hacer de mí lo que quiera.

El *Angelus* sonaba insistente y dulce en la calma adormecida de la tibia noche; de la taberna de Indalecio, orillas del crucero de piedra que marca la salida del pueblo, salían voces estentóreas de hombres enronquecidos, y bajo la luna, con su luz gloriosa y enferma, la carretera se alargaba recta y sin quebraduras, toda entoldada por los ramajes de los álamos...

En tanto, el galán joven hablaba; sus palabras eran prometedoras, llenas de un halago musical: le decía que con él pasaría una buena vida.

Y con evocadoras visiones de vida excitaba la imaginación de la joven, sin saber, indocto y vulgar como era, que obedecía á una ley del pensamiento: la de que el más volcánico romanticismo se conglomere sólo con detritus de escenas y caracteres realistas...

—Iremos á Madrid—pensaba Magdalena.—¿Cómo será Madrid? Una ciudad dorada, llena de sol, donde toda la gente come tarde y se acuesta á la madrugada y tiene aire distinguido; habrá muchas plazas, coches que hacen un ruido como de vida alegre, y comeremos siempre en un hotel servido por lacayos de librea...

Habían cesado de tocar en la torre; unas ranas croaban cerca...

Se acordó Magdalena de unos versos que leyera en el colegio en un libro de «trozos»:

¡Cu, cu! cantaba la rana...
¡Cu, cu! debajo del río.

Y sin saber por qué, repitiendo aquella copleja insípida, sentía ganas de llorar...

Tal vez recordaba confusamente el tiempo del colegio: ella era de las más aplicadas; una vez, cuando vino cierta señora de Gijón, D.^a Adela, la maestra le había mandado leer una bienvenida, y cuando hicieron comedia y ella representó con su delantalito azul y su pelo suelto...

¡Cu, cu! cantaba la rana...
¡Cu, cu! debajo del río.

Tornaba á repetir y parecía sentir refrigerarse, como si sus pensamientos punzantes descansasen sobre la música de aquella dulce tonadilla lo mismo que en una blanda almohada; como si también el corazón, que allá dentro latía tan fuerte, necesitase un sueñecillo reparador, que aquel soñoliento ritornelo le proporcionaba para olvidarlo todo...

El muchacho seguía hablando, pero ya Magdalena no oía su voz; estaba resuelta á todo.

Quería ver cómo era aquel momento en que las novelas dejan una larga fila de alineados puntos suspensivos; aquel momento tan condenado por los confesores, aquel momento en que una mujer y un hombre se abrazan muy apretados... ¿Qué impresión le dejaría aquello? ¿Cómo le sabría?...

En aquel momento el galán joven le pedía un beso...

—Una prueba de cariño. . . ¿comprendes? Si tú me quieres á mí (y se regodeaba al decir esto como si tuviese en el paladar un panal de miel), yo á ti ya sabes que te quiero... No tiene nada de particular que yo pida una prueba de amor...

Y sin decir más, cogiéndola por la barbilla, le oprimió la boca de labios gordezuelos. Una flor que llevaba prendida al pecho se deshojó al tropezar con un botón de la chaqueta de Martínez.

—¿Me das esa flor, lo que sobra?... ¡Vida mía, cuánto te quiero!...

Y mientras ella respondía:

—¿De veras?—con la fingida y coquetuela interrogación de todas las mujeres, aquel hombre, verdaderamente tembloroso y un poco confuso, pasándole una mano por el talle,

comenzaba con la otra á desabrocharle los botones de la blusa malveada.

Pasó un rapaz aldeano, que se les quedó mirando con insolencia.

Martínez volvió la cabeza atrás, y cuando ya el otro se perdía por una callejuca que va á la feligresía de Merás, aún le oyó cantar, subrayando de lejos las palabras á modo de insulto:

¡Ay qué guapa que vienes,
qué maja que vas,
el año que viene
ya me lo dirás!

Magdalena se sintió perturbada por aquel cantar cargado de amenazas, que parece la maldición que el pueblo, con su buen sentido, lanza sobre las cabezas á pájaros y sobre las imaginaciones novelescas de quince abriles, y á pesar del cual tantas lindas muchachas caerán en brazos de tantos engañadores, eternamente, mientras Dios no nos quite esta divina facultad de ensueño que hace menos amarga la vida...

—¡Ay, sí—pensaba,—tal vez dentro de un año no ande yo tan recompuesta y guapita como ahora! ¡Quién sabe lo que será de mí!

Y sentía tentaciones de huir, de volver al pueblo, para no perderse, para no ser una de aquellas mujeres sobre cuyas vidas se hacía en las tertulias un silencio preñado de escándalo...

Pero ya la voz dulzona y aspirada de su novio la arrastraba por la senda florida de la fuga. Al otro día se levantaría temprano, á eso de las cinco; él estaría en la plaza esperándola y tomarían aquel mismo camino, hasta Avilés, donde el lunes se les había de reunir la compañía. Ella tenía disposición para el teatro; él se la conocía, sin haberlo probado: era joven, era guapita, tenía buena voz; podría trabajar. Y le dejaba adivinar una carrera de triunfos: ¡las noches en que los públicos ingenuos de los poblachones españoles le arrojaban al escenario ramos de flores, aplaudiendo sin

parar!... Y si tenían un hijo, lo dedicarían también al teatro; acaso con el tiempo sería un gran actor...

Ya habrían llegado á la piedra miliaria que marca el kilómetro. Un coche pasó retrasado; encima del pescante se veía al cochero, encendiendo un cigarro y cantando alegremente. Era un cantar que Magdalena había recordado muchas veces en las tardes de fastidio, mientras bordaba en *la salina de abajo*, viendo la lluvia caer sin descanso en las cortas y oscuras tardes de invierno. Era un cantar ingenuo y triste, que parece decir toda la suprema melancolía de un alma de mujer que sintió la amargura del hastío y del desengaño subsiguiente á una pasión:

¡Qué dulces son los hombres
para enamorar,
y qué desaboríos
después de lograr!...

¿Quién le habría dicho á ella, cuando lo cantaba bordando, que poco después podría conocer la dulce y al mismo tiempo dolorosa experiencia que había dictado á una muchacha seducida este espontáneo grito lírico? ..

—¿Cómo será este?— se preguntaba.— ¿Será desaborío como dice el cantar?...

—Alma mia, mi niña—gemía la voz del galán joven.

Magdalena reparó que estaba un poco aguardentosa y que recitaba sus tiradas monótonamente, de corrido, como si desempeñase una obra de repertorio.

—Sin embargo, yo la quiero y nunca he querido á ninguna como á esta muchachita de pueblo—pensaba el figurante.—Pero mi profesión... mis escasos medios de vida... la necesidad de correr mundo...

Un vientecillo fresco comenzó á sacudir los ramajes de álamos. Internábase la pareja por una callejuela que terminaba en una rústica fuente, donde un regato quejumbroso afluíá y sobre la cual pendían las ramas de los manzanos de una pomarada próxima. ¡Cuántas veces allí había ido la muchacha, los domingos, de merienda con las amigas, alegres y parlanchinas, con la jovialidad y la locuacidad fáciles que dan una vida sin cuidados!... Allí se sentaron.

Sentía ella un indeterminado languor, como la necesidad de echar la mano por el hombro de su novio y de tirarle de las orejas en prueba de confianza. En aquel momento lamentaba que no tuviera bigote... La luna envolvía el grupo con un halo de luz y de frescor y el regato gemía, como si llorase alguna desgracia.

Creía oír aún dos trozos, dispersos al viento, de aquellos melancólicos cantares:

... el año que viene
ya me lo dirás!...

¡Toda una vida moría en aquel momento, para abrir paso á una nueva, que no sabía lo que le reservaba! ¡Sentía la impresión de que su existencia se dividiese; y un poco abochornada, sonreía, sin embargo, al novio, viendo espejarse en el regato su figura de pícaro! Y pensaba con inefable ternura, con deseos inconcretos de algo muy hermoso:

¡Qué dulces son los hombres
para enamorar!...

LA HUELGA

Fué en la vetusta ciudad de Episcópolis un día de algarada popular. Los obreros de la fundición *La Amistad*—fábrica que está cercana á la estación del ferrocarril del Norte y á la de la línea de vía estrecha que conduce á Onís—se habían declarado en huelga, sobreexcitados por un vejamen intolerable de los patronos, que habían despedido de la fábrica á cuatro trabajadores. Todo el delito de estos desgraciados, que dejaban una familia en ayes continuos, había sido negarse á votar en las pasadas elecciones á favor de los amigos políticos del principal, un señor de origen francés, que había llegado á reunir un capitalazo de millones en fuerza de ser emprendedor y duro con sus subalternos.

En las calles se notaba un hervor inusitado: cruzaban compactos grupos de hombres de blusa; á veces uno de ellos

enarbolaba un guiñapo negro, cuando las patrullas de Guardia civil á caballo se retiraban por un momento de las inmediaciones. En la calle de Wamba, de edificación moderna toda, la más lucida de la ciudad y que afluye, recta y ancha, á la estación del ferrocarril del Norte, los grupos se densificaban. Al dar las doce en el reloj del ayuntamiento, agregáronse los grupos de obreros libres que trabajaban en los edificios públicos. La comitiva, vociferante y lúgubre, se engrosó hasta amedrentar á los ciudadanos pacíficos. De los cafés y cervecerías situados en la acera principal de la calle, que da frente al paseo de las Acacias, remate y coronamiento del frondoso campo de San Juan, huían apovoridos algunos burgueses, turbados en la ingurgitación de sus aperitivos. A la masa de obreros que discurría por medio de la calle, tranquilos y amenazadores—con la medrosa calma del justo que sólo quiere ver cumplida la ley,—iban uniéndose, á más de los menestrales sueltos, algunos estudiantes revoltosos del Instituto y un buen contingente de los plebeyos alumnos de la Escuela normal.

En la plaza Mayor, los graves funcionarios municipales que salían de las oficinas, se entretenían bajo los arcos discutiendo las razones y desaciertos de los huelguistas. Pero cuando un clarín se dejaba oír por las estrechas oquedades de la calle de Cristo, que enlaza la de Wamba con la plaza Mayor, todos huían aterrados, internándose en las tiendas de la plaza donde tenían amigos y á veces tertulias á las cuales eran asiduos concurrentes. Hacia la carretera de San Lázaro corrían algunos desocupados. Estos son los que en días ordinarios suelen apoyarse bajo las columnas de las arcadas sin duda para velar por el sostén de su amado municipio, no comprendiendo que no son ellos ningunos Sansones para soportar tamaño peso. Lo diré en confianza: algunos hombres nefandos, abominables—sobre todo los profesores del Instituto y los prebendados del cabildo—denuncian el celo excesivo de estos maravillosos seres, á los cuales sólo un descomunal amor por las cosas del municipio puede mover á esta cotidiana abnegación. Me cuesta trabajo decirlo; pero se susurra en las veladasnocharniegas que estos seres heroicos son unos redoma.

dos holgazanes, viviendo de la trampa, del fraude, del dolo más procaz, que dice el presidente de la Audiencia, muy poseído de *sus clásicos*. Hasta se propone por criaturas crueles un exterminio sonado y radical de estos ciclópeos sostenedores de columnas. Dios nos libre de dar asentimiento á estos cálculos; creo yo que suposiciones tan injuriosas no pueden caber en alma bien nacida.

Pues bien: estos privilegiados seres corrieron al primer atisbo de algarada popular hacia la carretera de San Lázaro, de terrible y empinada cuesta, que culmina en el cementerio de la ciudad. Los cerebros obtusos, que constituían la mayoría en la población, no podían penetrar las intenciones de estos hombres; nunca se comprendió bien por qué en cuanto había por las calles un ruido algo más agudo que el vocear de los vendedores ambulantes, los hombres de las columnas dejaban éstas sumidas en la más fiera de las soledades y corrían, formados á manera de regimiento, calle de la Verónica arriba, tomando por los infectos callejones del Postigo hasta llegar al Matadero, donde se inicia el espantoso declive que termina en el camposanto. Ya una vez en lo alto de la cuesta, reposaban fatigados y dejaban escapar largos quejidos de dolor y cansancio, como todos los redentores de la humanidad cuando llegan á la cumbre de su calvario. Allí, en una actitud conveniente, meditaban, mirando á la ciudad que tenían de frente y tal vez llorando sobre ella, como el Señor sobre Jerusalem. Quizá acariciaban risueños planes para salvarla de la ruina inminente; lo cierto es que había en su aire cierto dejo de unción y de recogimiento que les asimilaban, para toda persona observadora, á los arúspices romanos que presagiaban lo futuro por el vuelo de las aves. Acaso en estos sostenedores de columnas se daba el terrible tormento del de todos los grandes inventores y sabios que no han podido comunicar sus observaciones por falta de recursos materiales; tal vez no podían ejercer su ornitoscopia por no divisar en aquella atmósfera otros habitantes del aire que los rastros pardillos; lo exacto es que al fin salían de su sumido éxtasis y todo el desconsuelo de su alma, eminentemente filantrópica, se traducía en estas conmovedoras frases:

—No vienen, né, no vienen.

Y si algún profano, en su carrera vertiginosa de vuelta á la población, les detenía para preguntarles quiénes eran los que no venían, ellos contestaban desolados y lacónicos, con ese tono de amargura y desdén hacia la humanidad que es de buen tono en todo profeta burlado:

—¿Quiénes van á ser, né? ¿Quiénes van á ser?... Los obreros de la fabrica de Tudela, né...

*
* *

Si no venían aquellos pobres trabajadores que se tostaban en el fuego de los altos hornos (y mal habían de venir, como no poseyeran el instinto de la adivinación, á tan pocas almas reservado, estando á cinco leguas de la capital, tras los montes, ricos en carbón y mineral, que la ciñen, como diamantes engastados en regia diadema), lo que vino aquella tarde, galopando por la cuesta con un marcial estruendo, fué un escuadrón de caballería, que el comandante de la plaza había mandado á buscar á Fabricia, puerto de mar y populosa villa de 60.000 habitantes, enclavada á seis leguas de la capital. La guarnición de ésta, compuesta de tres compañías llamadas generosamente regimiento, gracias al enfervorizado patriotismo de los episcopolicenses, que les inducía á la hipérbole, no era ya suficiente á contener el tumulto. La efervescencia crecía; los grupos eran ya formidables; se cantaban himnos revolucionarios, y en las encrucijadas de las calles más concurridas, algún Mirabeau de taberna arengaba á la muchedumbre. Cerrábanse los cafés y los comercios; algunos burgueses protestaban, aunque en voz baja, de estas usurpaciones que les prohibían dar su higiénico paseo postmeridiano, y los habitantes de algunas casas ricas se prevenían de la probable agresividad plebeya entornando las contraventanas de los balcones, para lo cual asomaban con miedo una franja de rostro, siempre viril.

Á la una y media, el escuadrón hizo su entrada en la ciudad. Los caballos pataleaban con bélica resonancia, oprimiéndose por las estrechas calles, donde los jinetes veían de vez

en cuando un lindo rostro femenino oculto tras los visillos de un ba cón. Por la calle de Wamba y sus afluentes, ramificaciones de aquel árbol poligenealógico que salían á las afueras de la población, cruzaban cada vez más numerosos los huelguistas, produciendo un fragor imponente de marejada. La huelga caminaba altiva y hermosa por entre la ciudad lujosa y bien comida, al encuentro de la fuerza impuesta por el número y por el arma mortífera, pero resistida por la convicción del pensamiento—que un día horadará las montañas, como, según la vieja y linda alegoría bíblica, horadarlas puede la fe. Esta fe nueva no hará menos: otra especie de fe superpuesta á las recibidas como ancestral legado... Era, en verdad, soberbia, é imponía el respeto, aunque un poco salvaje y agresiva, aquella conglomeración de gente apasionada y fervorosa, anhelante de medir sus fuerzas con otra potencia superior é invencible; pero en la cual los reiterados embates y las muchas embestidas van minando y carcomiendo el viejo organismo. Pudiera compararse esta protesta de unos cuantos hombres valientes, sólo sostenidos por la confianza en el porvenir, con el recato de una espléndida matrona que, al ser asediada en su tránsito callejero por las groserías de los unos y los halagos de los otros, se acoraza como con un broquel en el amor de su prometido ó de su esposo...

Sólo la fe en un futuro, acaso remoto, mas siempre radiante y riente, podía confortar á estos hombres inermes y confiados. No esperaban ellos que su protesta leal y tranquila mereciese aquella reprobación tan enérgica; así que fué grande el pánico de los manifestantes cuando tuvieron ante su vista al monstruo armado, que con gran alarido de cornetas daba los toques de alarma por las calladas calles de la población. Al punto se dividieron los pareceres: unos eran de opinión que se abandonase la actitud agresiva; pero éstos fueron considerados como traidores en aquella Numancia del trabajo, donde no se consentía ningún Marco. Como en la antigua Sagunto, las mujeres rivalizaban con los varones á defender sus derechos conculcados. Se celebró consejo de guerra—¡y qué linda ironía para los que en son de guerra llegaban, de guerra inicua, casi fraternal, pues no había

apenas en todo el escuadrón tres militares que no hubiesen salido de las heces de aquel mismo pueblo contra el cual disparaban!—en la taberna de Pachín el Indiano, próxima á la travesía del Doctor Casales, de donde se tomaba para la fábrica *La Amistad*. Por fin, á la hora en que otras tardes el tranvía único de la ciudad, que lleva á la estación del ferrocarril, iba obstruído de empleados de las dos fábricas vecinas y de los almacenes de vías y obras, un prolongado toque de corneta se dejó oír. Mas en aquel intervalo de tiempo ya en la calle de Wamba se habían levantado barricadas y algunos hombres esforzados, con las armas que habían visto más á mano, se preparaban á la defensa.

*
* *

Entre tanto, el Ayuntamiento estaba reunido en sesión clandestina y extraordinaria y las deliberaciones eran reñidas y acaloradas. Como había allí congregados señores de varios matices políticos, nadie se entendía, y el gran salón de actos, donde flotaba una atmósfera cargada y pestífera, producida tanto por el humo de los cigarros y por el vaho de los alientos como por la locuacidad de los circunstantes, remedaba el compartimiento de una colmena donde se hubieran reunido los zánganos para discutir el proceder de las abejas.

Un concejal fusionista clamaba por «el orden y la moralidad pública prostituídos», y pedía venganza sangrienta del ultraje, ni más ni menos que si se tratase de dos hijas suyas á quienes se hubiera llevado á un gabinete equívoco para deshonestarlas; un conservador hablaba de los «excesos á que se entregaban las turbas desenfrenadas é impunes»; algunos asentían á estas aseveraciones; no pocos protestaban. Mas el que estuvo verdaderamente elocuente fué el dignísimo alcalde. Era un hombre de principios, según decían sus amigos particulares. Correligionarios no se le conocía ninguno, porque no sabía á punto fijo á qué partido pertenecía el buen señor. Era de los independientes, cosa que entonces empezaba á vestir mucho, especie de insectos picantes y mordientes, cuyos fueros permanecen impunes, porque no están clasifi-

cados en ningún escalafón ministerial. Él se debía á todos, se debía además al bienestar del pueblo y para eso proyectaba grandes ensanches y hermosas fuentes públicas; pero se negaba á derribar una casucha baja de que era propietario y que afeaba las elegantes construcciones de la calle de Wamba. En cuanto á los principios, sí era hombre de ellos; pero de tal manera los ocultaba (á no dudarlo por ese exceso de cariño, un poco mortificante para los extraños, con que la madre guarda al hijo en su hogar, por miedo de los peligros de la calle), que, como muchos se decían en voz baja, los principios no asomaban. Se le veía el frac los días de gala; se le veían cotidianamente sus relumbrantes anillos, reminiscencias de sus tiempos de indiano; á veces, por una negligencia incomprensible, hasta se le veía asomar el pañuelo entre los faldones del chaquet, como si saludase á los transeuntes (observación hecha por el inapreciable Garcerán, tendero de la plaza, que era una ardilla en esto); pero los principios no parecían por ninguna parte.

Esta respetable entidad municipal gustaba mucho de las discusiones bizantinas y en los más apurados trances no abandonaba su hábito de controversia. Esto lo atribuía él á su temperamento predominantemente metafísico, á su propensión hacia los grandes problemas aún irresolutos; hablaba de sus *achagues filosóficos* como hubiera podido hablar de sus ataques de gota: una enfermedad distinguida á los sesenta años, regalo de una vida feliz. En esta grave ocasión aún encontraba medios para satisfacer su inagotable sed polémica.

—De todo tienen la culpa—peroraba—ciertos autores equivocados ó de mala fe, que se empeñan en hacer del dominio común cosas que nunca podrán serlo. Hay que convencerse, señores: en siendo del dominio común...

Me tomaré la libertad de atajarle en su peroración para indicar que el dominio común era su enemigo personal. Era transigente, tolerante siempre y con todo; pero en tocándole al dominio común... ¡ah! eso era otra cosa. Por ejemplo: varias veces le habían pedido su biblioteca para un centro obrero; pero ¡ah! él caía pronto en la cuenta, aunque amaba mucho á «sus hermanos los trabajadores», de que ciertas cosas

no debían ser nunca del dominio común... También las mujeres le gustaban á él (muchas veces lo había dicho en la tertulia del boticario Bejarano) un poco... vamos, así... ligeras, inscontantes, caprichosas, que cayesen alguna vez y «con algunos» (y recalca esto persuasivamente si estaba delante de señora-); eran flaquezas, debilidades, *cosas humanas*, como él decía; él lo comprendía todo y todo lo perdónaba, todo mientras no se pusiese de por medio *el dominio común*...

Pero por esta vez, descortés é incivil, el dominio común tuvo el mal gusto de sorprenderlo en lo mejor de su discurso. En la misma plaza Mayor, frente á la propia Casa del Pueblo, se escuchaban gritos, silbidos, voces discordes: toda la protesta cuajada de una muchedumbre que se ha callado mucho tiempo. Los huelguistas habían preparado una asechanza astuta: mientras un gran grupo de ellos esperaba en la calle de Wamba, detrás de las barricadas, el paso de la tropa, algunos, escogidos de entre los más audaces y señalados por su vehemencia, corrían por la travesía de las Claras —silenciosa calle que rodea la traseña de las casas de la plaza Mayor, interceptada para el paso de vehículos por la musgosa tapia del jardín conventual y la húmeda fachada lateral del Ayuntamiento— para congregarse en la plaza y reclamar justicia de las autoridades, ya que en auxilio no podían confiar. Las voces arreciaban; muchos silbidos se dejaron oír; una pedrada salida de no se sabe qué firme y valiente mano, hirió certera, desquebrajándolo, un vidrio del balcón central del Ayuntamiento. Ya á los trabajadores pacíficos que reclamaban una cosa creída justa se habían agregado los revoltosos, los matones, los vociferados: todo el elemento canalla que inevitablemente se intercala en la protesta de una multitud indignada.

El alcalde se asomó al balcón; intentó hablar, dirigirse á su pueblo «tan amado» (como empezó por declarar); amansar con su suave deajo de Orfeo las iras de aquellas fieras (esto lo decía en un aparte al síndico); pero la muchedumbre había llegado á ese período de efervescencia en que no se oyen avisos ni se atienden recriminaciones. Hubo de cerrarse el balcón de nuevo, y los guardianes del pueblo debieron retirarse á las

habitaciones interiores. La furia del pueblo iba acreciéndose, y aunque había muchos pareceres, como en el seno de toda gran masa, surgió un jefe, el jefe que siempre surge, irremediablemente: porque, bandido torvo ó filántropo desinteresado, las grandes agrupaciones piden un jefe. Y éste fué un ajustador de la fábrica, un muchacho joven, huérfano, soltero, que no tenía nada que perder, porque las muchedumbres nunca se olvidan de ser infantiles y jamás dejan de aparecer sentimentales; un simpático y guapo rapaz de aventajada estatura, ojos vivos, facciones correctas, cutis fino de señorito, un poco desfigurado por la suciedad de las tareas fabriles: una especie de Apolo del arroyo. Encaramándose sobre las gradas de la iglesia de Santa Pelagia—que forma ángulo recto con el palacio del Ayuntamiento y en cuyo pórtico los santos góticos de noble catadura sonríen benévolo desde las descascarilladas hornacinas á la rugiente multitud,—el Adonis plebeyo habló, y como ocurre siempre cuando el estado de ánimo de una colectividad se exacerba y cuando llega ese punto álgido de la cólera en que ya no se discierne y sólo se obra, sus palabras fueron sobre el alborotado grupo como yesca encendida sobre un haz de paja...

Y el Adonis, congestionado, horrible en su hermosura transfigurada por la ira, mandaba prender fuego á los palacios de los nobles, «los causantes de todas nuestras desgracias», y mandaba no respetar conveniencias y que no les detuviesen «miramientos estúpidos»: Y la muchedumbre obedecía su mandato como si fuese intimación de un legislador nuevo. Los grupos corrieron, engrosándose cada vez más con figuras de facinerosos que á cada esquina surgían, como saliendo de no se sabe qué ignoradas madrigueras, hacia la calle de los Mercados. En esta calle, por extraña irrisión de la topografía urbana, se asentaban, no las casas de los mercaderes y covachuelistas, sino los hidalgos y solariegos caserones de las rancias familias de la población. Ante uno de estos palacios, de fachada humedecida y rugosa, detúvose la multitud agitada como un gran nervio convulso por la fiebre. «¡Quesalga el marqués!»—gritaron algunos—y acompañaban sus llamamientos con denuestos é insultos. Interjecciones á

media voz cortaban el silencio grave de la señorial mansión: las puertas blasonadas se habían cerrado, y por las entreabiertas maderas de las ventanas bajas salían confusos rumores—como la entrecortada respiración que se oye á través de las vidrieras de la alcoba donde hay un enfermo.—La muchedumbre seguía rugiendo, volcánica é impetuosa; las voces eran cada vez más desaforadas; se multiplicaban las arengas de los oradores tribunicios improvisados. «¡Que salga el tirano, el opresor de los pobres!», gritaban muchos. «¡Abajo el burgués!», clamaron otros como supremo insulto. Por la plaza pataleaban los caballos del escuadrón, como mensajeros de la muerte, avanzando simétricos y uniformados, duros, siniestros. Entonces se produjo la estupefacción á la vez que el desaliento en la muchedumbre: todos temblaban, aunque no se lo confesasen, ante aquella fuerza armada que se imponía irresistiblemente. En aquel mismo momento los escasos remanentes del compacto grupo, que sin miedo á los sables aún permanecían estacionados ante el palacio, vieron asomar por el balcón corrido que ornan á los extremos dos gárgolas grotescas, residuo de los tiempos medios, una figurilla auririzada y suave, una carita ovalada, encuadrada de rubios bucles: era el primogénito de los marqueses que burlando la vigilancia del aya asomaba allí, por ver, con la instintiva curiosidad del niño que abre los ojos á la vida, lo que ocurría en la calle. Algunos, al verle, gritaron y quisieron vociferar más fuerte. Pero entre el grupo tres ó cuatro mujeres despuntaban por su arrojo: una, sobre todo, se distinguía. Con la innata delicadeza y sentimentalidad del alma femenina, todas pedían compasión por el pobre infante.—¡Por Dios, pobrecito! ¡Dejadle!—recomendaban á los hombres que con más furor trataban de apedrear los solariegos muros. Uno tenía ya la piedra en la mano; era la piedra terrible, aquella primera piedra que nadie debía osar tirar al vecino, según Jesús, y que ahora la furia un poco bestial ponía en la mano desnuda del plebeyo para destruir la estirpe de siglos. Mas del grupo avanzó una gallarda matrona: era la prometida del Adonis tribunicio y éste era el que quería lanzar la piedra contra el primogénito de un glorioso linaje. Era una guapa

moza; tenía ojos animados y graciosos, la boca roja; sólo las manos, las inconfundibles manos callosas del trabajo delataban á la bestia de carga en aquel tipo lleno de distinción. Retuvo la mano de su novio, sonriente á través de su cólera; su fino instinto maternal—ese sentimieto que diviniza á las más groseras mujeres—le dictaba la ignominia de aquella afrenta inferida á un inocente para pagar las culpas de herencia... Pero en aquel momento el niño se retiró del balcón compelido por una mano brusca que desde dentro le cogía: mientras, el escuadrón avanzaba sobre la calle dando una carga. La mujer, que casi lloraba de emoción ante la fiereza de su heroísmo y los impulsos cordiales que habían salvado la vida á una criatura, se sintió envuelta en la ola pataleante. La cola de un corcel lustroso, azotándola el rostro, la hizo vacilar y caer en tierra; sintió en sus hombros las pisadas de otro caballo.

—¡Duro con esa buena moza!—gritó el capitán sonriéndose, con esa antipática altanería de todos los pequeños engrandecidos á fuerza de astucia ó de desvergüenza.

—¡Vaya con las revolucionarias que ahora se estilan!—comentó un teniente.

—¡Sinvergonzonas! Más les valiera estar cuidando del pote de les fabes y remendando la ropa de los fíos—balbuceó en su torpe lengua dialectal un sargento maduro.

La hoja de un sable cayó sobre la espalda de la guapa chica; hubo que recogerla exánime y llevarla al hospital de sangre que se había habilitado en el Ayuntamiento...

*
* *

Los periódicos dieron la notica escueta y sobria, sin arranques patéticos de los que tanta impresión producen en el público ingenuo. Simplemente un telegrama que rezaba así: «*Gobernador civil á Ministro Gobernación.*—Restablecido orden turbado huelga obreros de fundición, tomo nuevamente posesión cargo. Gobernador militar salúdale. Tropas bizarras portáronse admirablemente. Heridos, dos, leves. Mujer pueblo arrastrada caballo; estado grave. Seguiré telegrafando. Reina tranquilidad absoluta.»

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

NUEVO MUNDO

Canto histórico.

Alter erit tum Thiphys et altera quae vehat Argo.
Delectos hervas.

(VIRG., *Eglog. IV*).

De ubérrima Corinto raudo atleta,
en corcel volador cual austro viento,
que el concurrido estadio hasta la meta
traspones con «hipógrifo violento»;
púgil el del pancracio, disco ó flecha;
lesbio, que satisfecha
á Erato deja tu eptacorde lira
y á Euterpe que te inspira;
juez Pánidas honrado;
enmólpida sagrado
que aplacas á Minerva con el rito;
académico docto que conquistas
ante la turba aquea
yedra, oliva, acebuche ó palma elea;
arconta, cual saeta en la cuadriga;
jerarca de la Historia acrecentando
del medo la enemiga;
histrión que tus trilogias representas,
del banquete os espera el digno asiento.
Mas no... ¡Teneos! Deponed los lauros,
que ni uno de vosotros ha encendido
la rutilante llama
del recinto nemeo, selva ingente:

el cisne de Dircea solamente
templo eternal inauguró á la Fama.
De Orcomene el tesoro,
de Harmonía la eterna gentileza,
del pelásgico Doro
la avena y caramillo,
vinculado han por siempre la nobleza
en el plectro de Anfión, forminge de oro.

Que un beso Psiquis y Ero
hicieron resonar, y que nació
la bella argiva, lo ignorara el mundo,
si de un confín hasta el confín postrero
un día y otro día
no se dejase oír el padre Homero.

¡Salve, bruma de Alfeo y de Cefiso!
¡Venid, auras del Lacio!
Un justador sumiso
¡dulce Marón, inimitable Horacio!
evócaos de improviso.

Camenas bienhechoras:
¿daréisme vuestra copa? el ambrosía
de la abeja de Himeto
que liba en Panopea,
y esculpe en Selenea,
áureo epinicio coronando el reto!

Y hubo acullá tal vez Tetis hermosa,
madreperla tirada por delfines,
que fascinó al titán y desde el Osa
le hizo con loco anhelo
retar á Dios para usurpar el cielo;
ó algún rey cual Tesalio mareante
que el piélagos cruzando
quiso á la secular, sacra, europea
encina arrebatarse su tesoro
y violar su hermosísima Medea.
¡Ilusiones fugaces
que torturaron la soberbia mente
del soñador y el sabio en loca orgía!

Ora la profecía
 con que el santo hapiógrafo
 unge, doma, apacienta, inspira y baña
 el genio aventurero audaz de España.
 O ya los de Estagira y Hecademo (1)
 y Cirene, maestros inmortales,
 consagraron en páginas sencillas
 continentes chronianos, sirtes de oro,
 borondones, Atlántidas y Antillas.
 Ya el Tasis yérguese; ya de la Maga
 se oye la nota vaga...

¿Y después de esto, qué?... Presentimiento,
 en sueño tenebroso, idilio, cabe
 el estro de Manilio hasta Petrarca,
 el desconsolador, letal ¡*quién sabe!*
 Mas llega un fausto día,
 el numen de la paz los aires puebla
 y, cuando Europa apenas *renacía*,
 rásgase la tiniebla,
 del error y la duda huyen los miasmas,
 y entre sueños y lucha y agonía
 vence la realidad á los fantasmas.

¡Dejad, dejadme que huya
 del Asfaltite y Garitzin nefando;
 que pámpanos de Engadi orlen mis sienes;
 pureza Tiberiades venerando
 déme; alientos, Tabor; Moriá, perfume;
 Ptolomaida, su celo;
 Galaad, inspiración; luz, el Carmelo!

¡Centella del Siná, la inspiradora
 de Milton y Bossuet, Manzoni y Klópstock,
 ven á mi mente, gracia salvadora!

Pasmo de las edades
 guardaba en sus carismas Providencia:
 un genio, un manto real y una cogulla,
 triple heroísmo que en los siglos brilla,

(1) Dióg. Laerc.

la mente de un marino,
la caridad de un santo capuchino
y la fe de una Reina de Castilla.

El hombre de Liguria, el aldeano
náufrago en Olisipo, el soberano
pío del mar, con canas prematuras,
por el bóreas el rostro endurecido,
helado el corazón por amarguras,
viaja, como el de Patmos, desterrado,
y en la angustiosa crisis,
¡ay, soñador! está desamparado,
mas late en él segundo Apocalipsis:
«*Del atamamiento de la mar oceana
que está cerrada con cadena fuerte,
te dió las llaves Dios.*» Dice y concluye:
—¡La Tartaria he de hallar ó hallar la muerte!
Mas... ¿cómo, si desoyen mis mociones
lu-iadas, anglicanos,
los príncipes perfectos, Salomones,
según aduladores cortesianos?
¡Ay! desfallecimientos; ¡ay! nostalgias;
¡ay! horóscopo vano,
¡cuál destrozáis el corazón humano!
Cesad, cesad, rigores del ludibrio;
á Emporion dad el áureo Quersoneso,
encuentre plena Europa el equilibrio,
halle Europa provecta el *contrapeso*.

Y lo halló, pese á Lisias
y á todo el que es protervo ó que se engaña,
Colón con Tharsi el muro
de Islandia derribó... ¡¡Loor á España!!

¡*Columbo*, mensajero
del sacrosanto ramo de la oliva!
Con ánimo de acero
realiza tu delirio,
prescinde de tu insólito martirio.
Surca la mar airada,
que á veces con caprichos femeniles

cual leona de un niño enamorada
es posible domar, y á veces lame
la quilla del bajel: no así el infame;
el rayo y la galerna no destruyen
como el rencor, el dolo y la venganza;
no hay doblez en la sirte
pareja á la asechanza;
lo ola se encrespa, azota, mas no injuria,
y, en fin, traga el abismo
sin lujo de cinismo,
sin envidia, soberbia ni lujuria.
Empuña, pues, el lábaro en tu diestra,
indomable cruzado,
y no cejes, por Dios, en la palestra.

¡Triunfe Colón al fin! Hunda en la sombra
Leteo á los menguados impostores;
venga la luz con la que Clío asombra
á siglos y regiones; nimbo eterno
de empresa tal circunde á los autores:
¡Isabell Reina pía,
madre no menos santa
que la princesa célica de Hungría,
que tras ocho centurias,
cerrando del bifronte la cancela,
truecas á la numántica progenie
en próspera y felice,
que, emulando en piedad al de Nicea,
emperador augusto,
la cicatriz adoras
del mártir de Tebaida; tú sacaste
al sabio ginovés de su retiro
cuando Boabdil lanzó el postrer suspiro.
¡Gloria á ti! ¡Gloria al monje venerable,
que la hermosa quimera
de Colón acogió so la palmera
del siempre memorable monasterio,
que á aquella tropical doncella hermosa
hizo emergir del caos y el misterio!

Y á vosotros, perínclitos varones,
religiosos de Esteban salmantinos,
Gonzalo cordobés, bravos Pinzones,
saldubense Santáigel, Diego Deza,
Quintanilla, Las Casas, Gerardinós,
de Medina ambos duques,
¡irradie sobre vos la patria gloria,
ilumíneos la flama de la Historial

Importa en verdad poco
que por Cipango se tomara á Ciba
ó por Ganges tomárase á Orinoco,
si fué por siempre rota la de Alcides
inmensurable presa,
si excelso Nicolao
bajo su manto protegió la empresa.
¡Oh, Virgen del Pilar! Regia señora,
tú al despertar la aurora,
entre el oriente sol y entre la bruma,
de Viriato á la prole
donaste un Continente,
nacido, como Cipsis, de la espuma;
ya el hijo de Laerte
del itacense campo apetecido
ve la silueta airosa;
«ha de César echádose la suerte»;
deje de Spañ el hórrido escondrijo,
matrona heroica y noble,
y al tesoro prolijo
de Colcos llegue y al sagrado roble.
¡Surge, América, surge!
¡Mágica, esplendorosa! ¡Yo te he visto!
¡Ah! Si, como Sigfrido, se lograra
del ave penetrar el deleitoso
ritmo, á la madre patria yo cantara:
¡España, que te rindan homenaje,
sus lanzas deponiendo y sus arneses,
los latinos, sajones y daneses!
De Hespérída en Hespérída,

cruzando el Océano,
 has alcanzado gloria inmarcesible;
 triunfo del Universo en lo visible
 tu león macabeo ó veneciano.
 Grande, inmenso, glorioso es, á fe mía,
 el suceso que el orbe hoy (1) conmemora:
 la saguntina raza
 dueña de un mundo fué, dominadora,
 y Europa la admiró desde aquel día.
 Rompe en Abila y Calpe las cadenas
 del Hércules adverso,
 borra al *plus ultra* el *non* de tus almenas
 y obliga á arrodillar al Universo.
 Tú eres la redentora
 que curó la ceguera á las naciones
 cual maestra y precursora.
 ¡Cómo! ¿Dudáis? ¿Quién duda?
 ¿Quién contra la evidencia malas artes
 esgrimirá? ¿No fué nuestro Pereira
 antecesor eximio de Descartes?
 ¿Rogete con Estuñiga
 no dieron á su mente el arduo empleo
 que sublimó más tarde á Galileo?
 ¿No fué en la gaya ciencia
 Mosén Jordí quien presintió arrogante
 á Bocaccio y á Dante?
 ¿Quién negará que fuera
 del Flavio visigodo la heredera,
 por Dios pueblo dilecto,
 para premiar su fe, su amor ardiente
 á la Cruz, con que al mauro
 persiguió luengos siglos
 desde el Sella hasta el Dauro,
 Cruz santa, esplendorosa
 que al mundo pasma y al erembo humilla,
 que en Calatañazor enhiesta brilla,

(1) 12 de Octubre de 1892, fecha en que se escribió este poema.

el Salado y las Navas de Tolosa?
 ¡Vitores, hurras, glorias á Sefardi,
 porque la falarica y la tierruca,
 con el aliento del corcel de Yago
 magnificar supieron
 á Gonzalo, Ruy Díaz y Machucal
 Si grande era la fe, la independendencia
 no fué en zaga. ¿Las armas españolas
 quién intentó domallas?
 San Quintín, Roncesvalles ó Pavía;
 ¡contesten por nosotros cien batallas!
 Pérgamo misterioso
 que de Europa levántase al ocaso,
 ibérica progenie:
 aquella «¡Tierra!» que trocaste en santa,
 aquella ¡Salve! que entonaste á bordo,
 aquel piadoso cirio
 que paseó Colombo por la teca
 en prueba de su fe y de su martirio
 fueron el cráter que estalló en lo arcano
 para arrastrar tras sí todo lo humano.
 ¡Cuánto surgió de allí! Todos siguieron
 la rutilante estela;
 cuantos tomaron posesión del orbe;
 hombres y pueblos vieron
 á Dios, en nuevo altar, ¡la carabela!
 La ilustre descendiente de Pelayo
 no encendió la celeste y alma antorcha
 que halló al pie de santísimo Madero
 en celemín obscuro,
 sino sobre esplendente candelero (I);
 y en redor de ese foco
 de luz con el que Ignacio ilustra al mundo,
 carmelita y trapense
 desde el fiero esquimal hasta el foguense,
 el Ponto azul sulcaron

(I) SAN MATEO, V y siguientes.

quillas mil, mil naciones
que el visible universo aherrojaron:
Davis, Hudson, Baffin inmortalizan
el colombiano bóreas;
van á los Alleganis los ingleses;
tocan el Canadá las galas proras;
Tasman, Barentz en Spirtzberg y Zembla
lustre dan á los genios holandeses;
Iberia soberana
á Solís empujó, Ponce y Balboa,
Cano, Cortés, Pizarro y Orellana;
y en el solemne día,
el bravo Magallanes orló el austro
y, mártir, fué á morir á Oceanía.
Vió España coronados sus esfuerzos
en los atlas flamencos y germanos
y fué Egeria de Newton y de Kepler,
medidores de ignotos meridianos.

Ni fueron los de Tiro,
el ámbar persiguiendo escandinavo,
de los mares más dueños que lo fuera
nuestra raza llevando por doquiera,
gualdo y rojo flotando el estandarte,
su civilización de parte á parte.
Como á las prefecturas llevó Roma
el Capitolio, el circo, la basílica,
Celtiberia sembraba
su fe, su religión, su ley, su idioma;
impulsó el movimiento
desde el Oxus y el Indo
al río de la Plata
y á férvida tonante catarata;
si de Cristo la dócil grey sentía
deliquios ó tibieza, conmovido
por la explosión que en Witemberg había,
viendo á Bizancio de dolor transido,
aumentaba con creces del Cordero
la milicia el hispano misionero;

la puente levadiza y honda cava
del castillo roquero
de consuno cegaba;
y al mar lanzó varones que, olvidando
del enano beodo la conseja,
del caballero andante el reto insulso
y el siniestro graznar de la corneja,
ricos, cultos, cambiaban lo grotesco
de su herrumbe ominosa
por suntuoso palacio plateresco.
Y el armiño real de las Castillas,
al exhumar el hemisferio arcano
fué, para el angla tierra ensangrentada,
tabla de salvación del puritano.

Cuando el Señor decreta
entre pueblos insólita alianza,
con vórtices de lumbre
sella en el Sinaí fe y esperanza;
y á Moisés, Saulo, Elías
subyuga en inefable pesadumbre,
embriaga en no escuchadas armonías.
Así la zarza ardiendo se renueva,
y el deslumbrante carro vese luego
al fulgor de celeste torbellino,
misteriosa vorágine de fuego.
Tal la hesperia matrona
acierta á distinguir desde sus naves
el nimbo celestial cuando corona
á Emanuel, que descende hasta la tierra
para dejar vencido
al Anticristo que forjó la guerra.
Y así vió la flotilla
candentes llamaradas,
de las islas orlando Afortunadas
el montañoso yelmo
y en la cofa la helena de San Telmo.
¡Venid, cultas naciones!
¡No temáis! Si el imán de Cristianía

mal grado del marino se desvía
y aturde á nuestras naos,
el Artífice Sumo
hará la luz, siquiera pese al caos.
¡Venid, pueblos, bogad! que Dios os guía;
la zarza es faro cierto,
Castilla y Aragón el amplio puerto,
el Trono es el regazo
donde consagraréis vuestra alianza
con un supremo fraternal abrazo
¡Palideced, Jasones!
Olvide el mercader el Ponto Euxino;
que la esfera del Giogia al orbe inflama
y el valiente marino
de God, tras el ignoto derrotero,
si en California se trocó en minero,
encontró el vellocino en Yokoama.
No importa que en los mares procelosos
al cuáquero topéis; sed generosos;
cual dicta la Parábola,
perdonadle su error y... su abordaje,
porque él cultivó el campo de Florida
y al fin... hizo un cristiano de un salvaje.
¡Lanzadera hispalense:
con tu vaivén los mil telares cruza;
llevad á Portobelo galeones,
los tisúes de seda por millones!
¡Loriga medioeval del feudalismo!
que las flotas del Betis y el Escalda
te sepultan por siempre en el abismo.
Del caduceo olímpico la ciencia
derrame por doquiera su tesoro,
y empuñen cetro de oro
los banqueros del Haya y de Florencia.
Del Llobregat el buen benedictino
á Kempis misterioso
abrió extenso camino
desde el rincón tebano cavernoso

hasta el rosado ambiente carolino.
Telus, del castellano enamorada,
con inefable amor hacia su dueño,
á su servicio dióle ninfa alada
y á Urania despertó, tras largo sueño:
al sacudir el opio
rasgó su denso tul la luminaria
del azul firmamento,
de Arcetri ante el potente telescopio,
escuchando de Képler la plegaria;
y así el astro borroso del caldeo
halló en el cielo de la nueva ciencia
en el regio Westminster su apogeo.
De Schwartz en la escudilla
prendió el azufre y se aplacó la tierra
matando lentamente la rencilla,
pío obstruyendo la continua guerra.
Iris de paz, certísimo, aunque tardo,
desde su celda envía el monje pardo.
De San Bruno el austero religioso
deje del cartulario y palimpsesto
el angustioso por demás dibujo;
del sombrío copista el torvo gesto
ceda ante nueva luz y sano influjo;
ilumine Maguncia
los scriptorios tristes, insalobres,
dueño el burgués de cientos de *umbilicos*:
la «Biblia de los pobres»
trueque á todos en sabios, grandes, ricos;
¡libro con alas de oro! cruza el mundo
y sé del nuevo redentor heraldo
Stefiani, Plantín, Etienne y Aldo.
La embriaguez de la ciencia
se desparrama por complejos modos,
y á nobles y á plebeyos llega á todos;
sólo por ella el sobrenombre salva,
de doctor en el aula salmantina,
el vástago del noble duque de Alba;

la ciencia anuncia sola,
 de un polo hasta otro polo,
 tras los nombres de Erasmo y Mirandola,
 los de Angleria, Lebrija y Marineo,
 las Mendozas, Medranos y Galindos,
 cultura sin igual, que fué española.

Aquella misteriosa culebrina
 que de Guanāhaní desprende el faro,
 resucitó la escuela florentina;
 á la torre ojival demás grandiosa
 reemplazaba piadosa
 de San Pedro la cúpula divina.
 Y al sentir fuego exótico
 sobre sí Bruneleschi y Buonarroto,
 lo griego renació, murió lo gótico.
 Mirtos la Pensilvania
 tejió al cincel, como al silvestre vero
 de Sanzio, de Corregio, del Tiziano,
 de Holbein y Durero.
 Con la flauta de Pan y chirimía,
 no cantará ya el tracio en la floresta,
 que es ciencia la armonía
 que encarna Gluck en complicada orquesta;
 el sinfónico exordio
 funde Bernard en dulce clavicordio
 y la plegaria desde oscura ruina
 eleva hasta los cielos Palestrina.
 Al bosque de Borinquen, al ocaso,
 cual nueva Arcadia, van las Amarilis
 de Herrera, de Boscán, de Garcilaso;
 si la segur la urdimbre desenreda
 á selvática finca
 ábrele el libro de la historia el Inca
 y el cántico á Jesús muéstrale Hojeda.
 ¡Caballeros andantes,
 cuyas locas y cruentas aventuras
 moristeis en el libro ciclopeo
 del coloso inmortal Miguel Cervantes,

llorad al desplomaros al abismo
novísima demencia!
¡Ay del demoledor materialismo!
¡Cuán poco aprovechaba
la buena voluntad del bravo Ercilla!
El sátiro chileno sus pasiones
amasa en calvinistas Robinsones.

Próvida Carolina desparrama
el armiño, ornamento
de toda real y coronada testa;
y de los Andes en la abrupta cresta
la marta fina y pura
duplicó á la matrona su hermosura,
por la cual rinde el hombre vasallaje
y admira su diadema, donde brilla
del sabiá y colibrí gayo plumaje.
El árbol del Brasil, cáliz bermejo
oscureció por siempre
de la sidonia múrice el reflejo;
y cuando á Flora tal España exhuma,
la jardinera bella
con jazmín y magnolia se perfuma.
¡Pomona americana!
tu industria salvadora
mató la hidra famélica
que al mundo consumió devastadora;
brote de toda lira algún acento
para el que en las colinas peruanas
halló sacra raíz, rico alimento;
¡conserva Clío con perenne gloria
de Parmentier y Raleigh la memorial!
¡Tabago! la de helechos bacanales,
la que al viento embalsama, y al poeta
alienta con azules espirales,
la que á la sangre y á la vida ayuda,
narcótico de Musas Mediceas:
Apolo al buen Nicot, en ti saluda.
Al docto jesuíta

en himnos inmortales se celebre,
 que al divino Vallés de Quito trajo
 el filtro triunfador... ¡Venció á la fiebre!
 Si del Misissipí en el torbellino,
 si en la cascada fiera
 envuelve á la piragua el remolino,
 en cambio al industrial el Sacramento
 ubérrimo tesoro
 ofrécele contento,
 inagotable catarata de oro.
 ¡Potosíes no extintos!
 ¡Auríferos filones!
 ¿Para el explotador no sois bastantes?
 ¡Desciende, garimpeiro, á Diamantina,
 que henchida está la tierra de diamantes!
 Sabios, doctos, ingenios que vertisteis
 los ignotos arcanos
 en extensos anales colombianos:
 de Tasco el dramaturgo,
 fácil, fluido, diestro,
 á quien Corneille tomara por maestro;
 lumbrera sin rival venezolana,
 filólogo profundo,
 que ilustrado has el habla castellana;
 Peinero esclavo, mas bizarro vate (1);
 de Cuba esotro plectro, en donde late
 del Niágara la bruma bullidora (2),
 y el numen de León y de Meléndez;
 Trumbull y Powers que erigís un solio
 al *Genio* de la *América*
 en arduo Capitolio;
 Irwing, de erudición raro portento,
 narrador del sin par Descubrimiento;
 Barlow, que del Roquizo en la Tarpeya,
 la visión de Colombo

(1) Gabriel de la Concepción, mulato.

(2) Heredia.

perpetuaste en exótica epopeya;
 ilustre yanque Jorge
 que al furor de las olas
 retaste por trazar la concienzuda
 crónica de las letras españolas;
 Cooper, el novelista, inimitable
 pintor del mar; Poe, lírico insigne
 en quien Europa admira el habla bella;
 Franklin, en fin, que el cetro arrebataste
 al Hannover, y al cielo la centella (1);
 á quien canta tan fausta maravilla
 permitid exhalar nota elegiaca,
 cual lágrima que sulca la mejilla...
 ¡Amor patrio! ¡Que mucho
 que pida el bardo el arpa plañidera,
 si hoy á Maypú recuerda y Ayacucho!...
 ¡Oh, sombras de Esaú, desvaneceos!
 No al hijo ingrato que olvidó á la madre:
 llegue el acento sacro de la musa,
 no á quienes desde Yara (2)
 á Eris (3) enardecen y á Medusa.
 La sangre de escocés filibustero (4)
 no en España germine;
 compasión para el céltico arponero,
 siquier la insania ó embriaguez le incline
 al corso (5) y la taberna de Lutero (6).
 ¡Fantasma parricida,
 vuela ya del no ser á la morada,
 que es imposible para ti la vida!
 El hermano reclama hoy al hermano,
 en él puesto su amor, los ojos fijos;
 de Hermenegildo y Recaredo el solio

-
- (1) Francisco Manoel do Nascimento (*Filinto*); oda *Á la libertad*.
 (2) Grito de sublevación separatista en Yara (Cuba).
 (3) La discordia.
 (4) Alude á Selkirk.
 (5) Selkirk era pirata y corsario, CANTÚ. *Hist. univ.*, t. V.
 (6) Hacía su propaganda de noche en la taberna. *Id.*, *IBID.*

tiende los brazos á sus caros hijos.
La raza vencedora
que al sacrosanto grito
de ¡cierra, España, cierra con Santiago!,
si prepotente, invito,
hoy escucha en las murtas de Chicago (1)
epinicios á América exhumante,
al cañonazo de la urca exalta
novísimo, inspirado concertante...
Vuela también allá, numen hispano,
deja por un instante
tu escabel soberano
y lleva de Colombia al rico suelo
el ósculo de amor, paz y consuelo.
Vé al Panamá, que domeñó el valiente
héroe de Castrajulia;
allí la formidable ingeniería
de Suez, el Atra ó el Chocó desvía;
y cuando el Nuevo Mundo se haga viejo,
blindados leviathanes,
convirtiendo el Pacífico en un lago,
llevarán nuestra raza de titanes
desde un Edén hasta el Edén antípoda,
desde la fuente nítida Castalia
hasta la última Hespéride: la Australia.
¡Sacro país, aunque se oculte en vano,
á donde Cook y Laperouse viajeros
al peregrino ofrecen
un paraíso pródigo y lejano,
do la vestal del porvenir, Melburne,
por explorar conserva su tesoro,
exuberante, virgen, llena de oro!
Tal fué el descubrimiento,
tales sus consecuencias y su gloria:
ciclópeo monumento
eternamente le alzará la Historia.

(1) Exposición universal de 1892.

¡Genios universales,
pelasgas Coricidas,
nereidas de Anahuac, vírgenes druidas:
preparad vuestras arpas inmortales;
porque ya las naciones
ensalzan, tremolando sus pendones,
á España, la feliz descubridora,
por el cielo bendita,
como el cisne de Tívoli, cantando
del mundo á la Señora
un himno secular cosmopolita.

ENRIQUE PRÚGENT.

TOLEDO

(SONATA QUASI UNA FANTASÍA)

Para César García Valiente, por lo que me ha hecho ver y por lo que me ha hecho sentir en la ciudad toledana.

I

Andante doloroso.

Plaza de Santo Domingo el Real... Soledad, silencio, misterio... Frente á nosotros unas columnas vetustas, agobiadas por el peso de la techumbre de un porche ingenuo y sencillo; una gradería de cuatro peldaños, desgastada por el inacabable pisar de innúmeras generaciones; una puerta decrepita y rugosa que da entrada al sagrado recinto donde almas blancas desgranán una eterna vida de monotonía abrumadora. Á nuestra derecha el comenzamiento de un callejón quebrado y angosto, ahogado en ambos bordes por las macizas y elevadas tapias conventuales y convertido, algunos pasos más allá, en lóbrego cobertizo, vieja mansión, en tiempos pretéritos, de brujas y vestiglos que aguardaban impacientes su noche del sábado para celebrar fantásticas asambleas y orgías fastuosas en el aquelarre distante. Á nuestra izquierda un admirable rincón, el más admirable de los rincones provincianos, impregnado de la suave y triste placidez que es patrimonio de los abandonados jardines de Rusiñol; un rincón formado por dos paredes en ángulo recto, descoloridas y deslustradas, ornada una de ellas, la perpen-

dicular á la fachada del porche vetusto, con una simplicísima cruz de madera pintada, despintada, repintada, carcomida, leñosa, coronada en pasados tiempos de fe despierta y de santas creencias, hoy amortiguadas, con un cobertizo, ya ruinoso, que recuerda el frontón griego; en el ápice del tejado que sobre este muro se asienta, una espadaña ancestral, de donde emergieron, durante siglos y siglos, las sonoras canciones, argentinas y tintineantes, de la vieja campana.

Alfombra el suelo de la plaza musgo siempre lozano, cuya coloración esmeralda hace pensar en la frescura de la juventud; tapizan las paredes sábanas de humedad, cuyas tonalidades verduzcas parecen mostrar la contracción dolorosa de todo lo caduco y perecedero que, próximo á extinguirse, camina resignado hacia el crepúsculo de su existencia.

¡Plaza adorada, refugio de este alma de poeta que se llamaba Gustavo Adolfo Bécquer, breve refugio de mi alma, refugio de toda alma de artista!

Y en torno á nosotros soledad, silencio. Soledad augusta, silencio hierático... En este solitario lugar alienta el alma de generaciones fenecidas, alienta el recuerdo de antiguas cosas que se desprecian, de viejas hazañas que se olvidaron, de un mundo y de una humanidad leídos en legendarias narraciones. Y este mundo añorado y esta humanidad ensoñada surgen vivientes y palpitantes en nuestra imaginación, ante los paredones altos y toscos, sobre los cantos ásperos y desiguales, bajo un cielo bañado de azul y de melancolía.

Soledad y silencio. Soledad augusta, silencio hierático... Es noche. Desde su cenit llueve la luna, y esta virgen fra angélica, vestida de blanco, como doncella amortajada, vierte su salutación, llena de bendiciones, sobre el venerado retiro que ostenta la inconfundible pátina de las viejas cosas. La luna muerta... Muerta la ciudad... Átropos se ha entregado incansable á su tarea destructora.

Nuestras manos se cruzan fervorosamente y se elevan en actitud mística. Y del fondo de nuestros corazones, eternos perseguidores de la verdad que esclarezca el misterio que envuelve la vida, sube á nuestros labios una oración, mur-

murada muy quedamente, por el alma de estos cadáveres que reverentemente contemplamos.

Ahogando el silencio hierático, brota, continuo y persistente, un canto monorítmico en el que todas las notas de la gama no temperada se dan cita y cantan á la vitalidad triunfante. Pero viene de lejos, muy de lejos, de la distante vega, y llega tenue, apagado, como si le doliera profanar con su ensordecedor estruendo el triste recinto de las cosas muertas.

II

Réverie.

Ansiosa de resurgir pretéritas vidas, la imaginación divaga. La vista desvaría; el oído también. La realidad se difumina y se evapora.

Y la ilusión permite contemplar cómo al extremo del obscuro cobertizo, angosto y alargado, se bosqueja la silueta de dos personas vestidas á la usanza de pasados siglos. Se les oye hablar; discuten apasionadamente, con fe de poseídos, de artisticismos hoy arcaicos. Sus pisadas son huecas, sonoras y resonantes, agrandadas por el silencio invasor; sus trajes, negros, coronados á la altura del cuello de grandes y rizadas golas blancas; las empuñaduras de sus espadas, pendientes del cinto, refulgen al rielar en ellas la luna.

Las dos siluetas avanzan y se aproximan; las figuras ya se destacan claras, precisas; sus palabras se perciben neta-mente. La conversación que las anima gira en torno á venerados nombres. Hablan del Cardenal Tavera, del Conde de Orgaz, de Covarrubias, de sí mismos, de sus proyectos, de su actividad creadora, siempre despierta...

Una voz suena pausada, solemnemente, con una frialdad que parece contagiada de la del mármol muerto que ha animado y vivificado en sepulcros, en portadas, en estatuas yacentes. La otra voz responde insinuante, invasora, apasionada; sale de un rostro alargado, enjuto y cenceño que destaca unos ojos tristes, brillantes y fosfóricos.

Las dos personas avanzan, avanzan dialogando y pasan al lado del ilusionista que, cautelosamente, va en pos de ellas, despierta la vista, el oído atento. Cruzan una, dos callejas empinadas, angostas, serpenteantes. Hanse detenido en una esquina; hanse estrechado las manos afectuosamente:

—Dios os guarde, maese Domingo—ha dicho la voz pausada, fría y solemne.

—La paz de Dios os acompañe—ha respondido la voz insinuante, apasionada é invasora.

Han partido en distintas direcciones.

.....

El alma del greco Domenikos Theotokopoulos, así como antes la de Alonso Berruguete, han dejado á su paso por la vida toledana una estela que subsiste íntegra en los albores del vigésimo siglo.

Y el ilusionista ha codiciado la fe despierta, la alta idealidad y el misticismo triunfante, estas tres potencias que á él le faltan, que han informado las grandes creaciones artísticas de una época ya fenecida, y ha maldecido de nuestra civilización con su escepticismo, con su materialismo y con su realismo, ahogadores de tan bellas mentiras y faltos de capacidad genésica para crear otras nuevas que mantengan la ilusión y hagan apetecible el vivir.

III

Allegro appassionato.

De súbito se destaca del fondo un grito estridente. Es el silbido seco, recortado, agudo de una locomotora. Un tren va á partír. De otra parte lejana sube un rumor no interrumpido, monorítmico, polifónico. Es la presa de la fábrica de armas. Todas las notas de la gama no temperada se dan cita y cantan á la vitalidad triunfante. Pero vienen de lejos, de la distante vega, y vienen tenues, adormecidas, como si les doliera profanar con su ensordecedor estruendo el triste recinto de las cosas muertas.

En la solitaria y silenciosa plazoleta de Santo Domingo el Real, que ostenta la pátina de las cosas viejas, surgen, de súbito, susurrantes y esfumadas, como si les doliera profanar la augusta calma del venerado recinto, voces rezadoras. Salen del claustro y brotan claras, tonilleantes. Es un subyugador canto monódico, sencillo é ingenuo como el porche medioeval que orna la entrada al santo recinto, blanco como los sayales de las monjas que lo entonan, blanco como sus almas immaculadas.

El codiciado misticismo que vivificó las almas de Berruete y el Greco, este tres veces santo misticismo que nuestros espíritus escépticos persiguen vanamente, brota á raudales á través de las ventanas, á través de los muros del convento, llena la plazoleta é inunda el espacio con su consoladora caricia. Es un tibio rayo de sol en un lluvioso día invernal que, filtrándose por las nubes plumizas é irisando el agua de matices y tonalidades purpurinas, desciende sobre nosotros, bañándonos blandamente y haciéndonos sentir voluptuosos estremecimientos espirituales. ¡Oh misticismo de Juan de la Cruz! ¡Oh misticismo de Teresa de Jesús! ¡Oh misticismo sacrosanto y redentor!

El canto monjil es triste y opaco, con la tristeza y opacidad del rayo de sol al que la cerrazón total del horizonte obliga á esconderse tras las nubes; parece mostrar la contracción dolorosa de todo lo caduco y perecedero que, próximo á extinguirse, camina resignado hacia el crepúsculo de su existencia.

Del fondo llega un grito estridente. Es el silbido largo, punzante, agudo de una locomotora. Un tren ha partido. De abajo, de la vega distante, sube un rumor no interrumpido. La conventual canción monódica, evocadora de siglos pasados y de cosas viejas, armoniza con la canción monorítmica y polifónica que entona el agua en la presa de la fábrica lejana. Una y otra se estrechan, se abrazan, se funden y confunden.

El alma escéptica y vieja, agostada por el ansia irrealizable de ver y de saber del vivir, este alma enamorada de la espiritualidad y del misticismo, se siente rejuvenecida y libe-

rada de los tormentos que la acosan ante la ciudad muerta, que le ofrece cuanto ha menester para saciar su inagotable sed de idealidad, y mira indiferente y desdeñosa la invasión del industrialismo, negador de toda alta manifestación supramaterial. Pero su frente intangible se nubla, sus labios se contraen, sus ojos deslizan alguna invisible lágrima. Es que se entristece este alma cansada y decrepita; se entristece por todo lo que huye y se aleja, se entristece por todo lo que le reemplaza en el imperio del mundo.

JOSÉ SUBIRÁ.

A S. A. R.

la Princesa Victoria Eugenia de Battenberg.

Señora, si no fuera casi en mí un sacrilegio,
con la unción de los bardos gaélicos cantara
las rosas odorantes de vuestra linda cara,
los ojos azulados de extraño sortilegio...

El cutis ambarino como aquel que Correggio
en sus evanescentes figuras evocara,
vuestra elegancia alegre y vuestra risa clara,
vuestra esbeltez y vuestro talle de florilegio...

Ha muerto ya, Señora, el antiguo salterio.
Oculto bajo losas duerme el viejo misterio
que á las reinas hermosas reservaba el destino.

Mas... ¡oh, quién fuera un héroe, que á la vez fuese un bardo,
que lo mismo cantara las mejillas de nardo
que empuñara la espada de reflejo argentino...!

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid 19 Mayo 1906.

EL COLECTIVISMO

CAPÍTULO PRIMERO

Consideraciones generales referentes á la propiedad.—Razón de ser de este estudio.—Opiniones de Hegel, Lassalle, Deville, Karl Marx, Paul Louis y Rodbertus acerca de la propiedad.

I

Vamos á ocuparnos, en esto que nos atrevemos á calificar de estudio, de uno de los problemas sociológicos y económicos más interesantes entre los que, descendiendo de las elevadas regiones científicas y apoderándose del espíritu de las masas populares, en especial de la clase obrera, se agitan en todos los países cultos, conmoviendo los ánimos aun de aquellos que parecen más indiferentes, menos impresionables, y en alto grado persuadidos de la inmutabilidad de las bases seculares sobre las que se apoya la sociedad: nos referimos al tan complejo problema de la propiedad, problema que, desde las épocas más remotas, desde los dilatadísimos períodos prehistóricos, desde las edades mitológicas, casi desde la cuna de la humanidad, ha venido manifestándose bajo sus tres formas determinantes, sin que pueda precisarse con exactitud completa cuál de ellas fuese la más antigua, si bien la opinión más generalizada se inclina del lado de la comunista, así como considera á la individual, que es la más universalizada, cual la más moderna, nacida de la fuerza, de la astucia, al transformarse las primeras agrupaciones humanas.

Cada una de estas tres formas de la propiedad, forma comunista, forma colectivista y forma de apropiación privada,

ha tenido, y sigue teniendo, numerosos y fervientes defensores, que responden, por decirlo así, á otras tantas sectas sociales; y cada una de ellas ha dado á conocer en su actuación práctica, con mayor ó menor amplitud y continuidad, sus ventajas y sus inconvenientes, sus beneficios y sus daños. Actualmente pueden considerarse cual desaparecidas casi por completo las manifestaciones prácticas comunistas, bastante limitadas, aunque crecientes, y desarrollándose de un modo muy perceptible las colectivistas, y absorbiendo toda la vida que con ellas se relaciona las individuales. En la ruda contienda empeñada entre sus respectivos partidarios, se han revelado perfectamente dos campos, en el uno de los cuales se agrupan las huestes defensoras del *statu quo* del régimen actual de la propiedad, con su fatal capitalismo, y en el otro los colectivistas y los comunistas, personificados los primeros en los socialistas y los segundos en los anarquistas, ácratas ó libertarios, que, extremadamente radicales, combaten por retrógrado y autoritario al colectivismo, y anhelan la desaparición total de las creencias, instituciones, organizaciones y clases existentes.

En este primer estudio consideraremos al colectivismo más que en el terreno de los hechos en el de las ideas, estudiando y exponiendo al efecto algunas de las opiniones y las teorías más características, las que, por decirlo así, señalan su movimiento, y contraponiéndolas aquellas de sus adversarios que nos parezcan más atinentes á nuestros propósitos. Como el colectivismo apenas se revela fuera de las regiones científicas, en ellas es en las que hay que procurar su conocimiento. De los teóricos ha pasado á los que pueden llamarse agitadores y á determinadas colectividades obreras socialistas; pero no ha excedido de los límites de la discusión y de los acuerdos. Por eso serán muy pocos los congresos á quienes nos refiramos. De tal examen, aparentemente desordenado, nos prometemos que resulte con la suficiente claridad lo que es en sí y lo que está llamada á ser esta forma de organización económico-social.

II

Comenzaremos esta ligera exposición de opiniones por la del inmortal filósofo alemán Hegel, cuyas obras, con razón sobrada, se consideran como las que inspiraron á Karl Marx y á varios de los más distinguidos anarquistas intelectuales. Hegel entendía que toda «comunidad de bienes es contraria á la completa realización de la personalidad», en lo cual se han apartado de él sus admiradores *libertarios* y algunos de los socialistas, que, por el contrario, sostienen calurosamente que esa clase de comunidad es la que más se compagina con la esencialidad humana. Dice á continuación el inmortal filósofo que «la propiedad privada es descomponible y se descompondrá más ó menos pronto, como lo atestigua el resultado de las luchas agrarias en Roma», añadiendo, en apoyo de su primera proposición, que «el Estado platoniano, que hace de la comunidad de bienes una ley, lesiona á la personalidad, negándole de una manera esencial todo derecho de propiedad, y que con razón se han suprimido los bienes de *manos muertas*, porque una comunidad no es una personalidad».

Comentando estas ideas, se ha expresado el ilustre sociólogo Mr. Andler en los siguientes términos: «El derecho de propiedad parece inalienable á Hegel en tanto cuanto es derecho de adquirir. Sin este derecho el interés personal no se excitaría. El hombre no tiene el derecho de renunciar á su querer ni á lo que le condiciona, y por eso no puede enajenar ni su cuerpo ni la totalidad de su trabajo (*Philosophie des rechts*). El *yo* libre no existe exteriormente sino por el cuerpo, y se manifiesta por una serie de actos que son trabajos. Apoderarse del cuerpo de un hombre, ó de la totalidad de lo que produce con su trabajo, es, pues, aniquilarle espiritualmente. Por ello se ve que la esclavitud y la servidumbre son injustas. El esclavo tiene el derecho de libertarse y es culpable si no lo hace, y el hombre libre tiene el derecho absoluto de coger, de transformar por su labor, ó simplemente de designar el objeto de su elección. Esta manumisión, este

trabajo ó esta designación bastan para hacer del objeto una propiedad legítima (*Philosophie des rechts*). Así se justifica en la teoría hegeliana la propiedad tal como la constituyó la revolución francesa. Hegel la concibe como una propiedad individual de objetos materiales: ni la esclavitud ni los bienes de la Iglesia le parecen compatibles con la justicia. La vida es un derecho contra los otros derechos.» El robo es un derecho, dice, si es el medio único de asegurar la vida. «Y del mismo modo, como contrario á su derecho, se opone á que el hombre enajene la totalidad de su tiempo y de sus aptitudes.»

Nada agregaremos por nuestra parte á lo expresado por Hegel y ratificado por Mr. Andler respecto á la propiedad primaria de la propia personalidad. Pudo en la antigüedad creerse justa la esclavitud, pudo la Edad Media tener igual concepto de la servidumbre; pero hoy ya no hay nadie que siquiera sostenga la posibilidad de convertir al ser humano en objeto aprovechable, y que no rechace en absoluto la venta á que Hegel se refiere. Por eso no diremos nada más en cuanto á este particular.

III

Acabamos de mencionar á Mr. Andler con motivo de exponer algunas ideas hegelianas acerca de la propiedad, ideas en parte rechazadas por los socialistas-colectivistas. Al mismo escritor acudiremos ahora para dar á conocer las de Lassalle, quien con Karl Marx tanto ha influido en los caracteres y manera de ser del socialismo contemporáneo.

«Lasalle—dice Mr. Andler—encontró ser magistral la manera como Savigny funda el derecho de posesión, pero le interpreta con espíritu Hegeliano ó de la misma manera que Gauß hubiera podido hacerlo. La posesión tiene su fundamento en que la unión de una persona y una cosa es suficiente para crear un lazo jurídico (*System*). Si esta unión existe de hecho, poco importan las causas... No hay tan sólo una causa justa, la que la buena fe pueda determinar, y la buena fe del individuo no es precisa para que quiera válida-

mente. Una causa justa y la conciencia de sus derechos comunicable á la colectividad, he aquí lo que funda el derecho del individuo á una propiedad.

Sin embargo, este querer, aun sin fundamento, merece ese *mínimum* de protección que aparta del individuo las violencias.»

«De aquí—prosigue diciendo—resultan estas conclusiones: 1.^a Un individuo no tiene nunca derechos sino por su acción individual. El derecho es siempre una libertad, y la libertad no se manifiesta sino por actos. Allí donde los derechos parecen nacer de los actos materiales resultan en realidad de una voluntad normal que se impone, aun cuando le haya faltado la ocasión de manifestarse, y por eso el niño recién nacido tiene derechos. 2.^a Un individuo no puede adquirir derechos por sus actos y por contrato sino en la medida que las leyes existentes le permitan. Un querer individual que se impusiera á una ley prohibitiva no podría valer jurídicamente; permanecería siendo un simple querer de hecho; su derecho es erróneo, y este error es inexcusable. Tan sólo hay una posibilidad de hacerle valer, el mantenerlo por manifestaciones lícitas hasta la derogación de la ley prohibitiva, porque si este querer individual se ha traducido en una repetición de actos constitutivos de su permanencia hasta en el nuevo estado legislativo, será inmediatamente válido desde que la prohibición se levante, porque el acto prohibido era ya un derecho virtual cuando era un querer, y por esto sólo el derecho se hace real desde que el querer colectivo no se opone.» (*System.*)

Ya tendremos ocasión de volver á las ideas de Lassalle referentes á la propiedad, de las que, como se desprende de lo copiado, busca la armonía entre el querer individual y el colectivo, armonía sin la cual, á su juicio, no hay verdadero derecho y, por lo tanto, tampoco, jurídicamente considerado, el de propiedad.

En tales ideas se apunta uno de los fundamentos del colectivismo, pero más claramente se manifiestan todos ellos en la que podemos llamar escuela marxista.

IV

Mr. Gabriel Deville puede ser reputado como uno de los adeptos más entusiastas de Karl Marx y como uno de los más perseverantes propagandistas y al mismo tiempo claro y exacto expositor de su doctrina. Por eso, anteponiéndolo á otros, daremos á conocer algo, lo más adaptable á nuestro plan, de lo que ha escrito acerca de la propiedad y su desenvolvimiento.

«Al mismo tiempo que se producía la división entre hombres libres y esclavos—comienza diciendo (*Principios sociales*, año 1898),—los libres se dividieron en ricos y en pobres. De propiedad de la *Tribu* ó de la *Gens*, los ganados no tardaron en hacerse propiedad individual de los jefes de familia. Esta propiedad era susceptible por su naturaleza de aumentarse en manos de los detentadores. La importancia de la propiedad particular y de los principales propietarios fué progresando y el modo de la apropiación privada concluyó por extenderse al suelo. La desigualdad de los bienes fué ya la consecuencia de estos hechos. Siendo desde entonces la propiedad el fin que se perseguía, la guerra entre los pueblos vecinos, sin más fines que el saqueo y el botín, se hizo un hecho permanente. La autoridad de los jefes militares, y especialmente del jefe supremo, fué aumentándose. La elección de sus sucesores entre sus parientes fué primero un hábito y después una regla, formándose así una categoría de familias, ya poderosas por sus riquezas, á las que se entregaron las funciones sociales más altas. Por un lado se encuentra una minoría de privilegiados hereditarios y por otro los no privilegiados y los esclavos, quedando dividida la sociedad en clases antagónicas y existiendo una servidumbre que entraña una negación y una dominación reconocidas como inherentes á la organización social fundada en la *Gens*.»

Ya en estas breves indicaciones de la primera evolución de la propiedad, convirtiéndose de comunal ó de la tribu en familiar ó de la *gens*, señala Mr. Deville que en ella no concurría ningún principio de justicia, sino que respondió á he-

chos de fuerza, al aumento de poder de los jefes, á la imposición de la herencia en las altas funciones sociales, produciéndose jerarquías distintas y dividiéndose la colectividad en clases, libres y esclavos, ricos y pobres. Todo lo subordina á fenómenos económicos; *el materialismo histórico* le guía.

Pero añade:

«La extensión de la propiedad privada, lo mismo que la desaparición de la *Gens*, constituyen un progreso histórico; mas si se atiende á la moralidad y dignidad humanas, lejos de constituir un progreso, han constituido una manifiesta decadencia. Entonces se abrieron paso los sentimientos más despreciables, la rapacidad, la hipocresía, la mentira, que determina el interés personal, sobreexcitado en detrimento de la solidaridad primitiva, que prepara la ruina de la antigua organización y el nacimiento de las clases.»

Nacida de este modo la propiedad individual, ha sufrido en el largo transcurso de los siglos incesantes transformaciones que tampoco han respondido á un verdadero principio de justicia y que en sus últimas manifestaciones entrañan, á juicio de los socialistas en general y en especial de los *colectivistas* y de los *libertarios*, graves y evidentes daños sociales que sólo pueden desaparecer con la implantación de un nuevo régimen que para los unos lo es el colectivo y el comunista-anarquista para los otros. Así dice Mr. Deville: «No solamente la clase propietaria se despoja de toda utilidad social, sino que además se hace dañosa por su preocupación exclusiva del provecho personal, siéndolo también para el conjunto de la producción social, á la que la busca desordenada de beneficios convierte en víctima de perturbaciones desastrosas y de crisis periódicas que entorpecen el mercado para la masa de los trabajadores, extenuados en el período de actividad y hechos miserables en el de crisis, durante el cual carecen de todo».

Pero ¿estos males que al régimen y manera de ser actual de la propiedad y á la clase propietaria atribuye Mr. Deville, y cuya realidad no discutiremos ahora, son de referir á todas y á cada una de las clases de propiedad? ¿Es contra todas sin excepción contra las que se pronuncia la escuela so-



cial de que nuestro autor es miembro distinguidísimo? «La única propiedad que quiere transformar el socialismo—escribe— es la que se constituye con la ayuda de los trozos de propiedad arrancados de la inmensa mayoría en cuyo detrimento existe.» «La economía política procura en principio mantener una cómoda confusión entre dos géneros muy distintos de propiedad, y la privada, que se funda en el trabajo personal, y la capitalista, basada en el trabajo de otros, olvidándose intencionalmente de que ésta no tan sólo constituye la antítesis de aquélla, sino el que únicamente crece sobre su tumba.» (Marx: *El capital*) Y aun en este caso no habrá supresión, porque los propietarios actuales serán admitidos al uso de su propiedad transformada, con el mismo título que los otros. ¿Cuál es, pues, la propiedad de «esas masas silenciosas que trabajan y luchan tan penosamente por la existencia, y que son verdaderamente los artífices de nuestra grandeza?» (*Celestino*, Goupart) ¿No son diariamente y cada vez más desposeídos por vuestra sociedad capitalista de los medios de trabajo y de una morada que les pertenezca, y reducidos á no aprovecharse individualmente sino de las cosas indispensables al estricto mantenimiento de la vida? El régimen capitalista es el que, acrecentando desmesuradamente la propiedad de algunos, restringe para los otros la posibilidad de apropiación personal, siendo el régimen socialista quien deparará esta posibilidad de apropiación, asegurando á cada uno la parte adquirida por su trabajo. Únicamente en el régimen socialista, la propiedad individual será una realidad para todos: este régimen no suprimirá más que la posibilidad de la explotación del trabajo de otro con ayuda de esta propiedad.»

Como se ve, el marxismo, tal como le ha comprendido y explicado Mr. Deville, no rechaza la propiedad individual en absoluto, ni la considera desprovista de todo fundamento basado en la justicia y en el derecho. La propiedad que combate, que cree dañosa é insostenible, y que quiere transformar, es la capitalista, la que explota al trabajador, la que le priva de la posibilidad de apropiación personal, la que rápidamente va absorbiendo á todas las demás y creando una

especie de feudalismo mucho más funesto que el de la Edad Media, y del que, á no aniquilarle, serán los siervos gran parte de los hombres. Pero estas ideas ¿son las patrocinadas por la generalidad de los socialistas y reformadores modernos? Ciertamente no: como veremos, son muchos y muy importantes los que las rechazan por erróneas, por deficientes, por poco radicales, por mantener propiedades que no tienen otra base que la usurpación, y que se han constituido despojando á la colectividad humana de lo que legítimamente le pertenecía, y á los individuos de los productos de su trabajo. Estos últimos rechazan por completo la propiedad priva, ó no admiten sino la de los objetos absolutamente indispensables á la vida, y los unos la sustituyen por la colectiva, con muy diversas combinaciones, y los otros por la comunista.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

El anarquismo según las fuentes suecas y extranjeras, por FEDERICO LINDHOLM. Versión directa del sueco. Prólogo y notas por Emilio Miñana.—Madrid, 1906.

Realmente, publicar un libro sobre anarquismo casi á raíz de un atentado que por las especiales condiciones en que se ha verificado ha atraído poderosamente la atención de las gentes ha de llevar consigo por lo menos una buena cualidad: la de la oportunidad.

Y sirve mucho mejor á la oportunidad el no ser el libro de que me ocupo una nueva exposición de una nueva teoría anarquista, el ser un compendio de interesantes datos, una recopilación de varias, diversas teorías, tratadas con una grande serenidad por el notable escritor sueco, mero espectador en su nación septentrional del espanto y la preocupación reinantes en el Mediodía y centro de Europa.

Nietzsche, como Schopenhauer y Kropotkine, no aplauden al dinamitero: yo creo que el criminal que atenta con una bomba contra la sociedad merece nuestro desprecio, y creo esto, tal vez más íntimamente que otro cualquiera, porque yo admiro enormemente á los grandes anarquistas del pensar, los maestros que nos han educado, elevando nuestros espíritus con sus admirables obras. esmaltadas de preciosas ideas de una elevación infinita.

Vivir la vida nietzschista es vivir una vida superior. Yo no sé si Federico Lindholm, que llama á los anarquistas enemigos suyos, deja de ser en el fondo de su inteligencia un admirador de Nietzsche. Pero...

En su libro, que hoy conocemos, se limita á exponernos varias teorías, y nos habla de la propaganda anarquista, haciendo luego una historia del anarquismo que demuestra sus profundos conocimientos en la materia, cuyas causas y fundamentos estudia, citándonos también los atentados anarquistas, con una porción de detalles psicológicos sobre los ejecutores.

Miñana ha aderezado el libro con un «Estudio preliminar», en que demuestra su vasta cultura y sus múltiples estudios y con varios apéndices sobre prensa anarquista y legislación represora del anarquismo dictada en España y en el extranjero.

Es, pues, un libro el de que me ocupo que llena un vacío en nuestras bibliotecas, que aporta una porción de datos interesan-

tes sobre materias tan poco tratadas en España y que merece un sincero elogio al autor y al traductor, que seguramente le han de tributar todos cuantos lo lean.

FRANCISCO GÓNGORA.

* *

Estudios canónicos, por D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, *Obispo de Jaca*, —Barcelona, Gustavo Gili, editor, 1906.—En 8.º, 292 páginas, 3 pesetas.

En 23 capítulos divide su nueva y notable obra el ilustre prelado de Jaca, que se titulan respectivamente: «Importancia del estudio del Derecho canónico», «Esponsales», «Esponsales privados», «Párroco propio en orden á la celebracion del matrimonio», «El matrimonio civil», «La predicación contra el matrimonio civil», «Causas canónicas del divorcio», «Legados en favor del alma», «Capellanías», «El regium exequatur en el derecho penal», «Los eclesiásticos en el Parlamento», «El fuero eclesiástico», «Partidas sacramentales», «Los términos perentorios en las causas eclesiásticas», «Notarios eclesiásticos», «Reglas canónicas sobre las pruebas», «El capítulo *Quam turpo* del Tridentino», «Remoción de la parroquia», «Bautismo de párvulos contra la voluntad de los padres», «Grados para prebendas», «Cátedras de prebendados», «Cuestiones de precedencia», «Asambleas conciliares».

La simple enumeración que antecede basta para que el lector que conozca cuán grande es el talento del Sr. López Peláez, cuán vasta y profunda su erudición y con qué claridad y método expone las ideas, su estilo correcto y elegante, acierte á comprender el mérito extraordinario del libro *Estudios canónicos*, que interesa no solamente á todo el clero, sino también á los abogados y á cuantos deseen enterarse de tales materias.

* *

Physiologie et psychologie de l'Attention, por JUAN P. NAYRAC, *prefacio de T. Ribot, del Instituto. Obra premiada por el Instituto.* —París, Félix Alcan, editor, 1906.—En 4.º, XII-223 páginas, 3,75 francos.

Durante los últimos veinte años, los fisiólogos y psicólogos han estudiado la Atención con gran cuidado. Para que no resultaran inútiles tales esfuerzos se necesitaba que se hiciera una síntesis de ellos, y el Sr. Nayrac ha realizado acertadamente semejante labor de exposición y de crítica, á la que ha añadido sus investigaciones personales. Divide el volumen en tres partes: «Psicología», «Patología de la Atención», «Fisiología». Resume claramente las relaciones de la Atención con los fenómenos sensoriales, musculares, vasculares, viscerales, químicos y con la fatiga gene-

ral ó especial, fundándose en multitud de observaciones y de experiencias efectuadas en los laboratorios.

Bajo el título de «Psicología de la Atención» agrupa el autor las definiciones relativas á la naturaleza de la misma, estudio de sus efectos sobre la memoria, poder creador, adaptación mental, etc.

La «Patología de la Atención» la divide en dos secciones. fisiológica la una y patológica la otra. Cita notables ejemplos de la ley de disolución y de la jerarquía de los desórdenes mentales.

Dedica un último capítulo á la «Reeducación y educación de la Atención». Expone el autor los procedimientos terapéuticos que se emplean para restituir á los enfermos la atención y estudia también la educación propiamente dicha.

Es un libro interesante que conviene conozca el público en general, además de los especialistas.

* * *

Versos de las horas, por ENRIQUE DÍEZ-CANEDO.—*Madrid, 1906*
—*Imprenta Ibérica 2 pesetas.*

Mucho se habla de la decadencia artística en estos últimos años. Sobre todo, los apegados á un tradicionalismo artístico rutinario y convencional, á quienes entusiasman las odas ampulosas é hinchadas de los Quintana y los poemas llenos de cerebralidad de Núñez de Arce, afirman resueltamente esta tesis. Sin embargo, las novísimas generaciones aportan una nota nueva á la métrica castellana, empujándola por derroteros en los que al imperio del endecasílabo rígido y escueto sucede una versificación más ondulante y flexible. Rubén Darío y Amado Nervo han contribuido no poco á esta renovación, que es vida, al adaptar al castellano formas francesas, que los puristas rechazan, como los Castillejo rechazaron hace unos siglos, en nombre de iguales tradicionalismos, á Boscán y Garcilaso. Juan R. Jiménez, Ramón Pérez de Aya!a, los Machado, Antonio de Zayas, Villaespesa han seguido el mismo camino. Otro nuevo poeta, que con la publicación de su primer libro, *Versos de las horas*, se pone á la altura de los mejores, es Enrique Díez Canedo. *Versos de las horas* es, por su alma y por su fondo, un libro completamente moderno, impregnado de musicalidad. Sus versos pierden la rigidez, la tiesura y la uniformidad á que nos tenían habituados los versificadores agregados al clasicismo, y adquieren una flexibilidad ondulante encantadora. Así, Enrique Díez-Canedo emplea frecuentemente el endecasílabo dactílico del período anticlásico que resucitara Rubén Darío en el «Pórtico» al libro *En tropel*, de Salvador Rueda, cuyo ritmo suscita impresiones nuevas. Otro tanto sucede con la adaptación felicísima—ya empleada por otros poetas con éxito—del verso eneasílabo y de algunos metros latinos.

Es *Versos de las horas* un volumen del que hablaría largo rato si el espacio me lo consintiera. Como no me es posible, rendiré

tributo á su autor citando una de sus admirables poesías, la titulada «Música di camera», que da la medida de la intensidad artística de este nuevo cincelador de bellas rimas y de bellos ritmos. Leedla:

«El día, fuera es triste, y el blanco estor tamiza
la luz cobarde. Hay algo que sufre y agoniza
en esta melancólica claridad inverniza,
que to las las figuras agranda y sutiliza.

Toda es recogimiento, toda es quietud la sala.
Surge la melodía con suavidad de ala.
Cuando hasta el fondo del espíritu resbala,
toma una faz que al rostro del puro ensueño iguala.

Los violines exa tan su fervor. El piano
resuena vigoroso bajo la firme mano.
Y el violonchelo llora con un sollozo humano.

Sobre el piano dura, dominante, sagrada,
la efigie de Beethoven asesta su mirada,
que tiene la implacable fulgencia de una espada.

El admirable y admirado libro de Enrique Díez-Canedo no es una promesa, sino una realidad cimentadora de una sólida reputación.

Con la publicación de *Versos de las horas* está de fiesta mayor la poesía castellana.

* * *

Schümann, por CAMILLE MAUCLAIR. — *Paris, librairie Renouard-Henri Laurens, editeur.*

Este volumen pertenece á la colección *Les musiciens célèbres*, que edita Mr. Laurens.

Su autor, que está dotado de un temperamento exquisito de artista, estudia en él la trascendentalidad estética de la creación schümanniana, cada vez más admirada, comenzando por un par de capítulos bibliográficos. El tercero está dedicado á la música de piano de Schümann, que — al igual de la de Listz — sugiere la orquesta y aun la reclama, á diferencia de la escuela pianística que reinó en 1830, con su ideal de perfección fría y clásica. La música de piano de Schümann se caracteriza por una forma confidencial, en donde su autor revelaba su extraordinaria facultad de efusión lírica y por una tendencia constante á la subjetividad. Ella es por estos dos rasgos, una especie de diario musical íntimo, ligado estrechamente á los sucesos de la vida de Schümann. Tal disposición confidencial es la forma más resaltante de la contribución poética del romanticismo en un terreno especial donde aún estaba el romanticismo apegado al clasicismo. Es un fenómeno artístico nuevo en 1830 la tentativa de un estilo polimorfo, en donde lo abstracto y lo concreto se mezclan y en donde en vez de ser subordinadas ideas é impresiones á formas musicales preexis-

tentes, crean otras nuevas, en persecución del impresionismo, constituyendo así una serie de estados de alma. El cuarto capítulo está dedicado al lied en cuanto cristalización de sensaciones poéticas gozadas por una raza y subsistentes en estado latente en cada uno de los individuos sometidos á su herencia, cristalización que se verifica bajo forma de cantos populares ó de tradiciones orales, y al modo que tuvo Schümann de comprenderle. Los siguientes capítulos se ocupan de su producción orquestal y lírica y de sus críticas, y el volumen se cierra con una conclusión notabilísima, en la que sintetiza la línea directriz de Schümann—el drama psicológico, — que hace de él un genio intermediario entre el clasicismo y Wagner.

«El estado schümanniano no se parece á ningún otro, y el nombre de Roberto Schümann será siempre pronunciado por una *élite* con una adoración especial y secreta » El libro de Camille Maclair, tan vibrante, tan exquisito, acaso contribuirá, y no poco, á la propagación de la admiración por este gran artista, cuya personalidad se desdoblaba en las figuras: el vehemente y apasionado Florestán y el soñador y melancólico Eusebius.

JOSÉ SUBIRÁ.

* * *

Carta pastoral que el EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARÍA SALVADOR Y BARRERA, Obispo de Madrid-Alcalá, dirige á sus diocesanos al inaugurar su pontificado.

Sumario: Introducción. El temor que inspira la grave y tremenda responsabilidad que lleva consigo el ministerio pastoral se aumenta ante la consideración del gobierno y dirección de una diócesis tan importante. — Humillación ante los designios de Dios y confianza en su divina gracia.—Otras consideraciones que sostienen el espíritu y le sirven de aliento en el ejercicio del ministerio pastoral en medio de las contradicciones de los tiempos y angustiosas circunstancias de la Iglesia.

II. Las luchas de la Iglesia con sus enemigos forman toda su historia.—Cómo su divino Fundador triunfa de todas las persecuciones y sigue su gloriosa carrera, cumpliendo su misión redentora, llevando en una mano el Evangelio y en la otra el cetro de la soberanía de las almas.—Necesidad de recordar tan consoladora verdad en estos tiempos para aliento de pusilánimes y estímulo y esperanza de los fieles.—Novedad que ofrecen en sus errores los enemigos de la Iglesia.

III. La ciencia y la Iglesia.—Rudísima contienda entablada entre las ciencias naturales y positivas y el dogma católico.—Glorioso triunfo de la Iglesia.—Inmutabilidad de su doctrina.—Cambios y rectificaciones de las ciencias.—Sus confusiones y debilidad ante la firmeza inalterable de la verdad cristiana.

IV. La inmutabilidad no es la inmovilidad.—Hermoso pensa-

miento del P. Ventura Raulica.—La Iglesia.—Nuevas y violentas persecuciones de que es objeto en la época moderna.—Sus victorias en estos últimos tiempos.—Fecundidad divina del Evangelio respondiendo á todos los problemas planteados por la revolución.—El progreso y la doctrina de la Iglesia.—Verdadera noción del progreso.—Palabras y sentencia de San Vicente de Lerín sobre esta materia.—El plan divino sobre el pontificado romano en los tres últimos pontificados.—La misión providencial que han cumplido Pío IX y León XIII —La que, respondiendo á ella, llena Pío X con su gloriosa Encíclica sobre la restauración de todas las cosas en Cristo.—Necesidad de proceder con urgencia á esta restauración para salvar la sociedad cristiana.—La cuestión social y obrera.—Términos en que en este siglo ha quedado planteada la lucha.—Socialismo y Cristianismo.—Hay que proceder á lo que el Papa manda.—Ejemplos edificantes de los católicos de otras naciones.—Movimiento iniciado en España.—Necesidad de desarrollarlo olvidando las divisiones que separan á los católicos.—Triunfo futuro de la Iglesia.

V. Confianza en las obras piadosas de propaganda y de celo y en la excelente disposición de los fieles que á las mismas se consagran en Madrid y en el resto de la diócesis.—Salutación al Cabildo catedral, al clero parroquial, Seminario, Congregaciones religiosas, autoridades.—Confianza y recomendación á las piadosas oraciones y concurso de todos. Invocación á la Santísima Virgen y santos patronos.

* * *

Per le auguste nozze di S. M. cattolica D. Alfonso XIII, Re di Spagna, con S. A. R. la Principessa Ena di Battenberg.—Napoli, 1906.

Antonio Padula ve con buenos ojos el matrimonio de Alfonso XIII con la Princesa Victoria de Battenberg y anuncia para España días de felicidad y de gloria.

* * *

¡Inglaterra, árbitra de España!, por J. JUST LLORET.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1906.

El Sr. Lloret, que opina de muy distinto modo que el italiano Padula, presiente muchas desgracias para España.

Recuerda el escritor español las siguientes palabras del gran historiador inglés Macaulay y del insigne estadista Gladstone.

Decía Macaulay en la *Historia de la revolución inglesa*: «En la Historia de Inglaterra se registran grandes crímenes y extravíos nacionales más humillantes que los mayores desastres».

Escribía Gladstone:

«Inglaterra ha gobernado y gobierna sus colonias, posesiones y dependencias bajo instituciones fundadas en la doctrina de la iniquidad.»

* * *

El impuesto y la reforma social, por ANTONIO ROYO VILLANOVA.—
Zaragoza, 1906.

Recomendamos el folleto que acaba de publicar el distinguido profesor de la Universidad de Zaragoza Sr. Royo.

* * *

Nociones de higiene privada y social, por D. EMILIO RIBERA Y GÓMEZ.—*Madrid, 1906.*

En el informe que acerca de la mencionada obra dió la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales leemos:

«La obra toda revela las excelentes dotes que adornan al señor Ribera, acreditado ya de escritor castizo y correcto y de eximio catedrático, que sabe combinar con raro acierto la claridad y riguroso método didáctico en provecho de sus discípulos con el progreso científico, que tanto aquilata sus propios conocimientos, sin dejarse llevar por esto, como otros muchos, por las exageraciones, que tanto dañan á la ciencia misma como á los encargados de enseñarla y definirla.»

.....

* * *

A propos de la séparation des Églises et de l'Etat, par PAUL SABATIER.—*Paris, 1906.*

En esta tercera edición, más completa y más corregida que las anteriores, trata el autor los puntos siguientes: I. «Orígenes de la crisis.» II. «Situación actual de la Iglesia romana en Francia.» III. «Consecuencias de la denuncia del Concordato.»

* * *

Región agronómica de Aragon y Rloja.—*Estación enológica de Haro*.—*Memoria correspondiente al año 1905, por el ingeniero director VÍCTOR C. MANSO DE ZÚÑIGA.*

Véase el índice de una de las Memorias más interesantes que hemos leído sobre estudios viti vinícolas de nuestro país:

Consideraciones generales.

Enología.—Vendimia.—Uvas vinificadas.—Datos respecto á composición de los mostos; fermentación y mezcla de frutos.—Ensayos y experiencias.

Campo de experiencias.— Reseña de las operaciones culturales; reconstitución de la viña y experiencias realizadas en el año 1905.— Observaciones sobre diversos insecticidas ensayados.— Cultivo superficial de la viña.

Trabajos de laboratorio.

Observaciones meteorológicas.

Enseñanza.

X.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

SAN HILARIO SACALM (GERONA)

ESTABLECIMIENTO TERMAL

Abierto desde 1.º Julio al 15 Septiembre.

Aguas bicarbonatadas sódicas-cálcico-ferruginosas.

Las mejores conocidas para los enfermos de *latiasiz úrica* (mal de piedra) *colelitis* (cálculos en el hígado), *gota*, *anemia* y *clorosis*, *infartos del hígado*, *diabetes*, *paludismo* y *disenteria crónica*, *hidropesía*, *dispepsia*, *gastralgia*, etc.

Estas aguas de baja temperatura (11 á 12°), son muy ricas en ácido carbónico libre y pueden transportarse á grandes distancias sin sufrir alteración en su composición.

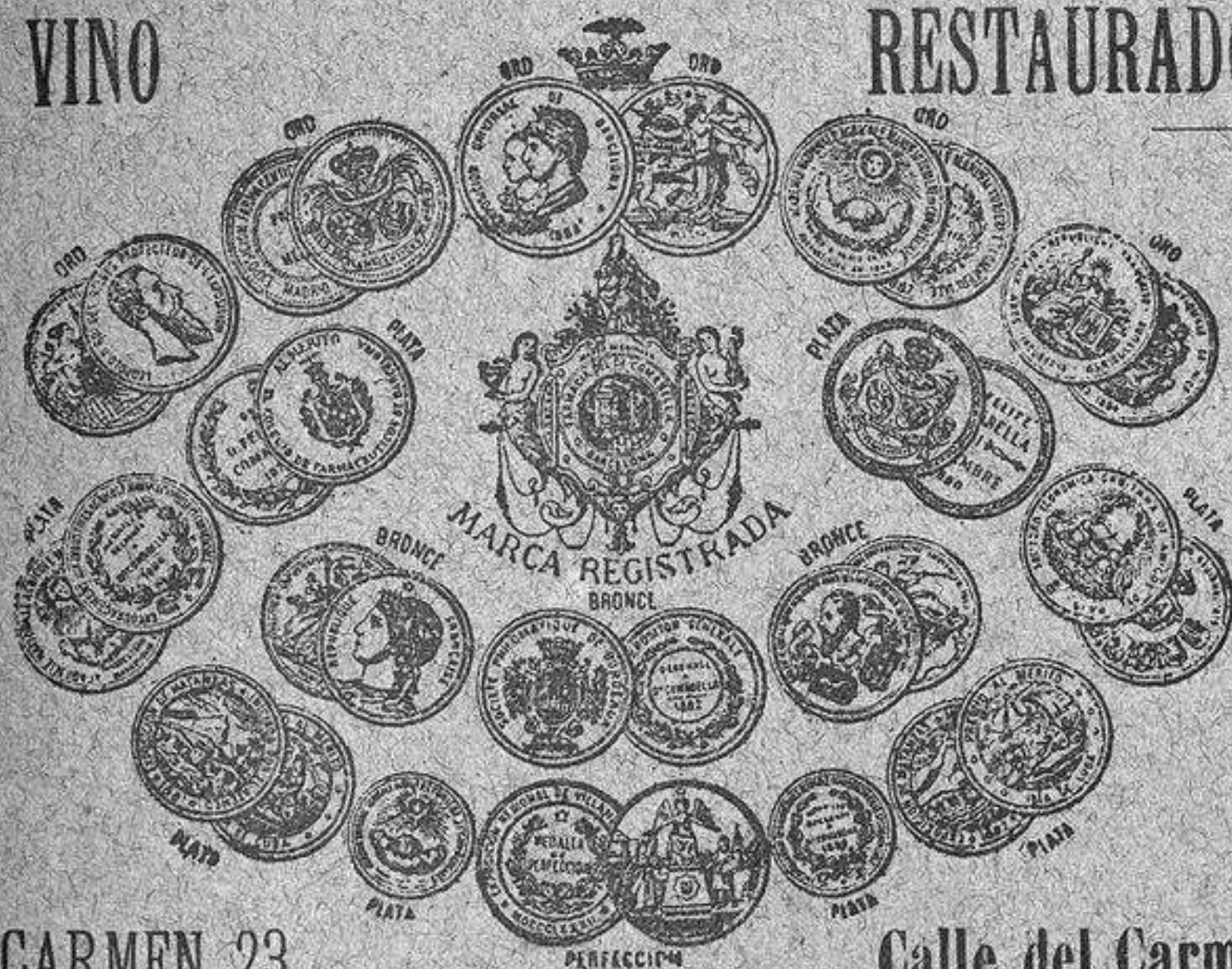
NOTA IMPORTANTE.—Se recomienda muy especialmente que antes de destapar la botella se refresque el agua á su temperatura natural, ó sea 11 ó 12°; esta agua es una de las mejores y más agradables para la mesa, á quien una celebridad médica de Alemania llamó la *reine des eaux de table*.

Pedirla en todas las farmacias y depósitos de aguas minerales.
Para los pedidos de botellas de agua dirigirse á

D. Francisco Martorell.—San Hilario Sacalm.

VINO

RESTAURADOR COMABELLA



El uso de este **Vino** es insustituible en los estados escrofulosos, raquitismo, anemia, etc., etc., y en general, siempre que se quiera combatir con resultado positivo todas las enfermedades que tienen su base en la debilidad.

El éxito creciente que este producto obtiene, es la mejor prueba de sus indiscutibles resultados.

Farmacia del

Dr. Comabella.

CARMEN 23,

Calle del Carmen, 23, Barcelona.

GRAN RESTAURANT MARTIN

MARTIN PAGÉS propriétaire.

Servicio á la carta y precio fijo.—Especialidad en banquetes.

Rambla del Centro, 5 (frente al Gran Teatro Liceo).

BARCELONA

SUCURSAL

HOTEL MARTIN

SAN HILARIO SACALM (GERONA)

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMÓGENEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 6 Enero, 3 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 23 Enero, 20 Febrero, 20 Marzo, 17 Abril, 15 Mayo, 12 Junio, 10 Julio, 7 Agosto, 4 Septiembre, 2 y 30 Octubre, 27 Noviembre y 25 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

REVISTA CONTEMPORANEA

LA REVISTA CONTEMPORANEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....		20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905.....	Ptas.	33.699.941,37
---	-------	----------------------

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nadas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantias...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....		16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: **Ptas. 1.772.623.810.**
Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan **Ptas. 9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 5 Enero, 2 Febrero, 2 y 30 Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 22 Enero, 19 Febrero, 19 Marzo, 16 Abril, 14 Mayo, 11 Junio, 9 Julio, 6 Agosto, 3 Septiembre, 1 y 29 Octubre, 26 Noviembre y 24 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo accidentalmente de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.º, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo deseen hacer los exportadores.

05(46) Rev.

REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....	»	20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905.....	Ptas.	33.699.941,37
---	-------	----------------------

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nadas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

DOMICILIO SOCIAL
Ancha, 64.
BARCELONA



AGENCIA GENERAL
DE MADRID
ALCALÁ, 49

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantías...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....	»	16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: **Ptas. 1.772.623.810**.
Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan **Ptas. 9.751.847,29**.

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y COPTES, 624

Representada en todas las provincias de España.